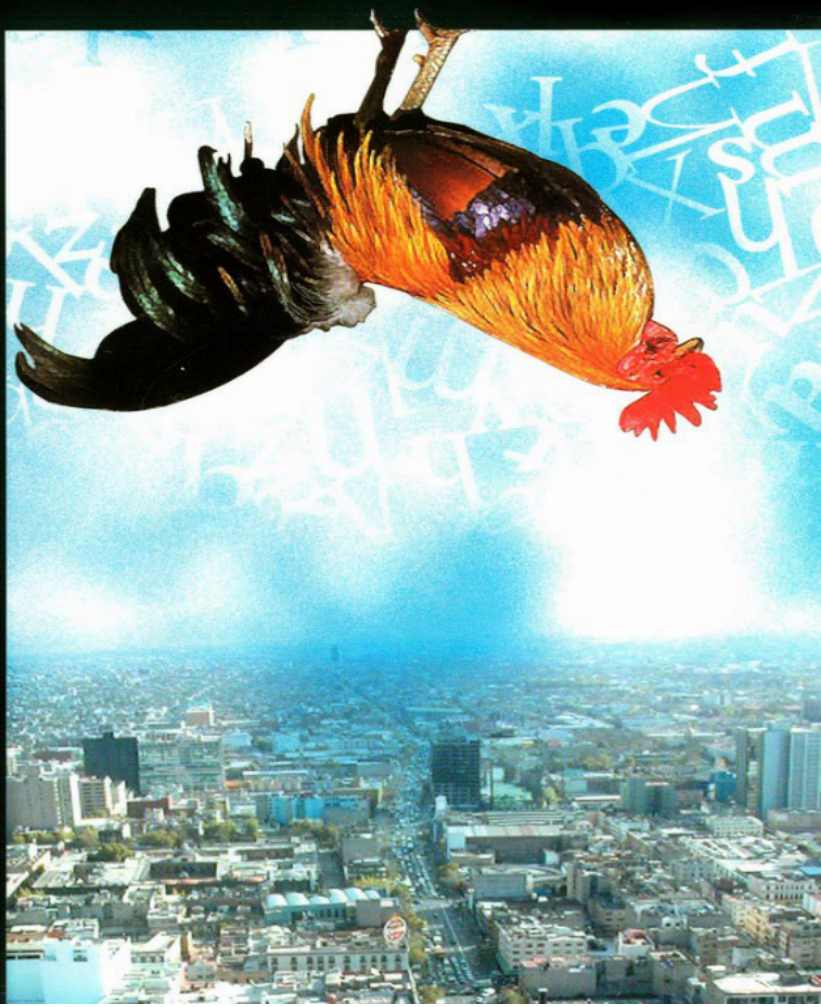
ALFAGUARA

Florencia y Ruiseñor

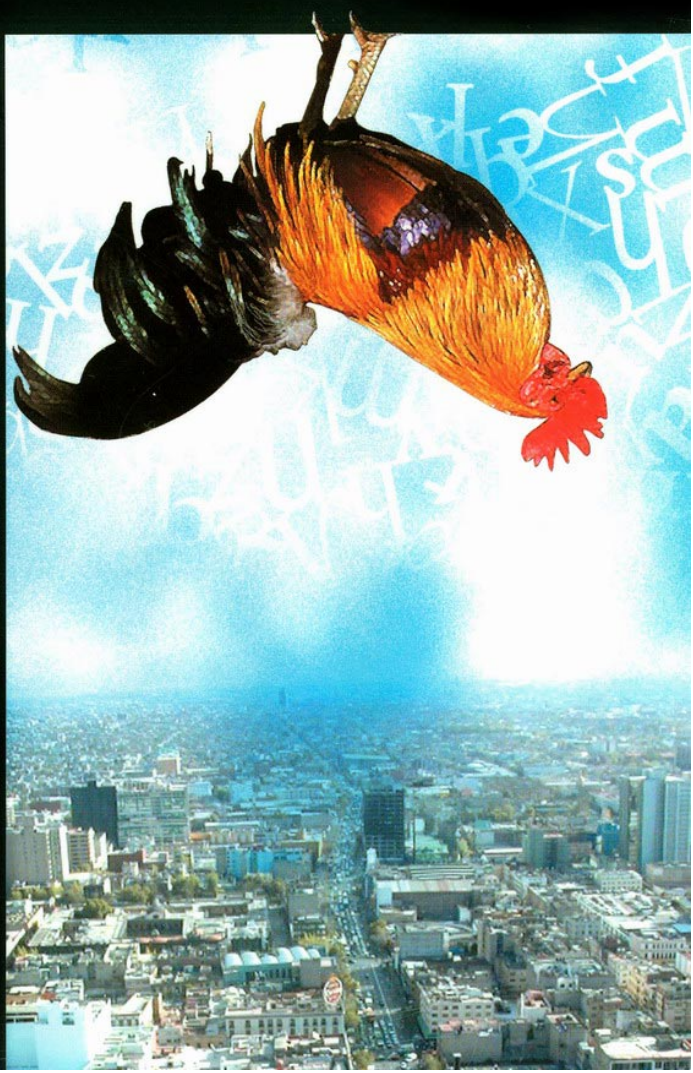
Bárbara Jacobs



ALFAGUARA

Florencia y Ruiseñor

Bárbara Jacobs



ALFAGUARA

Florencia y Ruiseñor

Bárbara Jacobs

Índice

Portadilla
Índice
Primeras palabras
Capítulo uno Nadia ingresa en la Casa del Cerro
Capítulo dos Propongo a Nadia ser su maestro
Capítulo tres Las clases serán de literatura
Capítulo cuatro Trabajaremos sobre una novela
Capítulo cinco (Reflexiono en lo que desaté)
Capítulo seis Contamos con el material de trabajo
Capítulo siete Emprendo la primera lección
Capítulo ocho Deshago la novela
Capítulo nueve Vapuleo al autor
Capítulo diez Trazo el comienzo
Capítulo once Alcanzamos el centro de esta historia
Capítulo doce Se me ocurre una treta que agiliza la trama
Capítulo trece Propicio el careo entre el autor y su personaje
Capítulo catorce Inclino al personaje a sentirse confortable
Capítulo quince El personaje proyecta su mundo
Capítulo dieciséis Flaqueo: amenazo con lavarme las manos
Capítulo diecisiete Evoco el final del parlamento del personaje
Capítulo dieciocho Entablo un diálogo crítico con Nadia
Capítulo diecinueve Ato cabos sueltos con mi alumna
Capítulo veinte Nadia y yo rematamos nuestro experimento
Últimas palabras
Créditos
Grupo Santillana

Primeras palabras

¿Quién mató a Quiquiriquí? ¿Murió de celos? ¿Lo mató la viruela? Quiquiriquí, ya no hay quien nos despierte con su canto a las cinco todas las mañanas. Cómo picaba Quiquiriquí. Por eso Julia lo mantenía enjaulado. Mi nana Julia limpiaba la jaula y le ponía alimento. Quiquiriquí, Quiquiriquí. Cuando Julia se embarazó el gallo se puso celoso, se puso chípil, como dicen en México. Dirigió el pico al vientre pirámide de Julia y la picó. Julia creía que iba a perder a su hijo. ¿No habrá sido el hijo de Julia quien años después envenenó al gallo de mi nana?

Crecimos juntos. Yo vivía en la misma choza con Julia, el gallo, y el hijo. Julia nos amamantó al hijo y a mí alternativamente mientras papá y su mujer viajaban. Muerta mamá, ellos pasaron la vida viajando. ¿Llegaron a algún lugar? ¿No llegaron a ninguna parte? Quiquiriquí, Quiquiriquí. Los animales domesticados también son echados del paraíso. La cotidianidad es su exilio. Dejaron sus raíces en la selva, en el mar, en el aire y el aire se vació, para poderse poblar de astros y de estrellas. Las aves son desprendimientos de las chispas de luz que expulsan los núcleos de la atmósfera al desintegrarse.

¿Quién mató al gallo gordo patas arriba? Amaneció arco iris de plumas, en el rincón de la cocina de piso de tierra. Julia lloraba y se secaba las lágrimas y la secreción de la nariz con el extremo del rebozo negro y blanco que usan todas las mujeres como ella, nanas, cocineras, acompañantes, mamás sustitutas; todas brazo, todas pecho, todas Julia. Se envuelven con él para ir a misa o por el pan, para ir al mercado o a dejar a los niños a la primaria popular de la esquina, de muro verde, alto. Envueltas los recogen. Envueltas, las desenvuelven contra una barda de piedra, detrás del tronco ligero y claro de un sauce, y las fecundan, empujadas, de noche, huevo femenino invadido por semilla masculina, una vez, otra vez.

Pobre Julia. Pobre Quiquiriquí. ¿Murió de viruela? ¿De qué muerte hablaré cuando le cuente a la niñamujer que lo vi gordo en un rincón, patas arriba, con alas de todos los colores, brillantes, húmedas del llanto del asesino que lo mató y se arrepintió. ¿O se arrepintió? Quiquiriquí. Otra cosa fue ver cómo se lavaba las manos el homicida, agitado, mirando por encima del hombro cada dos minutos, Oh, Macbeth, oía pasos que se acercaban, veía sombras que se abalanzaban sobre él, un manto al que anhelaba convertir en cómplice.

Yo lo vi ensayar sonrisas que nunca pasaron de ser muecas. De

asco de sí mismo. ¿Por qué mató al gallo de Julia? Julia nunca usó reloj porque siempre confió en el horario natural de su amado Quiquiriquí. Vi huir al matón, hombre o mujer, enrollado en una capa transparente que lo transformaba en fantasma. Entonces en la delegación, frente al Ministerio Público, me obligaban a latigazos a volver a formular mi denuncia desde el principio.

En una pausa, hojeé lo que se iba registrando de mi declaración y la risa que me sobrevino fue el segundo argumento en mi contra ante la Autoridad. ¿Cómo podía ser posible que quien interpretaba y dictaba en lenguaje jurídico mis palabras no supiera expresarse con claridad?, era una pregunta; otra, ¿cómo era posible que la encargada de tomar el dictado de la acusación no conociera la existencia de las comas, ni la función de los signos de interrogación ni, para abreviar, las reglas elementales de la gramática o los principios generales del castellano? ¿Quién se creía, una Nora Barnacle local?

—Su Excelencia —me atreví a sugerir—; ¿podría yo poner en castellano correcto lo que esta chica de uñas largas y pelo corto ha escrito ininteligiblemente? Lo que ha hecho, más parece un cargo en mi contra que una contribución ciudadana mía para agilizar la caza del rufián, hijo, sin duda, sin padre. ¿O será, Señor mío, que he perdido la noción de cómo hacerme entender por el prójimo?

—¿Qué dice, purgable de porquería? —interpuso el Agente.

Lo tenía prácticamente sobre mí, sus manos expertas en dirección segura hacia mi yugular que, para mi angustia, estaba desprovista de toda protección contra la posibilidad de ser degollado, según parecía ser mi caso.

Como si con mi bilis hubiera desorganizado bruscamente el proceso o desarrollo de mi delación, en lugar de que ellos agradecieran mi testimonio y corrieran en busca del criminal, lo que conseguí fue que entre dos verdugos, que aparecieron al improviso, de camiseta sin manga (que no dejaba ver sino una repulsiva musculatura escuálida), en la sala de la delegación en la que nos encontrábamos, me ataran sobre una camilla y, tapándome la boca con una jerga que les tendió, traicionando a una víctima y congraciándose con el victimario, la esquiroljefa de limpieza que salía, precisamente, del cuarto de baño con, además, cubeta y escoba, como quien acaba de asear la habitación de la cual emerge, me sacaran a la fuerza de ahí.

Incapacitado de esta manera vil, sin que lograran encontrarme acreedor de un encarcelamiento digno, en cambio fui traído aquí, un manicomio, o clínica psiquiátrica, o sanatorio para trastornados de la mente, o bien hospital para perturbados, o centro de rehabilitación para personas de conducta antisocial, o granja, o casa de medio camino que, a la entrada, con un rasgo de ingenio más que pobre, se identifica como Casa de Reposo, sin ni siquiera dar muestras de

advertir al engañado peregrino llegado aquí sin su voluntad —o incluso con ella—, y, peor todavía, sin conocer la causa que justificara semejante violación al derecho más elemental que existe y que consiste, sencillamente, en ser escuchados; sin siquiera, decía, dar muestras de advertir al recién llegado que tal nombre, tentador, por cierto, Casa de Reposo, no lleva en sí mismo la fama.

Pero, querido lector, estas reminiscencias no vendrían a cuento de no ser que auguraron el acontecimiento que me fuerza a explicarme ante ustedes.

La otra noche soñé al gallo Quiquiriquí, pasión de mi vieja nana Julia, y al día siguiente, como único ingreso a esta Casa que yo llamo del Cerro, que es lo que me la identifica a mí, llegó una chica de la que me enamoré a primera vista. En párrafos anteriores me referí a ella como la “niñamujer”. En las páginas que siguen narro un poco, si bien, torpemente, nuestra pequeña historia, nuestro concierto de cámara, un idilio más maternal que otra cosa, arruinado, para mi desgracia, cuando llegó a su fin.

Con su venia, ¿continuamos?

Capítulo uno
Nadia ingresa en la Casa del Cerro

Antes de empezar, quiero preguntar a Monsieur Larousse la diferencia entre gallo y loro. ¿La hay? Veamos: Pues sí la hay. Mas no me interesa, ni mucho menos interesaría al relato que sigue detenernos en esto más allá de dejar constado que el loro también se conoce como papagayo y, la verdad, el gallo es mucho más bello. Nuestro gallo, en todo caso, era bellísimo.

Una vez aclarado lo cual, puedo volver a la historia de amor que prometí contar.

Todos nacemos feos y no nos vamos dando a conocer sino poco a poco. Por eso, porque en el principio reinó el caos, incluso los comienzos de una novela dejan mucho que desear por lo tocante al orden, la belleza y la claridad. De manera, queridos amigos, que perdonen si en mi primera aparición ante ustedes, tras las rejas, como la sibila de Panzoust, me hallo mal vestido, mal nutrido, desdentado, legañoso, encorvado y mocoso; desgreñado no tanto, pues soy, además, casi calvo. Y de una vez debo advertir que mis luces se encuentran bajo el efecto constante de imprescindibles electro convulsiones. Pero, ¿por qué estoy aquí? Porque el mundo no sabe qué hacer con alguien que, sin ser todavía un Einstein ni por gracia ningún Mick Jagger, le saca la lengua y no se arrepiente. Aquí he encontrado la paz que afuera no consistía más que en amenaza. Ahora bien, cuando vi entrar en esta Casa a un ser deslumbrante, me vi caer a sus pies y, al hacerlo, se me desamarró la bata y mostré a la niñamujer recién llegada lo que es el cuerpo de un hombre debajo del ombligo. ¿Hay algo más franco, honesto y directo en el amor?

Qué fue primero, mi idea de ser Brujo o la necesidad de la nueva interna de un poco de magia, pregunto. Como ha quedado registrado, vine a dar aquí, una llamada Casa de la Risa en la que, quien ríe, y lo ejecuta sin parar, es el personal que la regentea, hace tanto que podría calificar el tiempo como inmemorial. Me catalogan de “crónico”. Es su forma de advertirme de que no saldré de aquí nunca. Por eso la aparición de la flamante paciente cambió mi perspectiva. No bien la vi, pedí a las Autoridades que nos facilitaran una habitación especial para entretenernos a nuestra manera. Por una vez me hicieron caso sin mayores averiguaciones. Nos estarían vigilando, pero trabajaríamos solos.

Para satisfacer mejor mis sueños, me puse una capa, morada, porque es la que encontré. No hay disfraz completo para mi papel de

maestro Mago, que es el que quise adoptar, de manera que el gorro de chef tuvo que hacer las veces de cachucha de hechicero. Soy un maestro, entonces, con artes de Mago. ¿Voy bien? Ataviado de esta manera, dispuse el escenario. Unos cuantos papeles sobre una mesa, dos sillas. Hice la reflexión de que el desorden en mi cabeza no se reflejara en el orden que logré dar al tablado en el que la joven interna y yo nos desenvolveríamos, básicamente el espacio entre estas cuatro paredes, con acceso al suelo y, por lo que hace al techo, sólo en calidad de firmamento que atestiguara y, cuando nos creyera merecedores, nos bendijera con chispazos de luz.

Para hacer énfasis en la naturaleza de mi situación, por supuesto que hay barrotes en la ventana. Uno de sus vidrios está rajado. Alguna vez ensayé una fuga y lo único que logré fue herir mi dignidad. Pero eso tuvo lugar en el pasado, antes de que la niñamujer hiciera aquí su entrada y con ello cambiara el sentido de mi vida y, más aún, le diera significado y hasta simbolismo. La primera mañana que me atavié según he descrito, el enfermero se soltó a reír en cuanto me vio.

—¿De qué se disfrazó? —me preguntó su sonrisa burlona. No iba a darle gusto de contestarle nada. Y eso que estoy de buenas esta mañana.

Habría preferido que nos cedieran la tarde a la neófita enferma y a mí. La luz que entra en esta Casa debajo de las puertas, y a través de los vidrios enjaulados de las ventanas, es anaranjada, violácea por las tardes. El viento a esas horas se oye y me anima. Me empuja a querer levantarme de la cama y hacer algo.

Qué fue primero, mi idea de ser Brujo quizás. Nadia, que así se llama, llegó a esta Casa más en su faceta de niña que de mujer; entró de la mano de su mamá. Se le zafaba a la señora que, en el acto, renovaba tomarla de la mano. No por nada lloró al dejar aquí a su hija. ¿Al abandono? Pase usted, siéntese; la habrán invitado en la Recepción; y cálmese, por favor.

Era la hora de los niños. Me habría encantado ver la escena por el ojo de la cerradura. Yo estaba en uno de los jardines, tomando un poco de aire debajo de la sombra del hule, que es mi favorito. Fumaba pipa, llenaba el ambiente puro de este cerro con aroma de tabaco impuro y triste. Llevo más tiempo aquí que allá. Llegué vestido de negro, y así seguí mientras mi vestimenta no se convirtió en harapos. Pasé al uniforme, esta bata de seda gris que se ha opacado con el lento paso que voy dando hacia la nada.

La pregunta no es qué estoy haciendo aquí adentro, sino qué estuve haciendo allá afuera. Perdí el tiempo, tratando de sonreír. Aquí sonrío sin intentarlo, sin proponérmelo. Ya no pretendo caer bien, y me da buenos resultados. Le simpaticé a Nadia, que se asustó al verme. Se tapó la boca, en lugar de cerrar los ojos. Luego me confesó

que le pareció que yo me iba a caer. No había sido así, pero no se lo tomé a mal. Lo que sucedió fue que bajé las escaleras de mi imaginación con prisa, y es probable que me haya tropezado. Para mí equivalió a una cortesía, en la que puse toda la gracia de que soy capaz. Yo sé dónde estaba cuando oí que se abría la puerta principal y de forma simultánea el vestíbulo se impregnaba de olor a cacao. Dispuse mis brazos en forma de nido, para que el nuevo ingreso se acomodara y sintiera mitigada su caída. Sé acoger.

—Quítate el abrigo, pequeña; aquí no te azotará ninguna corriente externa de frío —pronuncié para que la perturbada temerosa, me oyera; una mujer en sus cuarentas, pero comeaños, quizás excesivamente alta y huesuda, con el pelo muy corto y, aun así, recogido hacia atrás, para que un mechón se le zafara a cada rato y nublara su frente limpia de arrugas. Llevaba puesto un corpiño con visos de ser descarado, atractivo que la extrema delgadez de ella defraudaba. Me fijé en su mirada, que me pareció dispuesta al terror, síntoma que les ha dado por llamar ansiedad. Sin embargo, parecía una niña, y en esta fase yo no le daba más de doce años. El aire no recorría sin obstrucción sus vías respiratorias.

—¿Casada, linda? —articulé, debajo de mis bigotes de galán garantizado, que estrujé. La argolla de oro en el anular izquierdo, vuelta y vuelta. Hazla girar; hazme comprender lo que te urge comunicarme. Vestía una falda con intención de ajustada, que en sueños yo imaginaría vestido largo, desabotonable de arriba abajo. Pero a pesar de que ella daba muestras de libertinaje o incluso de incitar al adulterio, la impresión que a mí me causó fue que, de lo que estaba urgida, era de una nana. No en balde, una de las primeras medidas que tomaron al recibirla en la Casa fue la de asignarle a una cuidadora de día y de noche, a Martita, por algo, la más maternal de todas, con brazos gruesos y acojinados, con un busto vistoso, con una sabiduría bucólica, c'està diré, con los pies en la tierra.

—Condúcelas a la sala —ordené al petimetre, mayordomo en potencia, pero atildado justement comme un petit-maître, n'est-ce pas? Era otro de los enfermeros; turno vespertino, hora ideal. Si por lo menos hubiera encontrado una luna de chaquiras, azules. "Chica", habría pedido a Martita; "cóseme esta luna"; la capa habría brillado más que las lágrimas del anillo de Nadia, ocho diamantes rectangulares.

—¿De compromiso, querida?

Vine a dar aquí hace más años de los que Nadia tiene de vida, reales o ficticios, olvidados debajo de la falda. Por cierto, el estallido de su crisis se debió precisamente a la cuestión de una falda. Lo supe al verla sentarse y, acto seguido, cubrirse el tobillo de la pierna cruzada.

—¿A qué viene semejante exceso de pudor, si ayer te vieron desnuda? Pero, attention!; me estoy adelantando a los acontecimientos.

Amateur como soy en casi todo lo imaginable, experto sólo en lo inimaginable, agucé la imaginación. Para no fallar, también hice uso del oído, el acceso a la historia clínica vendría después. Habría de ser de viva voz, pues Nadia me referiría todo, punto por punto, sentados uno al lado del otro en la banca mecedora ante la fuente de los nenúfares, de flores blancas y amarillas, subrayando la conjunción copulativa, pues sobre el agua ondeaban unas y otras, palmas de las manos de Ofelia. "¡Ofelia!"

—Raconte moi, petite —susurré detrás de una hoja rojiza, de peral, en vista de que nos encontrábamos en los albores del otoño de aquel año, pasado. De hecho, presenciamos una lluvia de hojas, la primera desde que tengo razón, cosa de una belleza tan extraordinaria que fingí familiaridad con ella, para no sollozar. —¡Al diablo con todo! —exclamé al advertir que se hacía tarde y yo sin presentarme. No sé quién soy, no sé lo que soy. Como informé, yo también vine a dar aquí en circunstancias dudosas. Lo demás se irá viendo, a medida que el tapete se desenvuelva y se dé vuelta para que todos al mismo tiempo sepamos si se trata de su revés o de su lado derecho. Lo cierto es que no me tardé mucho en observar que Nadia tenía cosas que contar, si tan sólo dejara su silencio para los momentos en los que no se encontrara conmigo. "¿Contar o escribir?", le di a escoger, para animarla. Por algo el primer nombre que me regaló, fue el de Tirabuzón.

—Tirabuzón —me sonrió; consideré el saludo una aceptación de mi encanto, aun cuando hubiera tenido que dejar pasar el resto de la tarde antes de ser capaz de devolverle el cumplido. ¿Rebautizándola? ¿Cómo acentuar el carácter de Caja que me transmitió? ¿Cómo pronunciar el de Gruta melodiosamente, el de Manantial? Nadia era una Caja y era una Gruta; Nadia era un manantial. Si Gruta, las estalactitas las formaría mi aliento; si Caja, se encontraba forrada de mis caricias vivas; si Manantial, su agua era de lima. ¡Alto! ¡Basta! A tus setenta años, ¿cómo osas transgredir la inocencia?

La verdad es que a la mañana siguiente nos cruzamos en el túnel o pasillo que a ella la conducía al refectorio y a mí a la sala de música, pues había desayunado en el turno de los insomnes, antes del amanecer que, para esas fechas, era oscuro, los rayos del sol se retrasaban en romper, como címbalos el silencio, la oscuridad.

Me llaman Tornero; en la Casa no usamos apellido, por más que en el expediente esté consignado y lo conozcan quienes menos interés muestran en recordarlo. Mi oficio era el de escritor. Por las mañanas escribía, quiero decir; el resto del tiempo caminaba de arriba abajo,

sobre piedras, con predilección por las cuestas y las calles solitarias y estrechas. Sin que mi voluntad interviniera, solía caminar más bien de prisa, tarareando la Oda a la Alegría, con un libro en la mano que hacía las veces de bastón, pues desde entonces encontraba dura la soledad y me hacía acompañar por objetos que me brindaran apoyo.

Luego, me trajeron a esta Casa del Cerro.

Si me cuentas, te cuento, pediría a la bella Nadia, de pelo entre gris y negro. “No es la Ley del talión”, bromeé; “pero se parece”.

—¿No crees? —pregunté, arriesgándome a un rechazo por el tuteo.

Sin mirarme a los ojos, la mirada móvil en el vaivén de una sábana blanca que se secaba en el tendedero en el patio de atrás de la Casa, me refirió la visita al sastre que, la víspera de su llegada a donde nos encontrábamos hombro a hombro (ya habría yo querido), había hecho con su mamá.

—¿La hermosa dama que te trajo de la mano aquí?

Nadia se limitó a guardar un minuto de silencio. Luego, bajó la vista y me narró los detalles graduales que la condujeron al conflicto decisivo y peligroso que, por fortuna para mí, la catapultó a la Casa. ¿Por qué fue la mamá y no el esposo quien se responsabilizó por ella? Porque mientras el caos que ocurrió tenía lugar, él se encontraba en uno de sus largos viajes de investigación. Nadia habló de los dos lados del río. Ella vive de éste, el sastre tiene su taller del otro. Balbuceos de niña, confusión. Tartamudeo del que fui entresacando la historia de una falda que apenas le cubría los glúteos, con la que no dio ni tres pasos por una avenida antes de que un mozo y luego otro y otro levantaran la mano hacia el altar. Nadia no se turbó sola; a su lado, se pavoneaba y brincoteaba con ella la amiga que, la noche anterior, había desempacado la falda de Nadia y la suya propia de una maleta llegada de París; pero Nadia hablaba de años atrás, los sesentas, la primera época de las faldas muy, muy cortas.

—¿Qué esperabas, pequeña? ¿Que con el cuerpo que habrás tenido cancelaran su instinto? Un caballero sabe apreciar la belleza donde la ve. ¡No me vengas con el melindre del pudor! —la reprendí, curioso de averiguar qué escondía el relatoantesala de las faldas francesas, de terciopelo oscuro, que daría la vida por acariciar a contraluz, roja, azul. “Vive la France! Voyons!”

Abochornada, Nadia retomó el hilo de su relato. Según queda consignado, de aquel incidente para acá Nadia no había vuelto a usar ni aquella ni ninguna otra falda corta, francesa o italiana, hasta que, días antes de su llegada a este paraíso, había decidido volver a probar suerte, pues su esposo se lo pidió. Él regresaría del viaje, y ella lo sorprendería, en esta segunda época de las faldas cortas.

—Hace tiempo —le habría dicho él—; hace tiempo que no luces

tus piernas.

Pongamos orden en el salón de clases. La idea era que ella fuera perdiendo el miedo, si no a mí, a vivir adentro y afuera de la Casa. Pero, ¿cómo intervenir en su ayuda? Que algo muy enredado en su íntimointerior había aprovechado la visita al sastre para estallar, estaba bien; sin embargo, los detalles eran tan ordinarios que resultaban incongruentes con una Nadia inteligente, madura y sensata como debía ser ella. Una mujer así, ¿en aprietos porque mamá desaprobó lo corto de la falda?

—Excesivo; ya no te sienta. ¡Tela echada a perder! —dictaminó la mamá mientras, arrodillado delante de la modelo indecisa frente al espejo, el sastre mordía el único alfiler que había encontrado en su desasistido taller.

El maestro remendón dio órdenes a su asistente —una morena más alta aún que Nadia a quien, por diversos motivos, había mirado hacia abajo, mirada que había disgustado a Nadia, perdida en la selva en la que se encontraba— de encaminarse a la mercería vecina por un puñado de alfileres. A su debido tiempo, la ayudante regresó, con el mandado envuelto en un trozo de periódico. Nadia se había dirigido entonces detrás del mostrador; había corrido la cortina y, del otro lado, en el desordenado probador, había gritado espantada, "¡Aaaaaaaaaaaaaaaah!"

—Eso fue todo —profirió a manera de últimas palabras—. Eso fue casi todo —aclaró.

Pues parece que después de gritar y verse incapaz de salir corriendo, dejó de gritar y salió, no corriendo, pero sí desnuda. ¿Causa justificable para internarla en una clínica psiquiátrica? A la mirada hipócrita de la sociedad, de sobra. Pero de más está decir que el acto, en su grandeza, en su osadía, en su temeridad, no era sino la gota que derramaba el vaso. ¿De qué líquido? De hiel; una hiel incubada durante cuarentaitantos años, que de pronto, por fin, había estallado y hecho reventar a Nadia. Y su mamá, con pesar, ¿con qué temores?, la condujo al sanatorio; no sin fuerza, ya que se vio en la necesidad de tomarla de la mano para obligarla, aun sin estar segura ella misma de que lo que hacía por su hija fuera lo que debía hacer. Ninguna mansedumbre en Nadia; antes, al contrario, una intensa rebeldía, sólo que soterrada.

Para abreviar, y en vista de que soy peor psicólogo que poeta, intuí que el conflicto de Nadia podía resumirse en el poema de la viuda de un viejo amigo, Lunas de apellido, que recordé en su memoria, pues el suyo fue un mal final. Me atrevo a incluirlo porque mi intuición no falla cuando de amor se trata.

Querida mamá:

Enorgullécete de mí.

Estoy lista para el idilio de vida
que tendiste a mis pies
a los dos meses.
Me secaste los labios
—fueron mis últimas gotas de tu leche—;
me cortaste las uñas
—con las tijeras retocaste mi identidad—;
sin sonreír,
para no crearme expectativas falsas,
dibujaste mi futuro en un círculo
(inusual idea de porvenir)
—en el aire,
un amplio deseo sin contratiempos—,
y me enseñaste a vestir.

Bueno. Según deduje, atando fragmentos de frases, en tanto que Nadia se despojaba de la ropa oía, a través de la cortina raída, los reclamos firmes de su madre (entre paréntesis, ¡qué satisfactoria manera de referirme a una victimaria!). La señora discutía con el sastre con todas las de ganar; mientras, Nadia era derrotada nuevamente.

—¿Por qué no le hizo bolsas al forro de mi falda? —pregunta que el artesano encontraba difícil de contestar con lógica. Cuando la clienta exigió que se las hiciera, él masculló en defensa propia el argumento de que en tal caso cobraría extra.

—¡De ninguna manera voy a pagarle un centavo más de lo acordado! —declaró la mamá, al tiempo que las manos de Nadia se contorsionaban y el temblor impedía que se desprendiera de la ropa, que se la arrancara. Quería salir de ahí; no gritar. Gritó y se desnudó porque no pudo salir corriendo. Habría querido correr, sin rumbo, hasta olvidar la falda, la visita al sastre, el error que había sido acudir a él con su madre. Lo único que logró fue salir desnuda, ante la estupefacción general, y quedarse quieta en medio del pasmo que provocó.

—Fui una tonta —me explicó cuando empezó a tenerme confianza. Según pude ver, a pesar de que Nadia era una adulta, era incapaz de disgustar, de contradecir, de discutir con su mamá pues, hélas, asimismo era una niña. La madre —pero, ¿voy a repetir la vieja historia? Se hace tarde; refresca bajo las palmas; la arena de mis recuerdos me nubla el entendimiento. Cito a Nadia para el día siguiente.

Capítulo dos
Propongo a Nadia ser su maestro

Falda echada a perder; y niña fastidiada. Guardas tantas cosas que eres una Caja. Por cierto, buenos días y siéntate. Aquí no te cubras el escote, pues no hace frío. La chimenea que encendí para ti con el vapor tenue que hago escapar del pozo de mi alma a través de mis labios se llama vaho. “¿Te calienta?”, pregunté a Nadia, para que procurara sentirse cómoda en la inseguridad que podía causarle nuestro segundo ¿o tercer? encuentro en el oasis de esta Casa que es mi tranquilidad.

Para entenderla, determiné someterla a una prueba.

—Caca —dije. Tal como preví, Nadia se ruborizó. Inquieta en la banca, sonrozada, pero sin decir una sola palabra. Miraba hacia el tendedero, de cuyos lazos esta vez no colgaba nada. Parecía decidida a convocar ropa lavada, que saliera de una cubeta y se tendiera a secar; o sábanas, o toallas con tal de no darse por enterada de lo que me oyó decir.—Hoy no se lava —le informé—; a partir de mañana, sí; diariamente menos los hoyes. —De manera —continué, decidido a romper su taciturnidad—, de manera, niña, que caca.

Por fin, sonrió.

—¿Sonríes?

—Sí —susurró.

—Pues entonces —insistí, más terco que persistente—; caca, caca.

—No la llames así.

—¿Por qué no?

—Me da vergüenza; no sé; no se dice así.

—¿Entonces cómo?

—Si te ves forzado a nombrar eso, delante de un médico o de no sé quién más podría ser, un niño, quizás, se le dice —vaciló—, se le dice —acalorada, parecía sudar de vergüenza.

—¿Se le dice —intervine en su auxilio—, se le dice, cómo, mi niña, cómo se le dice a la caca para que la palabra no te avergüence?

Después de algunos minutos de suspenso, en los que me mordí las uñas de los pies y las mezclé en el arroz al vapor que cocinaba cuando fui chef en China Town en Nueva York, donde nací hace ochenta años, oí que Nadia pronunciaba, con un hilo de voz:

—Popó —para sumirse, muda, en un ovillo que hizo de sí misma, ágil además de encantadora, delicada, en busca de una sábana recién lavada que ver secándose en el tendedero del patio de atrás.

¿Será posible entrever con precisión la historia completa de una

vida a través del uso de una palabra específica? Me quedaba claro que en el fondo Nadia era una niña. Y una niña protegida, tanto así que parecía haber sido sofocada. (No es ninguna casualidad que en inglés el término sofocar incluya la palabra mamá: *smother.*) ("Did your mother smother you? Did your mother's mother smother her?", según cantó Jurani, la poeta, s. XX, d.C.)

—¿Te bañaron en tina con agua hervida? Nadia, ¿mamá se enguantaba a la hora de colocar su pezón entre tus labios? ¿Por qué tienes la expresión de quien pide? Tuviste todo y parece que no tuviste nada. Eres una mezcla de reina y pordiosera. ¿A tu edad eres incapaz de soltarte el pelo? ¡Rápate y vuelve a desnudarte! Todo te cohíbe. De todo pides perdón. Te haces a un lado sola. ¡Y das las gracias! ¿De qué? ¿Qué diablos te falta?

Semejante diatriba despertó una sed en mí que sólo he experimentado en el desierto. "¡Camarero!", troné los dedos y llamé.

—Tráenos una botella de sangre, muchacho, y calla tu risa.

Había empezado a desesperarme. Tornero Ruiseñor te saluda, en esta esquina.

—¿Ruiseñor? ¿De dónde el apellido, Tornero?

—¡Qué sé yo! Mis antepasados eran pajareros en las ramblas de Barcelona.

—Entonces desciendes de Rusiñol, ¿no?

—¡Qué culta, señorita Nantas! Pero pasemos a la sala, que se hace tarde.

Nadia, ¿viste box alguna vez o te habría repugnado y horrorizado? Como preliminares para entrar en materia, vamos bien. Pero de hoy en adelante habrás de llamarme Professor Higgins. Sabes hablar, lo deduzco a pesar de tus balbuceos; pero te voy a sacar de la mudez en que caíste, voy a hacer que sepas desenvolverte en sociedad hasta hacerte cantar. Vas a aprender a modular tu voz, a meter pasión a tus palabras, para esto puse ante tus ojos una Libreta de apuntes. Eres bella y te sientes fea; eres brillante y te llamas a ti misma idiota. ¿Qué perdiste? Cuando llegaste aquí, por más que pretendías que te entallaran la falda y el corpiño, vi que tu ropa te nadaba. Por esta Casa han pasado otros desanimados como tú, desalentados y abatidos. Se les acabó el entusiasmo. Pero a ti te haré galopar. Este cerro lleva a una cueva. Para trasladarnos allá, el extremo norte de las circunstancias, pediré al enfermero que se ponga en cuatro patas; temo romper una silla, o el palo de una escoba de vara.

En tanto yo hablaba, Nadia sacaba punta al lápiz; le gustó la idea de ser mi alumna, únicamente las mañanas libres de las rutinas de la Casa. El curso no duró más que unas cuantas semanas; Nadia se dio por recuperada y quiso regresar afuera.

—¿Qué quieres que hagamos, contarnos cuentos o escribirlos? —

pregunté de pronto, sorprendido yo mismo de haber dado por supuesto que Nadia quería mi compañía a la hora en la que el resto de los internos hacía sus interminables siestas o tejían, o pintaban casitas de cerámica, jugaban dominó, levantaban pesas o respondían con más o con menos coherencia a las preguntas que formulaba el médico que coordinaba un Taller de lectura comentada. (Entre paréntesis, no puedo evitar contar cómo me divertía, las veces que asistí a estos talleres que, cada tanto, asomara su cara velluda Leticia y, de uno en uno, nos saludara invariablemente, "¿Cómo estás, cuadernito de matemáticas?") Casi todos los internos son tarántulas, blancas. A este cerro los doctores suben de día; de noche los sustituyen jaurías de médicos de guardia, que se creen no sólo sabelotodos sino con los derechos adscritos a los centinelas; encima, la bata blanca les da un aire de salud que ni sus sonrisas permanentes autentican. Pero cumplen bien con las indicaciones de mantenernos al margen de toda situación, amansalocos, apaciguadores de nuestra furia extrauterina, anuladores de nuestros llamados delirios, nunca proyectos, de grandeza. ¿Qué derecho tendríamos a expectativas que nos rebasan? Con lo cual no quiero indicar sino que el resultado es que aquí estamos.

Según esto, a mi apocada alumna, lo que le ocasionó el derrumbe que finalmente la trajo aquí fue el adverbio en la frase "(la falda) *ya* no te sienta". "¿Por qué?" Nadia fue incompetente para hacer a su mamá una pregunta tan inofensiva como ésta, "¿Por qué, mamá, *ya* no me sienta?" ¿A qué te refieres? Defínete espaciotemporalmente.

—Pues qué equivocada —introduje el desorden, agité los dados del comme-il-faut—. Con haberte sacudido el pasado, no estarías aquí. ¡Error! ¡Error! Linda, ¡qué bueno que enloqueciste! Un día más sin ti en esta Casa me habría hecho raparme la peluca y gritar. ¡Mira que he aguantado! ("Aquí estás tranquilo, Tornero; ¿para qué querrías salir de donde estás bien?", me ha repetido el psiquiatra hasta el cansancio, "Aquí estás tranquilo". Y yo le he creído.) Pero te interrumpí; sígueme contando. (No toleró el adverbio restrictivo, intransigente. El dictamen dejó a Nadia sin futuro. ¿A quién se le ocurre hacer ver a un ángel que el tiempo es irrecuperable? La alegría de la juventud, por otra parte, no es futurotransferible.) Comprendo, pronuncié, deplorando mi insensibilidad pasada, por qué gritaste. Ese adverbio *ya* fue una bala que dio en el blanco del momento por el que atravesabas y te hizo añicos.

En su silla, del otro lado del escritorio común, la discípula mordía el lápiz a lo largo. A continuación, desviando la mirada de mí, indiferente a medir la distancia y la luz y, en consecuencia, hacer girar lo que hiciera falta para enfocarme, me dejó nublarme solo. Me precisó la importancia de los dos lados del río. De uno, grandes casas

de viejas familias; bardas de piedra, coronadas por espesas buganvillas de diferentes tonalidades, abultadas, con nidos, con huevos de insectos ovíparos. De este mismo extremo, recorrido por calles estrechas y empedradas, vive Nadia con su esposo; media cuadra más al sur, la madresuegra. Del otro, al que se llega mediante el subterfugio del puente, se encontraba el sastre. Calle que desembocaba en el río, barrio ocupado por pequeños comercios, servicios menores, lotes baldíos, perros callejeros, niños de la calle, carretillas abandonadas.

—¿Decías, Nadia? —interpuse, a manera de muletilla impuesta contra la reticencia, pues Nadia, de hecho, no pronunciaba palabra. La historia del sastre no quería sino ilustrar el caso de Nadia, que había querido ver si se las arreglaba en las cosas del mundo sin la supervisión de, sujeción a, determinación de mamá. Los acontecimientos, que resultaría innecesario y torpe seguir pormenorizando, pues su gravedad no haría más que restar verosimilitud a lo ya expuesto, probaron, decía, que, ay, no, Nadia no podía arreglárselas sin mamá. Al intentarlo, se despersonalizó.

Por algo yo soy libre desde que me supe desecho social. “Liberté, Egalité, Fraternité” y todos contentos, n’est-ce-pas, chérie? La verdad es que me siento a mis anchas, en esta silla, delante de mi alumna en vías de ausencia. ¿Cómo zarandearla?

—¿Y las fotos? —le pregunté. Miró a todos lados, buscó en los bolsillos de su bata azul.

—¿Cuáles? —quiso saber, sin mirarme de frente.

—Las de tus hijos.

—No tengo.

—¿Fotos o hijos? —intenté que precisara, pues, insidioso, cruel, insistía en inquietarla. Cuestión de faldas, decía. Para rematar, Nadia recordó con lágrimas que no supe entender, que el día que murió su abuela, ésta se había puesto una falda determinada que en la noche, minutos antes de morir, pidió a la enfermera que colgara, pues, doblada sobre el respaldo de la mecedora, amanecería arrugada y en esas condiciones ella se opondría a volver a usarla.

—Si tienes la edad que dices tener —increpé—, ¿por qué no haces más que sentarte enfrente de mí y empezar a mecerte? A ver. ¡Contéstame ésta!

—Por algo debíamos empezar; el tiempo corría, el agua bebida por maestro y alumna pedía ser expulsada, un litro, dos litros. Un enfermero se colocó en el umbral del baño de caballeros mientras yo usé el mingitorio, y su enfermera entró con Nadia al baño de mujeres mientras ella desahogó su vejiga de ocho vasos de secreción líquida. ¿Por qué cohíbe que un nuevo afecto te oiga expeler orina? Los dos regresamos al salón de clases, manos lavadas, con aspecto manso. A mis setenta años, sigo siendo un hombre de buenas maneras. Voyons!

Si orino, me lavo las ma/.

No tengo prisa, y se lo hice saber a Nadia.

—Tú tampoco, niña —pero, a ciegas sobre los proyectos que nuestro respectivo destino podía tenernos preparados, consideré buena idea, para ese primer encuentro formal, escritorio de por medio, establecer nuestras finalidades propias y comunes; los lineamientos de nuestra conducta estaban dados por las circunstancias que, entre nous, establecí solo. Yo sería el maestro; Nadia, la alumna. ¿De qué, sin embargo? ¿Qué me proponía enseñar a ese ser asustado, producto del amor almohada, o sea, el que es tan excesivo que sofoca?

De la estrategia dependía el éxito de mis intenciones. Aunque era mi deber preguntarle qué deseaba, o qué necesitaba aprender, suponiendo que yo estuviera capacitado para enseñar algo, lo que yo quería era darle clases de literatura, enseñarle a perderse en estas cosas para que pudiera olvidarse de todas las demás. ¿Me entiendes? ¿Te entiendes tú mismo? ¡Embustero! ¡Déjame en paz!

No estaba seguro de querer que Nadia se enterara de quién había sido yo ni, menos, de la sucesión vertiginosa de fracasos que habían sido los responsables de que yo viniera a dar a esta Casa. ¿Para qué volver a la mierda que, a Dios gracias, había logrado dejar atrás, afuera, tan lejos de mí que, libre de ella, de su hedor, de su intromisión en mis sueños, era por fin un hombre feliz? Casi calvo, pero feliz. Esquelético, jorobado, sin dientes, en harapos, grisáceo; pero feliz. Es lo que soy, simplemente: Yo mismo.

¿Puedo comparar una mañana aquí, bajo el hule, viendo a una ardilla sentarse en sus patas traseras y, sosteniendo un aguacate con las otras dos, pelarlo con los dientes y comer su carne hasta donde su apetito se satisfaga, con cualquier suceso entre escritores, o entre la gente común, allá? ¡No, señores; no puedo! ¡Y basta! ¡Déjenme en paz!

—¿Sabes, pequeña, cómo me llaman cuando me río de ellos? Sornero. ¿Y si quieren que los abrace, porque tienen frío? Fornero. Si tienen mala conciencia, me dicen Cornero; Pornero no los habrás oído llamarme nunca. Cordero, menos, y ¡ay! Esto último es algo que sí lamento.

Al ver que reía, me aventuré y le pregunté directa, aunque suavemente, si le gustaría que las clases que consiguiéramos sostener versaran sobre literatura. “¡Sí!”, contestó, entusiasta por primera vez desde que la conocí.

—¡Sí! Mucho —recalcó, enderezándose en el asiento. Inclusive, tomando la Libreta de apuntes que yo había puesto a su alcance, entre las manos; abriéndola; acariciando la primera página—. ¿Cómo sabías/ empezó a inquirir, antes de bajar la vista, cohibida, e interrumpirse.

—¿Cómo sabía yo que era precisamente lo que te interesaba?

Pues bien.

Si todo marcha como espero, tú misma te contestarás en unos cuantos días. Pero —me aventuré un poco más—, supongo que no únicamente teórica, ¿verdad? Práctica igualmente, ¿no? ¿Te gustaría escribir?

Su desazón se había apoderado de ella; a esta última pesquisa no alcanzó a responder sino asintiendo, lentamente, con la cabeza. ¡Ay, hija!

Capítulo tres
Las clases serán de literatura

—Nadia, te pregunto: ¿Por dónde quieres empezar?

—Me gustaría escribir una novela —dijo de un tirón mientras el maestro deglutía su propia sorpresa, confusión, terror y, de hecho, se atragantaba.

—¿Una novela? —me pregunté en voz alta, como quien procura de esta manera ayudarse a recordar en dónde está parado, o encuclillado, pues se encontraba absorto en un sueño que creía olvidado—. ¿Una novela? —inquirí a las estrellas una vez más, las lágrimas corrían desconcertadas por las mejillas de un escritor en retiro—. ¿Y para qué querrías hacer semejante cosa, escribir una novela? Nadie que se respete lee novelas —mentí—. Sin embargo, tu ilusión me hace recapacitar y contradecirme. Los mejores lectores lo son de las mejores novelas; por ejemplo, te hablaría de/ Qué inesperado. La niña atenta a la primera lección. —Eso sí —logré articular—; tendrá que tener una particularidad y, por otra parte, no deberá tratar, en ningún sentido, de la vieja cuestión de la falda. Ese asunto quedó atrás; ¿de acuerdo? En cuanto a la particularidad, tu novela, según acordamos (por no decir acordé) no deberá tender a, ni partir de, la posibilidad de ser llevada al cine. ¿De acuerdo? Quiero que las palabras, el lenguaje, el uso, el manejo que les des, sean lo que despierte la imaginación del lector como la mejor de las imágenes. ¿De acuerdo? ¿De acuerdo? —Nadia de pronto se había impacientado. Se soltó a hablar y dijo tantas cosas, tan similares a las que yo tenía en la punta de la lengua, que me vi forzado a interrumpirla.

—¿Quién está hablando, tú o yo? ¿Cuál de los dos va a hacer aquí las veces de maestro?

En vez de serpentina, lo que había saltado de su boca había sido el gato escondido que intuí que albergaba en sus senos de niña desde el primer momento que la vi. Su mudez hablaba a gritos, era un letrero que identificaba a Nadia como una escritora en la banca, con la mirada móvil en la sábana que se secaba en el tendedero en el patio de atrás. “¡Mírame a mí!”, rogué desde la profundidad de mi laringe invadida de humo de pipa; “¡Mírame a mí!”

—¿Qué tipo de novela tienes en mente escribir, musa impensada? ¿Qué novela sería en este caso tu modelo?

Lacónica, monalísica, dijo, “Un coeur simple” sonriente, pero sin mirarme a los ojos. Una niña cuyo nombre, con una e en lugar de la a al final, en este idioma hablaría por sí mismo del estado en que ella se

encontraba.

—Sacre bleu! —exclamé—. ¡Recórcholis!, según le gustaba exclamar a Lunas —puntualicé, para dejar claro que no me quedaban más uñas que roer.

Es la última obra que escribió su autor, cuando el maestro era el maestro del maestro. ¿Tomar cette nouvelle, que no es novela propiamente dicha, como modelo para una primera novela? Mon Dieu!

—Seré tu George Sand para que la escribas para mí, querida. Aunque, pensándolo bien, me abstengo de hacer las veces de la buena George. Me niego a morir antes de leerte.

Con su deseo, encendió el mío. Cuando menos valor se concedió a sí misma, esta joven puso sus esperanzas en el sastre que, debido a la intervención de la mamá, defraudó a Nadia, su clienta original. Él habría acabado con el aspecto de Nadia Hija de Mamá, para substituirlo por el de Nadia Sí Misma, pero las circunstancias impidieron que esto fuera así. Una vez más, la mamá había tomado las riendas de la vida de su hija. Al interrumpir el intento de emancipación de la hija, que ésta abordó a través de la mediación del sastre, la mamá le cortó las alas a la hija. ¿Iba yo a meterme en los zapatos de la mamá y, como el sastre, dejarme desviar de conducir a mi alumna hacia la meta que ella sola se impuso en un quizás último intento de liberación? ¿Decepcionarla, yo? ¿Yo también? ¿Uno más? Jamais!

—Lo leo con frecuencia —me informó—. Desde que lo leí por primera vez, hace años, supe que sería mi modelo para esta novela que quiero escribir, bajo tu conducción —remató, para darme por mi lado.

—¿Y quién sería tu Félicité?

—Mi nana. Tenía tan buen ánimo como Félicité. Me consta.

—Muy bien; pero ¡eso no basta! Transmitirlo en palabras, a través del uso que hagas de la lengua, tiene que ser lo que demuestre el buen ánimo que dices que tenía tu protagonista. En fin. Correré todos los riesgos, con tal de darte gusto.

Nadia había bajado la vista. Un mechón de pelo blanco entre salía de los otros grises y negros, sujetos en la nuca, y le cubría la mitad de la frente. Se lo eché para atrás, rápidamente, a la vez que me soltaba a hablar de otras cosas, para que no sospechara que le había despejado la cara sólo para acariciársela, bendije el hecho de que el pelo pudiera estarle estorbando la mirada que, simultáneamente, Nadia clavó en las páginas en blanco de su Libreta de apuntes.

Que sabía más de lo que aparentaba saber, ahora me constaba. O, ¿la novela corta o cuento largo de Flaubert es lectura común, incluso entre buenos lectores? No. La mayoría de éstos habrá leído y hasta

vuelto a leer *Madame Bovary,* la obra cumbre del maestro; pero, por lo menos hasta donde yo llegué a saber, mientras fui escritor y me rocé con la crema y nata del gremio, por no decir que me resbalé y hundí en su lodo, pocos eran los que conocían a Félicité, menos aún los que la amaban. "Lectura para mujeres", se habrán burlado; "que leen un cuentecito y se ufanan de ser grandes lectoras".

—A ver, cándida, ¿cómo se llama tu personaje? —cuestioné, para ganar tiempo. Tenía un pálpito muy fuerte de que mi nueva discípula guardaba en su interior ese cuentonovela largocorta; de que llegó a esta Casa con él encubierto. De otro modo, no era posible que tuviera tan claras sus intenciones literarias; pero no aparentaba estar en posesión de seguridad ninguna como para atreverse a fallar. Es decir, volver a fallar.

—Florencia Tolosa —pronunció, sin la menor vacilación. No cometí el error de preguntarle si éste era el nombre real de la nana, ni de asustarla al ponerla sobre aviso de las denuncias legales que se exponía a encarar si lo fuera y ella lo usara en un trabajo de ficción sin ser autorizada. En lugar de semejantes obviedades, me recliné contra el respaldo de la silla como si, al hacerlo, me sintiera relajado y cómodo; tomé la madera dura como un cojín mullido; a la vez, me encasqueté de nueva cuenta el gorro de cocinero y dejé volar mis sentidos, perdido en la sonoridad del nombre, que me atrevería a calificar de literario, de la nana de mi discípula.

—¿Florencia Tolosa? —interrogué, únicamente por el placer de jugar con el nombre entre mi lengua y mi paladar; por saborear su paso a través de mis labios hacia el exterior; por oírlo, en mi voz. Sonoro; sugerente; literario en sí.

Con él se introdujo en mí un aire de campo tan vívido que me vi forzado a buscar un pañuelo debajo de mi capa y cubrirme el rostro durante minuto y medio, el tiempo que duró mi ensoñación, que me llevó al pasado, cuando fui caminante y soñé por primera vez con escribir una novela en la que contara la vida de mi nana, de mi propia nana. ¡Basta! ¿Cómo azotar hasta pulverizar al que fui? Una cosa es haber tenido nana porque no tuve mamá; y, otra, que Nadia la hubiera tenido. Nadia había tenido, de hecho todavía tenía —Oh, afortunada; afortunada— mamá: que, además, hubiera tenido nana, era un dato que no sólo nos diferenciaba a ella y a mí radicalmente, sino que, por otra parte, la definía a ella más aún. ¡Tuvo todo! La novela que yo hubiera escrito sobre mi nana Julia habría sido un canto de nostalgia de mi mamá, que nunca me tuvo en sus brazos. No le dio tiempo. No le dio tiempo de darme pecho una sola vez. Murió antes. Murió en vez de mí.

¿En qué me baso para percibir el calor, la tibieza del pecho que despierta mi nostalgia? La blancura, la palpitación, las notas de una

respiración en calma que no oí. Nadia, ¿quién te puso en mis manos?

La cosa tomaba un rumbo, aparte de improviso, inevitable, interesante, intenso, intuido a medias, inusitado. Incauto yo si no lo seguía; ingrata ella si no soltaba la prenda completa. Pero, ¿cómo persuadirla? ¿Cómo persuadirla sin ponerla en guardia? ¿Cómo hacer de ella el botón de una flor que se abriera en todo su esplendor de forma por demás natural? Me estorbaba resentir la abundancia que desbordaba a Nadia. Resentía que quisiera dedicarle una novela a su nana cuando podía dedicársela a su mamá. O, ¿por qué no lo hacía? ¿Qué significado podía tener esto? ¿Una sustitución? ¿Una identificación? ¿Una fusión? ¿De qué? ¿Por qué? Oh, Dioses. Yo quise a mi nana porque no tuve una mamá a la que querer. ¿Qué podía representar para Nadia una nana que la hiciera disponerse a fundirse en ella para poder retratarla? ¿Sabía Nadia que, sin la fusión del autor en sus personajes, no había obra? O, mejor dicho, ¿intuía Nadia que de no fundirse en su nana, de no convertirse en Florencia Tolosa, su novela se caería al suelo, un atado de hojas sin vida que ni una lectura huracán haría volar?

—Así que Florencia Tolosa —insistí, mañoso—; muy bien; pero, dime, Nadia, aparte de que quieras recoger el buen ánimo de tu nana, lo cual es no sólo válido sino más que valioso, ¿qué te mueve a escribir una novela sobre tu nana Florencia? ¿En qué experiencia única te sientes capaz de demostrar el efecto en ti misma de ese buen ánimo que dices que la definió? (Pero, ¿sabía yo de qué estaba hablando?)

Corre la primera lección. ¿Habría de ser una lección de amor? Si no te estruja a ti lo que vas a contar, arrójalo a la basura. Si no te revela algo a ti, por más hábilmente que lo cuentes, no le va a revelar nada a nadie. La gracia, el conocimiento, la pericia están contenidos en la bomba que tu historia hizo estallar primeramente en ti. Las emociones, incluyendo el terror, la rabia, la confusión.

Un retrato no es nada si no habla por ti. Un autorretrato no es nada si no habla por otros.

—¿Qué va a contar de ti el cuento de tu nana, hija?

—¿Cómo dices? —Nadia se inquietó en la silla. La estrategia parecía estar rindiendo buenos resultados.

—No se te cayó nada, hija mía. ¿Qué buscas en tu pecho? ¡Levanta esa cara! —Nadia incluso se había sofocado. De un momento a otro, con mi pregunta de por medio, la bata azul de mi alumna mostraba, aquí y allá, manchas de sudor.

—¿Fue tu nodriza, Nadia? Dime, ¿te amamantó? —Me pareció que derrapaba; un paso en falso más y Nadia, con la Libreta de apuntes que, por cierto, encontré en La Habana, sobre una mesa de billar de épocas derrocadas, se levantaría y, quizás sin disculparse,

saldría de aquí para no volver a dirigirme la palabra. Temí que mi facilismo psicoanalítico le hubiera parecido el colmo. Pero, ¿era tonta? No me daba esa impresión. No creía haberme equivocado al no clasificarla entre la crema y nata que prefiere llenarse la cabeza de pelotas y patadas que de centellas, como las que animaron a Flaubert que, para escribir "Un coeur simple", lo primero que hizo fue embeberse en la atmósfera de su infancia para recuperarla, frase ésta que grabaría en oro en mi frente de viejo escritor. ¿Te das cuenta? Bueno, es que Flaubert es el material por excelencia para mi facilismo psicoanalítico, basta recordar que vivió con su mamá hasta la muerte, que, con tal de no contrariarla, por más bellas que él encontrara a sus mujeres, y deseables, por ninguna abandonó a su mamá, que fue el amor de su vida, según le dice y le reitera por carta, en las que le promete, por ella, no casarse jamás. Jamáis! Ella, ¿amó a su hijo, o lo asfixió? (Did his mother smother him?) ¿Habría podido vivir sin su mamá Gustave Flaubert? ¿Habría podido vivir solo? De haberlo hecho, ¿habría sido el escritor que es? Menos mal que mamá lo inutilizó y despersonalizó apenas parcialmente, en todo caso.

¿Hay mayor absurdo que preocuparse?

—¡Enseguida regreso! —exclamé ante el salón de clases a la vez que me ponía de pie. Quería zarandearme yo, y zarandear a mi alumna. Reaccionó. Sin embargo, como yo no tenía a dónde ir y, además, en vista de que la expresión de Nadia me hizo reaccionar a mí, volví a sentarme—. No me voy —la tranquilicé—. Pero dime, ya tienes escrita la novela, ¿verdad?

Capítulo cuatro
Trabajaremos sobre una novela

Era lo que hacía falta. Sorprenderla con perspicacia, que brotó del fondo de mí por iniciativa propia. El primero en asombrarse fui yo mismo. Con razón Nadia me apodó Tirabuzón. Destapada de esta manera, a Nadia no le quedó más remedio que confiarme que sí, que unos meses atrás finalmente había dado forma a su viejo deseo de escribir la historia de Florencia, pero que, como había venido a dar aquí sin aviso, pues casi del taller del sastre la trasladaron acá, no tenía con ella el maletín con sus papeles; de modo que cuando yo le propuse que fuera mi discípula ella pensó que aceptar le daría la oportunidad de volver a escribir la vida de su nana; después de todo, la conocía muy bien y sí, confiaba en poder reconstruirla pues, en efecto, ¡ya estaba escrita!

Admiré su confianza en sí misma. Un par de noches bajo el techo de esta Casa ya estaba rindiendo frutos, sin duda. Pero temí que con el primer atorón que sufriera ante la página en blanco de su Libreta de apuntes, Nadia volviera a venirse abajo. No quería exponerla al fracaso una vez más. Aunque no contar con el maletín fuera un contratiempo serio para nuestros propósitos, era preferible urdir un plan para hacernos de él, a arriesgarnos a que Nadia intentara reescribir la novela de su nana y que no lo consiguiera.

—En esta Casa hay una regla violable tras otra —pronuncié, dueño de la situación—. No son muy afectos a que los internos seamos sensatos, pues se quedarían sin inquilinos; de modo que establecieron el principio de que cortáramos con el exterior y, para que recuperáramos len ta men te la salud, no contáramos sino con la desnudez y el vacío que nos constituyen aquí adentro. Sin apellidos y, en consecuencia, incompletos, sin algo esencial de lo que te identificaba allá afuera. Por eso esto lleva tiempo. No tiene uno de qué aferrarse para reconocerse y que, al mirarse ante un espejo, pudiera afirmar sin dubitación, “Éste soy yo”. ¿Quién es uno, sobre todo *uno,* sin sus papeles?

—Un momento, un momento —interrumpí el curso para poner orden y reiteré mi moción—; un momento —golpeé la mesa con el martillo de juez, y exigí claridad—: Hasta aquí, mi niña, has admitido estar en posesión de un manuscrito de tu autoría que recoge la vida de tu nana, doña Florencia Tolosa. ¿Es así?

—Así es.

—Aceptado. Pero, ¿es una novela? ¿O es una biografía? ¿O son

tus memorias de ella? ¿Pasa de ser un esbozo; pasa de ser apuntes; pasa de ser un sueño? ¿Qué es? ¿Un borrador? ¿Qué es? ¿Un cuento? ¿Un ensayo? ¿Un relato? ¿Un guión? A ver, ¿qué es? ¿Una novela corta? Dímelo ya. ¿Sabes la diferencia entre cada uno de los géneros y subgéneros que acabo de enumerar? ¿Qué hace a tu manuscrito ser novela?

—El maestro eres tú. Por cierto, ¿puedo llamarte Ruiseñor? Me gusta más tu apellido que tu nombre.

—Sí a tus dos preguntas —jadeé y admití con resquemor, pues había empezado a sentir las consecuencias de haberme abierto a mi alumna y de haber asumido el papel de maestro. Me vulnerabilicé solo. Estaba a tiempo de zafarme el gorro y la capa; ¿qué me impedía dejar caer la regla y quedarme sin arma para golpear los nudillos de mi alumnado y hacerlo entrar en razón?—; así es. Soy el maestro. Por lo mismo, te diré que una novela, para serlo, ha de tener tema, personaje en conflicto, trama, argumento (¡Basta! No he pasado los noventa años que llevo en la Tierra preparándome para que, de buenas a primeras, una mocosa me ponga contra la pared). Nadia, de pie —le exigí. No me gustó que me obedeciera—. Dígame, señorita, ¿en qué aprieto mostró su personaje por primera vez para usted lo que usted llama buen ánimo? ¿Atrapa usted al lector desde la primera línea? ¿Sabe a lo que se va a enfrentar si publica cualquier cosa con su nombre, es decir un nombre de mujer? ¿En qué país vive, por más que sea ésta la época en la que vive? ¿A qué lectores se dirige? ¿Cuáles son sus intenciones con su "novela", convertirse usted en estrella, o hacer memorable a su personaje? ¿En dónde puso su mayor empeño, en el fondo o en la forma? ¿En qué época vive usted y en cuál situó su escrito? ¿Cuántos planos conceptuales y formales tiene? ¿De qué calidad? ¿Cuál es su tono? ¿A qué género de novela pertenece? ¡Sin chistar! ¡No diga una palabra! Piense. Mañana traerá contestado este primer cuestionario. Y no se pase de lista. Para cerrar la sesión, y para que se entere de quién es su maestro, tome usted el siguiente dictado. Reflexione sobre él. Memorícelo:

> George Sand se dirige a Flaubert: "¿Qué vas a hacer?", le pregunta; "¿Seguirás cultivando la desolación como yo la consolación? Tú entristeces a la gente que te lee. Lo que yo pretendo, en cambio, es hacerla un poco menos desgraciada".

—¿Entendido, Nadia? Usted, ¿qué pretende?

Incapaz de contenerme, sacudido de mi propio entumecimiento por el vibrante deseo de Nadia de "Escribir una novela", tout court, arrancado de mi pasado, reviviendo de pronto mis ilusiones hechas a un lado, de repente asido a la esperanza una vez más, seguí dando rienda suelta a todo lugar común y no tan común que llevaba años

dormido en mi interior. Escribir una novela; volver a escribir; ¡ay!

—Nadia, siéntate; cálmame. Despeja lo que te he estado diciendo, límpialo como limpiarías el arroz. Dime, sé que tienes claro que una novela no es calca de la realidad, y supongo que alguna vez leíste a Aristóteles y aprendiste por lo menos el valor de la verosimilitud versus el de la verdad; pero, ¿tienes idea de cómo hacer de una biografía una novela? No me contestes por ahora. Deja que mi pregunta cobre una perspectiva diferente en tu interior para que tu respuesta asimismo lleve una impronta personal. ¿Sabes cómo crear a un personaje? ¿Sientes que tu novela hace falta en el universo; en cuál universo; piensas que por eso, en cumplimiento, en satisfacción de esa carencia, vas a sentarte a escribirla? Piensa en tu lengua; piensa en la Literatura: ¿qué les vas a aportar? ¿Cómo las vas a honrar?

Como buenos amigos, nos dimos la mano y cada uno tomó su camino. Pasé el resto del día sumido en un sillón de la sala de música. Ninguno de los demás internos la frecuentaba, pero, dado que yo quería oír la Oda a la Alegría solo, sin interrupciones, de cualquier forma atranqué la puerta. Puse una mesa, un sofá y dos sillones contra ella para mantenerla cerrada y corrí, también, las cortinas. No quería luz ni miradas curiosas, ni siquiera las de los pájaros, mis viejos compañeros bípedos.

Capítulo cinco
(Reflexiono en lo que desaté)

Dormí mal, con sobresaltos y recuerdos. Amanecí con el resto de un sueño en la punta de los labios. Alcancé a anotar la palabra “Serenata” y, en cuanto me levanté, la definí: Música que se toca en la calle por la noche en honor de una persona; composición poética que se canta de noche; ¿es lo mismo que un Nocturno?; canto nocturno de los trovadores. Sí; aunque en sentido figurado significa lata, molestia. El ejemplo que da el diccionario es ilustrativo: Me dio la serenata toda la noche. No obstante lo cual, el término me gustó. Sobre todo porque, igual que los sueños, me lo regaló la noche. Es decir, me dio lata toda la noche para que le hiciera caso. El único caso que le puedo hacer es que, si algún día escribo una novela, la llamaré *Serenata,* y me convertiré en trovador, o juglar, o ministril, para cantarla de noche en honor a Nadia. ¿Habrá un balcón, tupido de enredadera, debajo de la ventana de su recámara? ¿Se dejará ver para agradecer mi canto? ¿O quién me vaciará la bacinica sobre la cabeza?

Madrugador, entré a la cocina porque tiritaba de frío. Sentía más frío que hambre. Los vidrios de las ventanas que dan al noroeste amanecieron empañados. Miré del otro lado de las cortinas y los barrotes para ver si había nevado. Si nevó, la nieve estaba derretida y, salvo por una que otra mancha de agua en los caminos y la terraza, que tampoco llegaban a ser charcos, se había evaporado. ¿Tendría mi niña calcetines gruesos que ponerse?

La cocinera me pidió de buenas que regresara al comedor si no quería que los pinches me sacaran a la fuerza. “Tirabuzón soy yo”, aclaré a la doña, sin otro ánimo que el de pedirle a mi vez un trozo de cáscara del melón que se encontraba rebanando, pelando y picando.

—Es la luna —le informé—; llevo días necesitándola. ¿Con qué voy a sujetarla sobre mi pecho?

Me extendió un cuarto menguante, risueña, agitando la cabeza de un lado a otro; pensé que en busca de una serpentina con que ayudarme a colocar la luna en su lugar encima de mi corazón. Entre los dos confeccionamos una cinta con hilos de elote, que no matan a nadie, y, debidamente ornamentado y armado, me retiré en paz a desayunar en mi sitio entre los trasnochados en el comedor, casi todos en bata, como seguirían el resto del día, algunos, incluso, sin bañarse: y, a duras penas, permitiendo que los forzaran a hacerlo a lo sumo una vez a la semana.

Faltaban algunas horas para que empezara la clase prometida.

Quería reclinarme en la mecedora del jardín y pensar. Si ayer y anteayer fueron sábado y domingo, me dije, Nadia estalló el sábado y hoy es lunes. He notado que los pellejos que salen alrededor de las uñas de los dedos de la mano proliferan, en mi caso, cuando la inquietud se exacerba. Si los dejo intactos, se consumen o se absorben o, comoquiera que sea, desaparecen solos. Lo malo es que molestan y sobre todo afean el derredor de las uñas. Usaré guantes a la hora de la sesión. No quiero que Nadia se forme ideas equivocadas de mí. Cuido mi aspecto como buen Brujo. Otra cosa es que resulte poco atractivo. ¡Basta! Todo eco de mis fracasos murió al cerrar la puerta de mi pasado. Apenas entré aquí, desnudo y vacío, volví a empezar.

Sentía una mezcla de curiosidad y miedo de enfrentar a Nadia. ¿Qué lograríamos urdir para que alguien le trajera aquí la novela sobre su nana que decía tener escrita? Sin embargo, por más arduo que este primer paso parezca, más difícil me resulta imaginar qué tipo de clase voy a dar a mi alumna cuando extienda frente a mí sus papeles. ¿Acaso podría yo contestar, con autoridad, es decir, con experiencia, es decir, con obra que respaldara mis opiniones, alguna de las preguntas que le lancé a manera de zarpazos virulentos? ¿Qué sé yo lo que es una novela, y lo que hace que una novela sea La novela? No hablé más que tonterías y perogrulladas. Yo sé que a ciencia cierta nadie sabe nada de estas cosas. ¿En qué va a ser diferente la historia de la nana de Nadia de todas las historias de las nanas que ocupan un lugar en una biblioteca desde que se tiene memoria? ¿O, en nuestra época, no hay ninguna, aparte, por supuesto, de “Un coeur simple”? ¿O Félicité no era una nana? ¿“The Good Anna” no era nana, inspirada, por otra parte, en Félicité? De inspiración confesa, además. La Stein se sentó delante de la nouvelle de Flaubert, colocó su lienzo en el caballete, sacó su paleta y sus colores y, como aprendiz de pintor, copió, trazo tras trazo, a la propia Mona Lisa, hizo su Gioconda, su Anna, a partir de Félicité.

¿Conocerá mi pequeña su tema? La nana, ¿cómo la entenderá mi niña? Ni esclava, ni esclava liberada; ni pago de una apuesta; ni premio de un juego de feria. Ya no es pícara ni bufona. ¿Es aya? ¿Participó en las intrigas amorosas de su señora? ¿En chismes de herencias? ¿O fue la dama de compañía fiel, dedicada a su dueña, voluntariamente sujeta a ella, sin las riendas de su propia existencia? ¿Cedió el mando de su vida a su señora? ¿Esto fue lo que la hizo libre? Griegos, romanos; el tema viene de lejos, de antes de Cristo, pasó por todas las épocas y todas las culturas, fue comedia, drama, ópera; fue novela temprana, el asunto del criado ha sido hilo de todos los tejidos, en calidad de conocedor y consejero; confidente; ha sido realista, cínico, a la vez que abnegado. Siempre, con su función de servicio a cuestas.

Me documenté en la biblioteca. Puedo sostener casi con certeza, sin embargo, que, antes de Flaubert, los criados en la literatura y en la música fueron únicamente varones; al menos, en calidad de protagonistas o, a lo mucho, de personajes secundarios. Estoy casi seguro de que en la literatura mundial, incluida la del Oriente, Félicité es el primer protagonista criado que es mujer. Dependencia limitada; con las aptitudes realistas y prácticas desarrolladas a un grado superior que las equivalentes de su ama; cuidadoras de la señora, de los hijos de su dueña, de la casa; protegidas y protectoras. Relación intrincada, enmarañada, enredada pero, sin excepción, armoniosa, complementaria. Tiene características diferentes de las de sus antecesores varones sucios y mentirosos. ¿O todavía es un instigador de confusión, la nana? ¿Cómo será, en todo caso, la nana de la novela de mi niña? ¿El contrapunto sensato de una gran dama insensata? ¿Era Florencia una persona agradable? ¿Cómo se manifestó el buen ánimo al que se refiere Nadia? Hubo sirvientes diabólicos, con artes mágicas. Pero lo común es la nana institutriz, educadora, maestra, enfermera. Con sus cantos de cuna. En Inglaterra, con su nursery, la nanny que no falta en la casa de los ricos. ¿Llegó la Florencia de Nadia a ser del siglo XX, liberada, igual a su señora, con derechos, con un lugar en la familia?

No hablo de testimonios, ni de memorias. Hablo de narrativa, de un personaje real que haya pasado a ser un personaje de ficción. Félicité, ficción, partió de dos personajes reales mezclados en el mezclador de cristal del Mago Flaubert. ¿De qué estás hablando, Tornero? ¡No más digresiones! El reloj de arena está detenido. Así que arrebaté el gorro de chef del gancho y me lo encasqueté en la cabeza. Me envolví en la capa morada. Saqué la luna de entre mi bata y la coloqué sobre la capa. Respiré profundamente. Apagué la Oda a la Alegría y reacomodé los muebles de la sala. Abrí con decisión la puerta. Avancé a grandes pasos, no sé qué tan firmes, mis zapatillas eran huaraches de suela de llanta neumática y pesaban. Atravesé el laberinto y finalmente llegué al salón de clases.

Capítulo seis
Contamos con el material de trabajo

—Tornero, lleva chueca la peluca —me advirtió el guardián, con su escopeta al hombro.

—Nadia —pronuncié al franquear el umbral—; Nadia. ¡Aquí estás! —qué gusto me dio verla, aun encogida; las manos alrededor de un tarro de café que se las calentaba y evitaba, durante un rato, que le temblaran, no sé si de frío. —Materialmente necesitamos la novela; ¿pensaste en alguna estrategia para hacérnosla llegar?

—Mi esposo es el único que puede localizar el maletín —me informó, diré que mordazmente, dada mi hipersusceptibilidad— y / no la dejé decir nada más.

Mi rival, deduje, era un afamado inventor que había viajado por el mundo en jeep, llevándolo con él en el barco si no había alternativa. Procuraba establecer principios tales como el de los Miniderechos humanos, por ejemplo, uno de los cuales consistía en que los taxistas no encendieran la radio mientras llevaran pasaje; o levantar monumentos, digamos, al Inventor del Punto y Coma (conocí un restaurante con el nombre de Coma y Punto) y, frente a semejante excentricidad, a mí no me quedó más que, aparte de sentir redoblada envidia de él, y celos, y coraje, admirarlo.

—Me cae bien —semimentí—; pero, ¿cómo pedírselo?

Nadia era recién llegada a la Casa; antes de una semana, si no presentaba reacciones alérgicas al encierro, no tenía acceso a llamadas telefónicas ni, mucho menos, visitas: y yo me encargaría de que, muchísimo menos, conyugales. De manera que, ¿cómo hacer llegar el maletín con los papeles de Nadia a nuestras manos sin, repito: sin, la visita personal del Mensajero?

—Querida, me temo que tendrás que escapar para traer tú el maletín; si me escapo yo, no regresaría; al menos, no aquí. Me temo que iría a dar a la cárcel pues, una vez con el maletín bajo el brazo, cometería un homicidio. Y no me preguntes nada. No te voy a revelar mis deseos. ¿Cómo vamos a hacernos de la novela de tu nana? Empiezo a creer que lo mejor sería, después de todo, que la reescribieras. ¡Ya sé! —interrumpí—. Vamos al huerto a recoger manzanas; el ejercicio bucólico, el contacto con el campo, hará que se asienten nuestras ideas y, una vez logrado esto, sabremos exactamente qué hacer para que tu trabajo se materialice aquí —dije, a la vez que daba unos golpecitos sobre la mesa con el puño derecho, enguantado.

Una semana después, no llevábamos ni la mitad de una canasta

cada uno cuando sonó la campana. Olvidamos la cosecha entre la hierba y acudimos de prisa al llamado. Nadia tenía visita. Me escondí antes de derribar al Inventor de un puñetazo.

Mientras atravesábamos las terrazas y los campos para llegar al huerto, colgué una flor de jacaranda de cada lóbulo de mi compañera, quería disipar el invierno con dos aretes de primavera lila en las orejas perforadas de Nadia. El asunto no era que Nadia llevara un tiempo sin lucir las piernas, como le señaló el Benefactor de la Humanidad, sino que él, supongo, la veía a los ojos antes y después de sumirse en las páginas de sus libros antiguos de alquimia, metido como estaría en laboratorios y bibliotecas de los cuatro rincones del mundo buscando poetas olvidados o ignorados; o en archivos de juzgados y comisarías, en pos de facultades infringidas, es decir, quejas y lamentos de las víctimas atropelladas en sus derechos elementales. "¡Aaaaaaaaaaah!", grité de desolación, incapaz de tolerar que, en tanto que mi opción a la serenidad estaba siendo violentada, mi discípula estuviera gozando en brazos sustitutos de los míos. "¡Aaaaaah!", gritaba, arrancándome la capa, la peluca, la bata; desnudándome en este calabozo, con mi luna colgada al pecho como único escudo contra el mal que me corroía.

En cuanto percibí la sombra de los tres guardianes más corpulentos que merodeaban por la Casa, empecé a correr, correr, bajé las escaleras oscuras, corrí por los pisos resbaladizos del sótano, me interné en la humedad, en la oscuridad, en el dolor, ¡Aaaah!, incapaz de tolerar la idea de que, en tanto que Nadia estaba con otro, por más que ese otro fuera suyo, su hombre, su amor, yo me rompiera los huesos, la cadera, los fémures, la columna vertebral, y a nadie le importara.

Amanecí en la enfermería, envuelto, inmovilizado, dentro de una camisa amarrada, que parecía de yeso, que me hace pensar que no es otra cosa que cemento de leche agriada.

Visita conyugal largamente acariciada que duró cuarenta días con sus noches, y que a mí, hecho a un lado, no obstante, me favoreció. En mi cama de hospital, para no enloquecer dediqué las horas de silencio y quietud más absolutos a recordar que en inglés, nana es nurse y, to nurse, amamantar. También, abrigar, acariciar, cuidar enfermos, fomentar, dar alas, cultivar una planta. Una nana es un ama de cría, niñera, protectora, madrina. Mi nana fue mi nodriza. ¿Qué fue tu nana para ti?

Capítulo siete
Emprendo la primera lección

Una vez libres de visitas conyugales o de recurrencias a la enfermería de esta Casa, de nuevo en el salón de clases.

—¿Sabías, Nadia, que el único territorio libre que nos queda a los inquilinos de esta Casa es la imaginación?

El paquete estaba delante de mí, entre los dos, pues mi alumna, del otro lado de la mesa, asimismo lo tenía enfrente, sólo que para ella las letras miraban hacia abajo, hacia arriba para mí, de cabeza para ella. Un espejo enderezaría el asunto, pero aquí no los hay: estarían todos estrellados, y los puños de los internos surcados de heridas, con cicatrizaciones de diferente calidad.

No quería dejar pasar la oportunidad de saldar cuentas con la cuestión de la falda y poner los puntos sobre las íes del engorroso tema que, puedo decir al oído de quien se esconde detrás de la cortina, para mí no fue más que bendición. Presentía que, una vez que nos adentráramos en la novela ya no podría transmitir a Nadia lo atractivas que me parecieron sus piernas desde que la vi por primera vez. Nada chuecas, bronceadas, y delataban a una caminante, lo que me pareció irresistible.

—¿Te gusta el alpinismo? —quise saber, para desconcierto de la discípula que no dejaba de temblar. Qué era peor, que hubiera puesto sus esperanzas en que el sastre la hiciera armonizarse, o que el sastre hubiera fallado, como falló, y Nadia, en el estallido que se veía venir, hubiera sido traída vestida, y no desnuda, de la mano de mamá para armonizarse aquí, cerca de las nubes. Los camilleros no decían palabra; el llanto de la madre los confundió; partió a pedazos la familiaridad con que, hasta entonces, desempeñaban su quehacer. Parecería que los entorpeció que una madre llorara cuando le hacía bien a un hijo. Te voy a decir cómo es la cosa, hija. Es tan vieja que sin que me refieras cómo te sucedió a ti en particular, yo sé con pormenores cómo fue.

Aquí no hay casos particulares, a pesar de que es lo único que llegamos buscando ser los desposeídos que venimos a dar a la Casa del Cerro. Aquí, todos vivimos una vida ordinaria. Lo que te sucedió a ti fue que te tocó heredar nombre; y, si hubieras sido lo suficientemente dócil, habrías heredado incluso identidad; si no carácter, sí personalidad. Mientras te sometiste, fuiste la Cenicienta, ¿no?, cuando lo que tu pequeño y frágil Yo, quien hubiera querido ser habría sido, por lo menos, Juana de Arco, ¿no? Lo que te puedo asegurar es que,

con tu manía de rebelde nacida, pero forzada a la sumisión, lo que lograste, en tu familia, en la sociedad, fue agriar la crema y nata en la que naciste. De ahí tu grito desesperado, que no à la Tarzan, hélas.

La comisura de los labios de los demás se arqueó al conocerte. Cuando se volteaba el cuello y los puños de las camisas corría el siglo XVI; cuando la pariente pobre, la forzada pobre de gracias, la sin gracia, la desgraciada, aceptaba lavar los trapos sucios de los otros, Cenicienta, transcurría el siglo de la mierda. ¿Crees que te liberaste de él? ¿Por qué no te formaste a imagen y semejanza de todas tus y las modelos que te bloquearon la vista de toda distracción que no fuera ellas, que te hicieron memorizar y repetirles, "Eres mi espejo", "Debo ser como tú"? ¡Un Caballo de Troya te regalaron cuando naciste! ¿No caíste nunca en creer que, si hubieras nacido varón, nada ni nadie te habría desencuadernado?

Pero con el rubí que sin duda tienes incrustado en el ombligo, lo que digo debería hacerte sonreír. Cambiaré de tema. Mientras no sonrías, me privarás del conocimiento directo de qué clase de nana vas a recrear en tu novela, ¿qué encontraste de ti al estudiarla a ella? ¿Por qué la retrataste, para que te acompañara en la isla en la que vives, dentro de ti misma? ¡No hay escritor que no viva en una isla! ¿Por qué otra razón propicia que los monstruos de su fantasía le quiten el sueño? (Entre paréntesis: Me das pena; pero no para acariciarte la cabeza, como a un perro que se te acerca, manso, para que lo quieras, sino para darte zarpazos. Desde que conozco a los hombres, como decía mi nanamamá, quiero más a los perros.)

—¡Qué agradable mañana!, ¿no te parece? —Nadia, absorta en los humores que despedía el cuerpo organizado de sus pensamientos, no había levantado la vista ni advertido, en consecuencia, la palabra que el maestro había escrito en el pizarrón blanco, con un gis azul, que remedara sus venas de salida, y que decía: Novela. Centrada debajo de ella, en letra más chica, se leía *Los viejos queremos existir* subrayado, a manera de título tentativo, que yo cambiaría de inmediato.

—¡Nadia, despierta! ¡Nadia! —troné los dedos; por fin depositó, vacío, el tarro sobre la mesa y, apenas sonriente, me dirigió la mirada, que me calentó más que todos los tarros de café hirviente que había sostenido entre mis manos—. ¿Por qué la titulaste así?

Con esta pregunta, había empezado nuestra lección.

—No tienes que contestarme. O contéstame que primero la lea, llámame "crítico", por hacerte la pregunta antes de tiempo y equivocada. Sería, habría sido más acertado, pero también arriesgado, decirte qué me pareció el título, si atractivo, si cursi, si largo, si qué, ¿no? Pues bien. Te diré: No sé. Tengo que sentarme a pensar. De pie, con la ventana a mis espaldas, lo único que soy capaz de articular que

sea acorde con el momento es: “Qué frío”, por una parte; y, por otra, “Qué miedo”. ¿El título me los provoca? En todo caso, ¿qué tal si alguien aprovecha mi flanco indefenso, que es el trasero, para atacarme, en este estado en el que quedé, titiritando de frío y de miedo? Hablando de lo cual, te preguntaría de paso, ¿tu nana te desvestía? ¿Quién te enseñó a avisar que querías orinar o defecar, tu mamá o tu nana? Puedes acogerte al derecho de no contestar o de que tu respuesta sea, “No sé”. Es más, yo mismo te he dicho tantas veces “no sé”, que quizá llegó ya la oportunidad de anotar, como primer punto de la lección, que la negativa en la frase “no sé” es válida, valiosa y, tal vez, determinante en la relación maestrodiscípulo que nos concierne. ¿De acuerdo? No saber, recurso legítimo del alumno; legal, del profesor sincero, o repasa tu *Mairena.* ¿O es su deber saberlo todo? Sólo un farsante admitiría semejante pretensión. Y cuídate de los farsantes. Dan el golpe de sabios, y la vida no siempre se encarga de desnudarlos para que muestren el cobre del que están hechos, ellos, no sus medallas, que bien pueden ser de oro sólido como hélas, suelen serlo, por otra parte.

Nadia me tenía acorralado. ¿Cómo arrodillarme a sus pies probablemente entumecidos y pedirle perdón? Yo de veras no sé nada; mucho menos, lo que es, o debe ser, o puede ser, una buena novela. Cuanto escribí en mi tiempo se hizo ceniza. Con el primer estornudo de la temporada hice volar incluso las cenizas. Polvo fueron y, aunque enamorado, en el recuerdo polvo quedaron. ¡Ni mi nana me leyó! Si ya de por sí era analfabeta, cuando me revelé como escritor, ella estaba muerta; muerta, a pesar de que yo la llamara Siempreviva.

—Te decía que, para saber si me gusta o no el título que diste a tu novela, debo sentarme a pensar. ¿Forzosamente en la silla? De ser árabe, preferiría hacerlo en cuclillas sobre el piso. ¿Te incomoda que te admire desde la perspectiva del suelo, pensativa, musitante, balbuciente? En el desierto que sustituí con este oasis, me creía feliz. Pero, no perdamos más el tiempo. Acércame el texto, Nadia, con su parafernalia completa.

Con las manos enguantadas, me encontraba sin uñas que roer para paliar mi terror. El paquete consistía en una caja de chocolates noruegos Kong Haakon, roja, con letras doradas, de unos cuarenta centímetros de largo, veinticinco de ancho y dos y medio de alto que, hélas, no contenía sino papelitos de diferentes colores y escritos con diferentes plumas, formas y tamaños, recogidos por conjuntos clasificados, según deduje con el rápido vistazo que eché al interior al destapar, apenas, una orilla de dicho recipiente. Además, una carpeta con un buen montón de hojas mecanuscritas tachadas, corregidas; un grueso cuaderno grande, de unas quinientas páginas, escrito indistintamente a lápiz o pluma, con una caligrafía cambiante, a veces

a lo largo, a veces de arriba abajo, siempre de forma tupida, con trozos de papel engrapados aquí y allá, escritos también y, finalmente, una carpeta verde con el manuscrito en limpio, es decir, un fajo de cuartillas a máquina, limpias, listas para ser entregadas al mejor postor que, dicho sea de paso, ciertamente no era yo. ¿Qué me arriesgaría a hacer ante un tesoro como ese? Ciento veinte folios para ser leídos; ciento veinte hojas limpias extraídas de no sé cuántos intentos, ilusiones, nuevos intentos, desilusiones; ciento veinte páginas que yo nunca logré articular. ¿Qué clase de maestro podía ser si fuera un hombre honesto?

—¿Todo en el pequeño maletín con que llegó aquél? —pregunté, con fingida indiferencia. Mi finalidad, una vez más, era ganar tiempo.

Me entretuve procurando distraer a Nadia del atolladero en el que me encontraba, hablándole de su nombre, descalificándolo, por supuesto, basándome tanto en razonamientos sensatos como en sus contrarios.

—Si ya el título presenta problemas, por su extensión, por no hablar del cuestionamiento que suscita el significado, por lo menos entre nosotros los viejos, tu nombre es un hervidero de asuntos fértiles para la crítica. No te puedes llamar así: Nadia Karam. ¿Quién se llama así, aquí? No te van a bajar de Karámtula, de Karamba, de Karámbara, de Karambómbola, de Karamártica, de Kara, de Deskara, de Nónada, de Bikoka, de Papendújuka, de Patarátara. En fin; ¡qué sé yo! ¿La isla que dices que heredaste al nacer, es una metáfora de tu nombre? En este caso, fue un regaloimposición; de esos que te ves forzado a usar, sin saber si te gustan o no. Déjame decirte que, en un principio, a nadie le gusta su propio nombre. Es como si, desde que te registran con él, te vieras obligado a llenarlo. Se asemeja a la cuestión de ¡la falda! ¿Qué haces si ese nombre no te ajusta? Suele quedar grande o chico; nunca bien del todo; siempre, en última instancia, incomoda. Pero, de todos los que he oído, y hasta usado yo mismo, pues, como actor que fui, llegué a vestirme con un sinnúmero de ellos, Nadia Karam es, perdóname, el peor. Quien te ama, te hará sufrir. Mi deber, como educador tuyo, ¡o nana!, es indicarte que no puedes firmar así, Nadia Karam, Nadia querida. Y eso que el Nadia no lo he casi tocado. ¡Imposible! Los padres que dan semejantes nombres a los hijos deberían explicarles, “Me delató el subconsciente”; “Es tuyomío”, o, lo que es lo mismo, es un regalopatada; pero ya me enredé, no sé más de qué estoy hablando; sólo sé que hay nombres de éstos que equivalen a ordenar al hijo a ser la imagen y semejanza de los padres, cosa que, en la lógica más primaria, inutiliza a los hijos cuando bien les va; los despersonaliza, cuando la cosa va mal. Ay, Nadia; ¿en qué nos hemos metido? ¡Y del título de la novela, que es de donde partimos, no analizamos nada!

Troné los dedos y llamé a voces al ujier.

—¡Hágame una cita con el Registro Civil, camarada! —urgí, por algo debíamos empezar.

No quiero manchar el nombre de Nadia. ¿Cómo habrá de llamarse? ¿N.K.? ¿Eneca? Así, por lo menos se evitaría enfrentar el segundo mal de su condición: no sólo haber nacido, sino no haber nacido varón. Del tercero, no sé cuándo ocuparme, si es que lo hago. ¿Autora? ¿Para no acceder al mundo de los autores, es decir, hombresmujeres, mujereshombres? ¿Para que la restrinjan a no salir de ser autora entre autoras? Qué determinante es el matiz que se desprende de la diferencia. ¿Y sonar a extranjero? ¡La sola ka ya carga con todo un peso! ¡Si por lo menos hubiera salido a la luz en los sesentas podría haberse llamado simplemente Karma, voz sánscrita, y haber pasado por mecanismo de la retribución de los actos al que está sometido cada individuo y que condiciona su futuro; Karman o Karma! ¡El nombre le habría asegurado el éxito! Bueno, en los sesentas.

—No te partas la cabeza pensando, Nadia; no vale la pena. Juega con tus dedos, enrédalos en tu pelo corto y grisáceo; chúpatelos, de dos en dos: a más grueso el chupón, más grande el placer. O déjame jugar a mí; jugaré a adivinar la primera frase de la novela sobre tu nana. ¿De acuerdo?

—Sí —dijo, monosilábica, extraviada.

A ver, a ver. Podría empezar con algo así como:

> Hechos a un lado sus sueños y sus aspiraciones, Florencia vivió una vida común, dedicada a quehaceres necesarios, aunque menores, como pueden ser lavar y planchar, llevados a cabo, sin embargo, con tan buen ánimo que /

—¡Bah! ¡Qué mal! Protesta, Nadia. No te quedes callada. A ver, déjame volver a intentar:

> Cuando fui desflorada, mi nana lavó mi ropa sin hacerme una sola pregunta.

—¿Qué te parece mi segundo inten/

—¡Oye! —me arrebató la palabra; ¿qué te pasa? ¿Estás loco o qué? ¡Cómo te atreves! ¡Eres un idiota! ¿De dónde sacaste esas mentiras? ¡Por qué quieres echar a perder mi trabajo? Primero léelo y después habla, ¡imbécil!

> Con una sonrisa —seguiría; cálmate; escucha—, con una sonrisa, me la entregó planchada. “Aquí tiene, su merced”, me dijo al extendérmela para seguir de largo hacia el tendedero en el patio de atrás.

Para inspirarme, había cerrado los ojos. Cuando los abrí me encontré en un salón de clases vacío. Nadia me había dejado con la palabra en

los labios; para colmo, arrancó con todo y el paquete. Me sentí morir.

Capítulo ocho
Deshago la novela

—¡Nadia! —salí llamándola por los pasillos, escaleras arriba, escaleras abajo—; ¡Nadia! —grité, hasta desgañitarme, enronquecer de llanto pelado—; ¡Nadia!

La encontré echa un nudo, abrazada a sus rodillas en un rincón, los papeles a sus pies, mojados, no sé si únicamente de lágrimas; la Casa es vieja y está llena de humedades, no faltan las goteras; si no era época de lluvias, sin duda había llovido. Comoquiera que fuera, los papeles se habían vuelto amarillentos.

—Nadia, Nadia —le rogué—; te prometo que me morderé la lengua; regresa al salón; la clase no ha terminado. No sé qué me ocurrió. Soy un lenguaraz y un deslenguado Perdóname, chiquita. Sé mi alumna otra vez. No te enojes conmigo.

—Tornero —dijo la voz del Comandante de Guardias—; ¡A callar! —para, acto seguido, esposarme y encerrarme en la celda del dolor, donde las aves como Nadia no son condenadas a deshacerse junto a los despojados de la gracia divina, como yo.

Padecí el castigo no sé ni cuánto tiempo, pues cuando me liberaron las paredes que yo tenía por azules se habían vuelto ocres. Me recordaron mis años en el desierto, especialmente porque los corredores no eran transitados más que por el eco de las pisadas que, a grandes zancadas, daba en busca de Nadia. La encontré en el salón de clases, mordiendo el lápiz, esperándome.

—Antes que nada —pronuncié, ocultando lo mejor que pude la agitación que me sobrecogió al ver a mi paciente alumna ahí, al alcance de mi mano, como si no hubiera ocurrido nada entre nuestro último rendezvous y éste, la nueva puerta abierta al paraíso—; antes que nada, chica, la tarea. Quiero verla y calificarla. No titubees, que para eso me tienes confianza. ¿No la hiciste?

Nadia depositó delante de mí el viejo manuscrito. Le eché un ojo. El índice era una frase, que no estaba mal:

Obertura.
El tema
en palabras de la protagonista,
mías,
o del autor omnisciente (Fragmentos).
Final.
Nudo y Remate.

Bueno, dije que no estaba mal, lo cual no significa que estuviera bien.

Es más, me pareció muy bien, y por lo mismo me chocó. ¿Ah, sí?, reflexioné; pues será no. Sin embargo, el recuerdo de mi más reciente paso por el calabozo me orilló a morderme la lengua hasta que el dolor me arrancó un grito. "¡Aaaaah!"

—Maestro —informó la alumna—, le está saliendo sangre de la boca.

El enfermero ya estaba a mi lado, con su botiquín de primeros auxilios debajo del brazo.

—Espero que se haya usted untado desodorante esta mañana, señor —intercalé, dispuesto a abandonar todo menos la dignidad.

Una vez cumplidos los cuidados del caso, pasamos a la lectura del epígrafe, que me dejó helado.

—Señorita —pedí a Nadia—; haga el favor de leer el epígrafe en voz alta; no necesita ponerse de pie ni pasar al podio; desde su silla de ruedas está bien. La escucho.

—"La casa donde se lava la ropa sucia de un escritor es su obra" —leyó, con una naturalidad más escalofriante que la que me habría recorrido si, de noche, me hubiera dado los Buenos días.

—¿Y cree usted que su novela va a respaldar semejante juego de palabras? ¿O es otra cosa que un juego de palabras? No la imagino a usted capaz de lapidar al gremio al que aspira a pertenecer de una manera tan brutal como la contenida en ese epígrafe. Francamente, me sorprende. Pero no vamos a detenernos en interpretaciones ni reconvenciones. Usted estará joven; pero yo ya soy demasiado viejo para creer que una reprimenda enmienda o, lo que es lo mismo, que el escarmiento es otra cosa que el excremento. ¿De acuerdo?

Se dicen muchas tonterías por todos lados, y luego se olvida que entre una y otra se desliza alguna verdad. Decidí quitarme los anteojos, estirar las piernas, bostezar y pedirle a Nadia, en el mismo aliento, que se relajara.

La novela empezaba bien, pero algo me empujaba a exigir a Nadia todo lo que diera, un todo que contenía algo de lo que ella no se sentía ni poseedora ni capaz. Su obertura consistía en contar en primera persona la llegada del narrador, una joven, a una casa de reposo. Me gustó cómo transformó la realidad (¡y que lo hubiera hecho intuitivamente, me impactó!), pero no era suficiente; no para ella; no para mí. Decía algo así como que por circunstancias que prefería olvidar, la habían atado en una camisa de fuerza y, sin llaves ni documentos, la habían internado en, etcétera, lugar que situó en las afueras de la ciudad. Luego hablaba de que de inmediato trabó amistad con una paciente a la que llamó Natalia, y es cuando ya no soporté más. La describió como amnésica, mujer a la que un hermano o no sé qué pariente despojó de una herencia que era una gran fortuna y que del dolor que esto le produjo se le olvidó quién era y qué había

sucedido, y por eso se encontraba recluida y no había forma de que recuperara su identidad y tá, tá, tá.

—¡Un momento! Esa Natalia —interrumpí de pronto la narcótica lectura que hacía Nadia encantadoramente de su obra maestra—; esa Natalia, ¿de dónde la sacaste? Aquí no hay ninguna interna que responda ni a ese nombre ni a esas características. Llevas aquí tres o cuatro días y ya conoces a más gente que yo, que llevo en este sitio toda una vida. Te situaste en esta Casa antes de venir a dar a ella; parecería que propiciaste tu crisis con tal de acabar en éstas. ¿Querías experimentar en carne propia lo que imaginaste para validar la novela que escribiste? No, pequeña; tu entrada no funciona. ¿Qué tiene que ver Natalia con tu nana? Por más que sea novela y puedas hacer digresiones y divagar y aun gastar hojas, en este salón tu comienzo no funciona y tampoco pasa la prueba; ni siquiera la de la orina. Porque, ¿acaso pretendes jugar a que tu Natalia sea yo? Eres una gran mentirosa, mañosa, pequeña mía. Estás más loca de lo que imaginé. En todo caso, ni siquiera de la pluma de un cuerdo pasaría la prueba este manuscrito. No habías mencionado ni un par de veces a Natalia cuando brinqué. La busqué hasta debajo del tapete y no di con ella: es decir, tus palabras no lograron dármela, ¿me entiendes? Se trata de que con el uso de la lengua presentes a tus personajes; tu manejo del castellano es el responsable de que un personaje viva, atraiga, así sea colgado de una telaraña, por inverosímil que esta imagen pueda ser.

Los celos me consumían. ¿Quién era esa tipa de porquería, Natalia? ¡Ja! Llámame Natalia. Natalia soy yo. Llámame así y acudiré trotando a tu silbido, pero no hagas arrancar una novela sobre tu nana con un personaje que no parece saber ni en dónde está parado. Pequeña, no te desanimes o aunque te desanimes: el problema con tu novela es que está demasiado bien.

—¿Sabes lo que significa el adverbio demasiado? En el caso de tu novela, quiere decir que se pasa de buena. Es decir, no sirve; tout court. La vida no es perfecta, de modo que tu novela perfecta no tiene cabida en la vida —dictaminé tras leerla a solas y entender incluso el recurso de la amnésica Natalia que escribe la historia de la nana de sus hijos y, a través de ella, recupera su propia identidad—. Nadia, te felicito porque veo que puedes pensar y que tienes sentimientos, nobles si quieres; pero la gente que vive en el mundo ni piensa ni tiene sentimientos nobles. Por tanto, retratas a seres inexistentes; de ahí que fracases. Celebro tu imaginación; pero no supiste aplicarla; la aplicaste mal.

Mi alumna atendía mi discurso pálida, inmóvil y callada pero afortunadamente sin derramar una sola lágrima. La facilidad de la gente para llorar me saca de quicio, así que admiré a Nadia, seca de lagrimales. Era señal de que soportaría zarpazos aún más despiadados,

de manera que me di vuelo.

—Sin embargo —dije y repetí—, si quieres sacar a flote tu manuscrito, escucha la voz de la razón. Te hablo desde el fondo de mi ronquera. Vuelve a escribir la historia de tu nana. O dámela y te la escribo yo, y tú vete al campo a recoger manzanas y tararear la Oda a la Alegría; te hará bien, coro celestial. El método que yo seguiría para escribirla es sencillo. Consiste en quebrantar la perfección que tiene la que escribiste tú, el orden, la exposición, todo; sacar el revés del guante, ¿qué me dices? Darle un ritmo continuo, tamborilazo tras tamborilazo. ¿Qué me dices? No dejar respirar al lector. ¿Me sigues?

Capítulo nueve
Vapuleo al autor

—Deshagámosla y rehagámosla juntos —acató Nadia, casi contenta.

—¡Así sí juego contigo, Nadia! Pero, ¿de qué te ríes?

Si la tarea que eché sobre mis hombros antes de leer la novela llegó a parecerme insoportable, después de leerla el peso se multiplicó. Amanecía encorvado, y de esta manera me mantuve mientras duró el juicio de Dios al que sometí a Nadia. Nos batimos en duelo, la orillé a tragar lumbre, marqué las palmas de sus manos con hierro candente. Por último, supedité el asunto a un sorteo astral. Del resultado se desprenderá en el futuro si fui culpable o inocente, si intervine para bien de mi discípula, o si fui el agente de su condena, cualquiera que ésta llegara a ser.

Al tanteo, me daba cuenta de que el viraje debía ser hacia la nana; llegó la hora de dejar atrás a Nadia y sus problemas, por otra parte, tan rutinarios y ordinarios que carecen de interés, y dirigirnos hacia el tema que nos une y que, por fortuna, no se refiere a nosotros. Robar cámara está bien para los leones, nacidos en agosto; no para las lagartijas, que más bien nos camuflamos sobre los troncos de los árboles y las piedras y rocas del mar y los ríos.

—¿Cómo era tu nana? ¿Alta o baja? ¿Bonita o fea? ¿Morena o blanca? ¿Cuál es tu primer recuerdo de ella?
¿En qué adversidad la vas a situar para que luzca el buen ánimo que dices que/

Esta clase de formalidades no nos iba a llevar muy lejos. Aun apagados los focos me lastimaban la vista esa mañana fría en la que sentí con claridad alarmante que escribir una novela era como mudarse de casa pero a la carrera, en una situación de emergencia que no daba pie a empacar bien ni pensar con calma. Cuando fuera tarde, el novelista sabría qué fue lo que no guardó y qué lo que debió haber llevado consigo. Las necesidades se satisfacen a la buena de Dios; y, en cuanto a lo sobrante, que se atribuya al diablo.

—Nadia, querida, dado que lo mejor que podemos hacer con tu novela es mermelada, te propongo salir al jardín conmigo y mecernos en la hamaca —a la alumna le pareció bueno mi plan, de modo que enrollamos las bolsas de dormir, levantamos la tienda y, arrojando al aire lápices y Libretas de apuntes, salimos corriendo a los prados. No era cuestión de que otros nos ganaran nuestro lugar favorito, con vista al barranco de un lado y, del otro, al patio de atrás en el que, afortunadamente, ahora sí ondeaban las sábanas blancas de las

treintaitantas camas de nuestra Casa del Cerro.

—Verás que meciéndonos se nos va a ocurrir algo, Nadia; no pierdas la fe en tu maestro que, para tu desgracia, perdió el pelo antes que el tiempo.

Le pedí que se colocara la máscara mosquitera, pues no quería que el rocío le picoteara la cara. Una vez en la hamaca, me solté de nueva cuenta la peluca, el gorro de cocinero colgaba de una rama y, a pesar de las bajas temperaturas en el exterior, mi capa morada, con luna de melón y cinta de hilos de elote, me protegía en la intemperie astral.

Capítulo diez
Trazo el comienzo

—Ahora, pequeña, cuéntame algo así como que tu nana se llamaba Florencia y era un refugio. Dime que nació bien, que la bañaron en tina con agua hervida hasta que su mamá, harta de la opulencia y el bienestar adornado de holanes en el que se asfixiaba, se llevó sus pertenencias de familia a casa de un pariente y, dos días después, abandonó a su hija en la cuna mecida por el papá y desapareció de la vista de ambos. ¿Qué sucedió entonces?

Por el rabillo del ojo izquierdo alcancé a ver que fluidas lágrimas se deslizaban por las mejillas sonrosadas de Nadia para acabar ocultándose en la bufanda que envolvía su cuello y que las absorbía hasta que, gracias al fenómeno natural correspondiente, se secaban o se incorporaban a la humedad circundante general que, en su momento, correría la suerte de transformarse en nube.

Si no vas a hacer otra cosa que guardar silencio, hija mía y de las espigas del campo, seguiré solo contando la historia de tu nana. Ya leí los apuntes y mi experiencia me dice que, a la hora de transformarlos en novela o algo, lo más acertado es olvidarse de ellos, no consultarlos, dejar que la huella que hubieran dejado en el interior espeluznante del autor en ciernes haga lo suyo, e impulse a moverse desorbitada la lengua hecha pluma del narrador, ¿no?

Sucedió que Florencia se quedó a cargo de un capataz pues el papá, tras el abandono de su esposa, mu rió, no se sabe si de tristeza, vergüenza, o arsénico; ni si éste, encontrado en los restos del último vaso de tequila que se tomó, fue depositado ahí por el azar o por su propia mano. En fin. No voy a exagerar, pero bien puede ser ésta la causa de que Florencia, abandonada por la mamá y huérfana de padre, le haya parecido una carga peligrosa, hablando en términos de psicoanálisis simplista, al capataz que, después de todo, no tenía mayor vela en el entierro. Lo cierto es que la tomó de la mano y la llevó a un orfanato. “Aquí te me quedas, chicuela chimuela/ desdentada; ya volveré por ti”, le habrá dicho y mentido, ya que, si bien ahí la dejó, pensando sin duda en que era para el bien de la niña y que, además, él no podía hacer nada mejor, nunca volvió ni por ella ni a visitarla ni, tampoco, a entregarle la herencia que él se habrá encargado de tramitar, pues su patrón habrá muerto intestado, aparte de infectado.

—Nadiakarama, sonríe. Si no te gusta lo que estoy haciendo, cállame, me morderé la lengua y punto, seré todo oído para ti, si tan

sólo te destrabaras y hablaras, pequeña; ¿qué te pasa? —Mi alumna conservaba la mirada móvil en el vaivén de las sábanas que se secaban en el tendedero del patio de atrás, blancas, grandes, arropadoras de insomnes y somnolientos por igual, redes de sueños y de pesadillas, sedantes de malos pensamientos, coladoras de angustias, toallas de llantos, tapabocas de gritos desmesurados, velos de novias plantadas, escudos de cónyuges pudorosos, buenas sogas deslizadizas de presos hacia la libertad, techo de amantes, corporeidad de fantasmas.

Es más fácil dejar volar la imaginación tras la realidad que arrodillarse encima de ésta con lupa y microscopio en mano.

—Una vez tras las rejas del asilo para huérfanos, tu nana Florencia no paraba de llorar. Tres días esperó que el capataz volviera por ella; miraba el camino con la esperanza de verlo aparecer cabalgando de prisa a recogerla y llevársela y pedirle perdón por haberse querido deshacer de ella aunque hubiera sido por su bien, lleno de dádivas en promesas de no abandonarla nunca más, lloroso como si el niño fuera él y no ella. Si él hubiera vuelto, Florencia habría pasado sus flacuchos brazos alrededor del cuello de él, agradecida, con fuerza, decidida a no soltarlo jamás, a perdonarle incluso malas intenciones de cualquier tipo, ocultas, espantadas, ¿iniciadas?, ¿cumplidas?, con tal de no ser abandonada otra vez, la tercera a sus seis años de edad, parábola que hacía de ella una huérfana cada dos años, la primera, por abandono; la segunda, por muerte y, la tercera, por triquiñuela. ¿Qué iba a ser de Florencia el resto de sus días? ¿Cuál modelo heredó al nacer? ¿Fue sofocado por el que le tendieron sus circunstancias tempranas? ¿O iría a encontrar el ideal que un modelo le hiciera a la medida? “Te voy a encontrar tu medida”, me dijo a mí alguna vez uno de los doctores de esta Casa; ¿se referiría a ti, Nadia, premonitoria y gloriosamente? Te encuentro adorable, en tu silencio y en tu aislada y aislante quietud. Niña, ¿tienes frío? Acércate a mí —insinuación que más bien la hizo alejarse un poco más en la hamaca de henequén y azafrán que nos mecía.

Lo cierto, continué, es que el capataz no volvió por Florencia, y que Ernestina, una expósita mayor que ella, se apiadó de la recién llegada y la acogió. En agradecimiento, en cuanto Florencia aprendió a bolear zapatos, además de los suyos lustraba los de Ernestina todas las noches, con lo cual el afecto entre ambas internas se afianzó hasta que, ante el altar de una misa negra infantil, se hermanaron, con sangre que hicieron brotar de la punta de su índice izquierdo respectivo, y mezclar gota a gota mediante un alfiler que, como pico de abeja, voló y se posó en la punta del dedo de una de las pupilas y, acto seguido, en la punta del dedo de la otra.

Hermanas, sólo que Florencia con pasión, pues en los anales del hospicio consta que, afianzada la hermandad, Ernestina pretendió

acoger como había hecho con Florencia a una huérfana posterior a Florencia, y Florencia, esa misma noche, demostró lo que una alianza era para ella. A la hora de lustrar los zapatos, Florencia lustró los de todas las huérfanas, pero no los de Ernestina ni, tampoco, los de la recién llegada, pares que dejó empolvados y opacos a los pies de las camas de sus dueñas. Qué buen ánimo demostraba, ¿verdad? A la mañana siguiente, sin embargo, sí lo demostró pues exprimió las naranjas para el jugo de su hermana primaria y de sus hermanas secundarias, por iniciativa propia, por más que el suyo le hubiera resultado entre ácido y amargo. De hecho, tuvo que excusarse y pasar al baño; al devolver la papilla de su estómago sobre el lavabo, vació un líquido viscoso, amarillento, amargo que no era jugo de naranja puro, según consignó el jefe de laboratorio adjunto, que acudió al llamado de la presidenta y directora del orfanato.

Nadia se había ido acurrucando dentro de la hamaca, se había ido arrullando con el vaivén de la mecida y la melodía de la narración del relato que fui armando de los días de su nana. Si yo hubiera podido, la habría arrullado en mis brazos, para cantarle una canción de cuna a la altura de su sonrisa móvil, pues, mientras me escuchaba y se adormilaba, succionaba entero el pulgar derecho, ajena a la situación en que se encontraba, de alumna adulta en hora de clase.

—Señorita —amonesté—, haga el favor de no chuparse el dedo en mi presencia —mandato que por fortuna desatendió. Se veía bella, con los párpados casi cerrados, el mechón de pelo canoso sobre la frente, encogida, mi niña, debajo de su bata azul de interna sin cinturones ni cintas ni resortes ni holanes, pero en ella, femenino.

Un buen día, las hermanas de hospicio se graduaron y salieron al mundo bien preparadas. Ernestina se casó y tuvo un par de hijos a los que Florencia llamó sobrinos y quiso y trató como a tales. Con su cuñado la relación fue doble, pues mientras que él la acogió en su casa al grado de acondicionarle una recámara en el patio de atrás, sólo ella sabía que no se trataba de un acto generoso y desinteresado, pues desde un principio aunque de forma subrepticia, ella pagaba por dichas atenciones. El hombre era dueño de un café de chinos y Florencia fue durante un tiempo capitana de meseras. El día de paga, el cuñado la retenía hasta entrada la madrugada; tras pagarle, le exigía la mitad, además por supuesto, de impedirle que se negara a que él la besara y la abrazara y le demostrara en toda su extensión el calor que continuamente ella despertaba en él, no sólo los días de paga ni a esas horas del amanecer.

Florencia permitía que esto siguiera su curso ya que encontraba intolerable la idea de quedarse de nuevo sin asidero. Siempre alegre, en el trabajo era puntual y eficiente. De su vida en casa de su hermana rescataba las ocasiones en que se quedaba a cargo del sobrino recién

nacido en turno. A altas horas de la noche, con él en brazos, de vez en cuando, al coincidir los astros en un punto que se encendían los sentimientos más recónditos de Florencia, se descubría el pecho y con las puntas de los dedos introducía el pezón entre los labios del bebé.

—Estás loco —murmuró Nadia, demasiado adormilada para levantarse enfurecida y abandonarme con la palabra en la boca.

A pesar de la desconcertante manera de interrumpir el desarrollo de la historia de Florencia, que yo iba tejiendo más morosa que amorosa pero también amorosamente, Nadia me apasionaba. No bien se acercó a nosotros Maco, el perro del jardinero que trabajaba los lunes en la Casa, sentí celos. ¿Por qué él sí podía husmear los tobillos que mi alumna tenía encogidos debajo de la bata y yo no? Si no hubiera sido porque me caía bien, lo lapido. No se conformó con olerla para darle la bienvenida y de paso marcarla como propiedad nueva para él, sino que le jadeó debajo del lóbulo de la oreja izquierda, un punto en el extremo del cuello que yo encuentro irresistible por su sensibilidad; una respiración que mi amada exhalara ahí, bastaría para que yo sucumbiera a sus encantos.

—¡Largo de aquí, perro lascivo! —vociferé entrecortada y temblorosamente. Tuve que aclarar la garganta con esmero para recuperar la fluidez y sonoridad de mi voz y poder seguir con mi relato.

Tantas contrariedades, proseguí, por más que no obraran sino soterradamente en el ánimo de Florencia, terminaron por encontrar salida en el alcohol, por una parte, y en pequeños hurtos por otra. Empezó por hacer de su tarde libre un intento de liberación real. En lugar de dedicar esas horas a su hermana y su familia, optó por ir a refugiarse directamente en los bajos fondos de la ciudad. No tardó en hacer amigos en ese mundo; a medida que aprendía a beber y a arreglárselas como hacían los otros, de igual modo aprendió a ser uno de los miembros más integrados al gremio, casi pieza infaltable. La primera consecuencia saltó a la vista. Florencia dejó de ser puntual y eficiente en el café de chinos y, por añadidura, armoniosa y afectuosa con su hermana y sus hijos; en cuanto al cuñado, se atrevió a robarle un poco. Si ella continuó entregándole a éste la mitad de su sueldo, mientras él no acabó de despedirla, Florencia empezó a guardarse enteramente para ella las propinas de los parroquianos más generosos.

La bola de cristal no tardó en estrellarse. Un lunes, Florencia dejó de ir al café y, de paso, a casa de su hermana. Pasaba el día y la noche con sus nuevos camaradas, cubierta con periódicos bajo la lluvia y a la hora de acurrucarse entre los demás cuerpos para dormir a la intemperie cuando le cayera la noche, situación que tampoco duró más de lo necesario.

Llegó el momento en que la patrulla dio con la guarida en donde

se escondían de la ley estos desposeídos a los que con facilidad y hasta razón podría considerarse o acusarse de rufianes. Como Florencia descollaba entre los de su gremio, los policías no soltaron a su prenda mientras no la identificaron y la confrontaron con sus familiares. Para liberarla, el cuñado se vio orillado a hacer el trueque con la jarra de leche de un juego para té de plata inglesa que constituía el patrimonio que junto con el negocio dejarían a sus hijos.

—¿Y no tenían en mente dejarle nada a tu Florencia? —preguntó de pronto Nadia tan abruptamente, cuando yo la hacía soñando o en una de sus ausencias o letargos o hibernaciones, que brinqué, sobresaltado de veras.

—¿Así que me has estado escuchando? ¿Sigues mi historia de Florencia? Qué susto me diste, niña; te hacía dormida. Me creía hablando al vacío, como si estuviera loco. Pero contesto tu pregunta. A Florencia, no, no le tenían asignado nada en la herencia. Quizás el gallo de su hermana, porque después de todo, a ella le correspondía, en su calidad de arrimada, ocuparse de alimentarlo, limpiarle la jaula; ah, también de cubrir ésta por las noches y por la mañana descubrirla. Era lo primero que hacía al despertar. No le era difícil ni desagradable la tarea. Después de todo, ambos compartían el patio de atrás. De hecho, de la ventana del cuarto de Florencia, su refugio, su querencia, podía verse el gallo. Florencia sólo tenía que montarse en un pequeño banco, pues no pasaba del metro y medio de estatura, y quitar el cartón contra el vidrio roto para asomarse y ver al gallo en su jaula.

Florencia era afecta a los animales hechos y derechos, como pueden ser los pájaros, los perros, los caballos. Y a los insectos y bichos por el estilo, si no los quería, no les tenía aprensión, no le repugnaban; podía matarlos con toda facilidad. Bueno, los gatos no le gustaban; por su parte, ellos tampoco se le acercaban. Las antenas de unos y otros se enviaban y recibían los mensajes correspondientes. Podría decirse que entre ellos se observaba el respeto mutuo, con sus propios principios. Te quiero decir, pequeña enjaulada, que, mientras los gatos nunca arañaron a Florencia, ella jamás les echó cubetazos de agua. Alguna vez tuvo una pesadilla cuyos protagonistas eran gatos y, cuando la recordaba, como si fuera supersticiosa hacía “cruz, cruz”, con el ánimo de ayudar a que lo que vio en ese sueño nunca llegara a ser real.

—Me parece que estás más que loco; debería llamarte Monomaniaco. Sin embargo, sigue con la historia de tu Florencia, que no es la mía. Pero me arrulla.

—¿Por qué insistes en llamarla *mi* Florencia? Es la historia de *tu* nana, por si no te quieres dar cuenta. Leí tu novela; pero de novela no tenía nada. Por eso, lo único que estoy haciendo es dándole vuelta al asunto para, gracias a mis conocimientos de alquimia, convertir la

mierda en oro; eso es todo. No te avergüences de la verdad hecha verosímil; tu novela era verdad a secas, por eso no era novela. La manera en la que yo estoy transformando los hechos es lo que la hace verosímil y, por lo tanto, puede llegar a ser novela, es decir, un reflejo pluscuamperfecto de la vida pretérita indefinida. ¿De acuerdo?

—¡Me revientas! Si no fuera porque no se me ha quitado el frío, ni he dejado de tiritar, te mandaría al diablo en este momento. Más que loco, ¡eres un imbécil! Ni mi novela sobre mi nana es mierda, ni tu historia de tu Florencia es la biografía de mi nana.

—¿Ah, no? ¿Crees que no? Pues te concedo la razón; es probable que no lo sea; pero en el territorio de la literatura es como podría serlo. ¿No me crees? Mi Florencia, como la llamas, por lo menos *se parece a* tu nana. O atrévete a negarlo.

El silencio de Nadia me dio la razón.

—Con la venia de mi alumna, prosigo. Sin tu autorización no continuaría dando rienda suelta a mis lucubraciones y recuerdos; pero, con tu permiso, perdón y licencia, sigo y continúo. Todo fuera como comenzar. Una vez que un autor logra soltar la lengua, ¡ni un gallo canta mejor que él! Chancero, dicharachero, pajarero.

Estamos a punto de llegar al momento en el que Florencia, bien rehabilitada, abstemia férrea, entrará en contacto con tu mamá para, a su debido tiempo, convertirse en la nana de todos los hijos de su madre, es decir, tú y tus hermanos, que fueron un montón, ¿no?

—Más o menos.

—No importa. La transición de Florencia, de alcohólica y ladronzuela, a nana, es muy interesante y menos común de lo que podría parecer a simple vista. El detonador es musical, acorde, por tanto, con cuanto hemos venido dilucidando. Por los alrededores de Ernestina y su Chino, giraba la hermana de éste, gorda y rubia, y su esposo, un árabe que, tras fracasar en sus estudios de ópera, había acabado de cantor en una iglesia de barrio, oficio que, mientras él no recordara que se trataba de la consolación de sus aspiraciones de tenor en las grandes óperas, lo mantenía apaciguado y hasta alegre. En todo caso, se apellidaba Nahum y, cosa curiosa para los ajenos al mundo islámico, también se llamaba Nahum. “Nahum Nahum”, lo podías llamar, incluso llamándolo irónicamente, él, por su buen ánimo, acudiría con toda inocencia.

Pues bien, este pleonásmico Nahum a su vez tenía un hermano, entre nosotros llamable simplemente José, que trabajaba de jardinero en una mansión, rayana a Quinta o Villa, del lado de un río que, del otro, en contraste radical, albergaba talleres de sastre, mercerías, carretillas abandonadas, merenderos, niños de la calle y cosas tristes y apocadas como éstas, necesarias, por otra parte, para dar sabor o, en su defecto, zarandear a los afortunados que vivían del otro lado, gente

difícil, si no es que imposible de conmover con la realidad a su alrededor, que empezaba a mojarles los dedos de los pies, callosos o no.

Decíamos, este José/

Capítulo once
Alcanzamos el centro de esta historia

—¡Oye! ¿Me escuchas? —Nadia se encontraba profundamente dormida, con el pulgar entre los labios. Dado que yo estaba seguro de que su sopor no se debía a mi aventuresco relato, sino a causas fuera del control del arte narrativo, dominado magistralmente por el que habla, para espabilarla, avivar su entendimiento, excitar su ingenio, o llanamente despertarla, a voz en cuello exclamé la interjección ¡Epa! —que acompañada de un robusto zarandeo que le di, surtió efecto. Nadia se despertó incluso asustada.

—Niña, esto va a acabar de entumecernos y de matarnos a ambos. Si mientras yo abundo en el acto creativo tú duermes, de clases de literatura este curso no lleva visto ni los preliminares. Lo que sí, pequeña, es que si pusiéramos el punto final en este momento habríamos dejado bien delineada nuestra aparición en el mundo de las letras, sólo que trunca; un novelista hábil escribiría con estos trazos una rara historia de amor, ¿no te parece?, mas mutilada también. Sin embargo, nuestra misión no nos tiene a ti ni a mí en la mira, aun sin saber cómo, debemos enfrentarla y abordarla. Te propongo correr conmigo al río. A ver cuál de los dos llega primero. Correrás con ventaja; la capa, la luna y el sombrero estorbarán, en el caso de tu viejo maestro, la agilidad con la que solía atravesar los campos y las estepas sin caerse y ni siquiera tropezarse ha quedado atrás. ¡Andando! —la animé—; ¡Vamos!

La dificultad con la que se incorporó y, poco a poco, fue estirando las piernas y abriendo los ojos, me pareció alarmante.

—Anda, Nadia, que mañana traerá sus propias luces y sombras. ¡Vamos!

Nadia era caminante; pero no sabía ni podía ni quería correr. Empecé por darle golpecitos en el trasero con la cinta de hilos de elote que sujetaban mi luna de melón, apenas un cuarto menguante de cáscara, al cuello. Al ver que esto no funcionaba, cogí una vara, le colgué una estrella en el extremo y, pasando éste sobre su cabeza, creé en mi niña la ilusión de alcanzar la punta, para que al anhelar la meta que combinaba o hacía juego con sus ojos, se animara. Con el esfuerzo no pretendía otra cosa que contar con un escucha cautivo de mi historia de la nana de Nadia, mi libresca desarticulada.

Horas después, las ocho de dormir de por medio, más las que se lleva despertar, levantarse, desayunar, discípula y maestro regresaron a la mesa de negociaciones en el salón de clases con espíritu de

carambola. Renovados de esta manera, el interés de la niña en la continuación del relato del profesor azuzó el entusiasmo de éste por seguir narrando, consciente del punto en el que las circunstancias cambiantes de la climatología interior habían forzado la interrupción.

—Yo no sé —interpuso la alumna, rompiendo, al ser la primera en hablar, el riguroso orden que se había seguido hasta el momento en las clases, y que establecía que quien articulara voz y voto antes que nadie fuera la autoridad, es decir, el maestro—; yo no sé —empezó Nadia— de dónde sacaste la vida de tu Florencia, si de la manga, del calcetín o del fondo de tu sombrero; pero estos tres únicos posibles orígenes de tu labia explican juntos o individualmente por qué tu historia hiede.

—¡Epa otra vez! ¡No imaginé que de esa boquita salieran insectos como los que acabas de escupir! Te los tolero porque la luz en tu mirada, hoy más chispeante que ayer, me ataranta. Pero de una vez voy a precisar algo que, de no haberme provocado, nunca te habría confesado, porque el dolor que sentirás va a tardar en desaparecer de la boca del estómago, en donde se te clavará para hacerme los honores. Pues bien, niña, la pseudonovela que extendiste patas arriba sobre el tapete, tan es calca de cómo ves tú la vida, que como obra de ficción no sirve para nada; al menos, no en el mundo de la imaginación que es el arte. Robas cámara; tus melindres hartan hasta al más tolerante de los lectores.

Nadia había bajado la vista; se retorcía las manos y temí que me golpeara; su furia contenida no tendría otra salida que la de la violencia ¿contra sí misma? Troné los dedos. Aunque sabía que el enfermero en turno no apartaba la vista del que, placa opaca para los que estuvieran dentro de esa sala, era vidrio transparente para él, que estaba en guardia afuera, y seguía paso a paso, momento a momento, nuestros menores movimientos y captaba, con deslumbrante perspicacia, el más sutil signo de alarma que manifestáramos, lo llamé. Entró.

—Dígame, profesor Tornero, ¿para qué soy bueno?

—Para llevarnos en tu lomo, so bestia, inmediatamente a la gruta; ¿para qué otra cosa podrías creer, semejante burro de porquería, que nos podías servir? Ponte en cuatro patas.

Este intercambio de voces tuvo por resultado, no sé qué tan inesperado, descargar algo de la rabia de mi niña en risa, de modo que, una vez conseguido mi objetivo, despedí al agente de mis designios y retomé la historia en donde la había dejado.

José, te decía, el jardinero de tu mamá, conoció la situación desesperada en que se encontraba Florencia a través de su hermano Nahum (el cantante de ópera, a quien a su vez se la había transmitido su mujer, gorda y rubia, que era cuñada de Ernestina, hermana de

orfelinato de Florencia, y esposa del Chino, dueño del Café de chinos. Y fue José, quien después de que Florencia se rehabilitó y trabajó de afanadora en un bufete de abogados hasta ascender a asistente de secretaria, mandadera del director de la firma y, por fin, casual pero atenta lectora especializada en la prensa diaria y semanal, tan capaz y afecta a esta tarea de desprender de los diarios lo que pudiera interesar a su jefe que, en ese periodo, florecieron en ella algunas de las cualidades que después habrían de caracterizarla, muy en especial, el afecto por la corrección en el lenguaje, la inclinación a enriquecer su vocabulario y distinguirse por su buen hablar); como te decía, José la recomendó como nana de los hijos de su patrona, misma señora que, como habrás deducido, es tu madre.

Pero faltan algunos detalles de la época difícil de Florencia. Cuando los patrulleros la soltaron, y a cambio recibieron la jarra del juego de té de plata inglesa de manos del Chino, a dúo exclamaron, "Misión cumplida", al ver a su presa tendida indefensa boca arriba sobre su camastro. Con su botín bajo el brazo salieron de la casa mancillada con la cola en alto y, por lo que toca a estos personajes secundarios, sanseacabó.

Tarde en la noche, por su parte el cuñado se asomó a llevar a Florencia una charola preparada por Ernestina para que merendara, y no acabara de caer muerta o lo que fuera con el estómago vacío, y el forense no los culpara a ellos por la causa de muerte señalada, es decir, inanición. Florencia dormía. Golpeada como parecía estar, las manchas oscuras denotaban que eran golpes viejos. En vista de que su presencia y sus llamados no la despertaron, el Chino aprovechó para a su vez golpear a Florencia, con la rodilla, contra la frente. Como ni siquiera con estas muestras de poder despertaba la víctima, por más que entre ronquidos y jadeos deslizara alguna queja, el Chino procedió a sacar uno de los pechos de su cuñada y pellizcarle con odio el pezón.

—O pagas por tu hospedaje, puta, o te largas de mi vista para siempre. Te doy de aquí al viernes para pagarme —amenazó a la mujer dormida—.

Antes de dar la espalda a su cuñada y azotar la puerta del cuchitril detrás de sí, le demostró a Florencia en toda su extensión el calor que, a pesar de todo, ella seguía despertando en él aun vencida, si no es que más, como se encontraba, apenas consciente, abatida por lo menos por el alcohol y bajo sus efectos de ilusiones recuperables o alcanzables.

—Toma, puta —le espetó el Chino y salió del cuarto, saciado.

—Estás loco —me caló Nadia—; eres embustero, vulgar y cruel. Al difamar el recuerdo de mi nana, hieres a los vivos que la quisimos.

—Ja, ja, ja; reiré, pequeña. Sin embargo, lo que no me queda nada claro tras la lectura de tu dizque novela es por qué no vivías en

la casa de tus padres cuando Florencia se presentó a trabajar bajo las órdenes de tu mamá en calidad de nana.

Nadia se inquietó más que en ocasiones anteriores, incluso tan peliagudas como ésta. ¿Qué había detrás de esa irregularidad en el contexto de la historia de Nadia? ¿Explicaría la también irregular añoranza que sentía por su nana? ¡Qué daría yo por contar con los instrumentos espirituales adecuados para desenmarañar este enredo! ¿Qué pequeño o gran dolor aunaba a las dos mujeres, Nadia y Florencia?

—¿No querías salir corriendo cuando te viste acorralada en el taller del sastre, durante el episodio que dio contigo en esta Casa? Tan no fuiste capaz de hacerlo en aquel momento, que no lo eres en éste. ¡Salir corriendo! Me das risa. ¡Apenas si puedes dar paso! ¿Qué te hizo pensar que podías correr?

Me desconocía a mí mismo. En efecto, deslenguado y cruel. ¿No estaría yo saltando en el vacío o, peor todavía, hacia el vacío? ¿Qué conocimientos tenía yo para envalentonarme de esa manera? Temí perder lo ganado. Pero, ¿qué era lo ganado? ¿Hacer de Hawthorne après la lettre y contar la historia ya contada?

—Nadia —me aventuré—, apiádate de mí y concédeme la bendición de una mirada. Permíteme continuar con la narración. Una cosa son los grupos de personas, y otra los de personajes. Aquí estamos hablando de personajes, así que no me salgas con el tiro por la culata reprochándome que *mi* Florencia no sea tu nana; en una población de personajes, las acotaciones son ficticias. Una novela, como la vida, perdurable o no, es un claustro de personajes, de modo que tú no te sientas acorralada. ¿De acuerdo?

A Nadia se le enredó la cinta de la que pendían sus anteojos con una manga de la bata que se había zafado ella, y que intentaba volver a meterse, supongo que para calentarse mejor. Lo cierto es que durante unos angustiosos minutos la vi enfrascada en la tarea de desenredar el nudo que le impedía colocarse los anteojos y la manga de la bata y atender la lección con recato. No soy quién para interpretar nada, ni mucho menos para llegar a la conclusión de que yo, o la clase que impartía, la inquietábamos. Pero una vez Nadia con el lápiz cruzado entre los labios, la mirada atenta al pizarrón en blanco y, el campanazo, que anunciaría la hora de comer, aún sin sonar, retomé las riendas de mi tema y seguí impartiendo mi curso.

—El gusto por la boca entra, lugar éste por el que entra el mundo en general a la hora de conocerlo por primera vez. Uno termina por cerrar la boca tanto para que no entren moscas como para no conocer más. Por eso digo que, mientras mejor conozco al hombre, más amo a las mujeres y más me duele en consecuencia que su apocamiento empiece al nacer. ¿Podría ser de otro modo? ¿Cómo lo ves tú,

pequeña?

—Según tú, ¿cuándo llegó mi nana a trabajar a la casa de mi familia?

—¡No sólo atenta, sino realista! No quitas el dedo del renglón. Eso me gusta. Que me centres; desvariar puede llevarnos al otro lado del río, y ¿para qué mojarnos los pies en pleno invierno? Gracias, Nadia, por recordarme mis obligaciones. Por cierto, desde hace días quiero decirte que hay atmósferas de México que me recuerdan a México, y tu nana, ya que hablas de ella, es una de estas atmósferas a las que me refiero. Cuando toda la familia iba en invierno a montar a Guanajuato/

—Nunca fuimos a montar a Guanajuato —me cortó.

—Te ruego que no me interrumpas; y menos cuando estoy cogiendo vuelo. Cuando toda la familia iba en verano a montar a Guanajuato/

—¿No que en invierno?

—Una tarde, después de que los niños se habían dado gusto nadando y salpicándose, Florencia los bañaba, secaba y preparaba para trasladarse en conjunto al comedor y cenar limpios y listos con mamá, que los esperaba saboreando una nieve de limón, cuando tu nana se rio con una mezcla de alegría y tristeza, pues a ti acababan de brotarte los pezones y ella los veía y te los hacía notar por primera vez, como si la enorme transformación hubiera tenido lugar efectivamente de la noche a la mañana, o de un momento a otro; es decir, sin aviso. ¡Qué momento! ¡Qué terrible momento, dejar de ser niño para pasar a ser un eterno añorador de la niñez!

—¡Oye! ¿Tengo que tolerar tu locura desbordada? N/

—Pues bien —ahora la interrumpí yo—; como te decía, ahí en Zacatecas, donde tu abuelo materno, recién inmigrado de Líbano, de nueve años de edad, aprendió español, tu papá perseguía el secreto de las minas de oro.

—¡Mi papá nunca persiguió el secreto de nada, ni mucho menos del oro! ¡Estás loco, Tornero! No sé a dónde vas con tu locura, y tampoco sé si te voy a seguir. ¡Oro! ¿Mi papá? Jamás.

—Sosiégate, Nadia. Aparte, recuerda que soy alquimista, así que te suplico, por tercera vez, que me permitas proseguir mi historia de Florencia sin interrupción. Mencioné los intereses de tu papá porque él no estaba con ustedes en los viajes de jinetes que efectuaban; los llevaba a donde hubiera caballos; los dejaba al cuidado de mamá y, muy en especial, de Florencia, que, más que nana únicamente, ejercía de asistente en pleno de tu madre, de dama de compañía, de confidente de ustedes, de intercesora; y, te decía, él regresaba a sus quehaceres de hombre de negocios a la capital. De hecho, para regresar tranquilo, desentendido de los gritos de ustedes y las

interminables lamentaciones de tu angustiada mamá/

—¡Otra vez! ¿Por qué inventas? Deja de rodear el asunto. Concéntrate en mi nana, Tornero Ruiseñor. Ya sé por qué nadie te llama Ruiseñor. ¡No te lo mereces!

—Te decía, tu papá, en uno de estos viajes, aunque no sé si coincidió con el del nacimiento de tus pezones, le dejó a Florencia una Biblia para que les leyera a ustedes los episodios de crímenes que contiene y les abriera los ojos y los asustara lo suficiente como para que estuvieran más tranquilos que agi/

—¿Episodios de crímenes? —me preguntó Nadia, azorada.

—¿No mató Caín a su propio hermano? Has de saber que Florencia era una buena lectora, de ahí que se expresara tan bien como lo hacía. Mientras ustedes dormían, ella leía. Acostumbraba llevar consigo, a toda salida y con mayor razón de vacaciones, alguna novela de asesinatos, cuando no revistas del corazón; lecturas éstas que alternaba con la de la prensa diaria, que sí leía con seriedad, incluso críticamente. ¿No mató Herodes Antipas a Jesucristo y degolló a San Juan Bautista, esto último, pálido acto al lado de la degollina de los Inocentes que promovió su hermano, Herodes el Grande? ¿Lo dudas? Consulta la Biblia. Si no tienes una, acude a cualquier buena enciclopedia. La información está ahí; se trata de que uno se encuentre con ella, la lea, y la recuerde sin confundirse ni confundirla. Pero por hoy basta.

Capítulo doce
Se me ocurre una treta que agiliza la trama

En nuestras clases habíamos perdido la noción del tiempo. Las autoridades permitieron este desorden porque nos mantenía entretenidos y no aislados, después de todo. Quien no permitió que las visitas conyugales fueran restringidas fue la propia Nadia que, como su esposo se ausentaba tanto, las agradecía, no sé a qué grado apremiada por El Inventor, que la visitaba con intenciones, lo sé, pues en una Casa como ésta, cerrada al público, todos los secretos se revelan a través de las paredes de cristal, traído palmo a palmo, en burros, desde el fin del mundo conocido; El Inventor, repito, visitaba a Nadia casi todas las tardes, *mi* hora ideal, que, debido a la violación de principios de dichos encuentros amorosos, se convirtió para mí, relegado, marginado, ahuyentado amante de la fiesta del crepúsculo entre corpúsculos, en la hora más detestada; cada día me inquietaba más, no conseguía sosegarme, caminaba de aquí para allá, expectante, deseoso de que sonara la campana que los interrumpiera y él se viera forzado a levantarse e irse.

Observábamos, Nadia y yo, algunas de las rutinas de la Casa, como la del refectorio, la de dormir, la que nos correspondiera de faenas domésticas a cambio de la diversidad de "terapias ocupacionales" que se nos ofrecían; esto, pues dábamos rienda suelta y hasta entusiasta a la nuestra propia, que, repito, nos mantenía activos y no aislados. Nadia, se adivinará, sacudía los libros de la llamada biblioteca de la que no hacían uso sino los facultativos; prácticamente no había interno capaz de concentrarse en ningún tipo de lectura. Por otra parte, la "biblioteca" no hacía honor a su nombre, que digamos. Fuera de libros básicos de medicina y psiquiatría, y algunos diccionarios de términos de estas materias, no había un criterio de qué clase de acervo podría poseer. Una pena. Una pena más; en especial para nosotros los "crónicos", sin esperanza. Pero Nadia, repito, sacudía los libros, los hojeaba, leía trozos. Llegó a semiproyectar una biblioteca. Yo le impedí irse por las ramas. Le dije, contundentemente, "O haces proyectos o escribes tu novela: escoge". Por mi parte, yo podaba el pasto, y además hacía desesperar a Maco los lunes, pues lo amenazaba con pasar la podadora sobre su lomo, lo que él parecía entender y por lo que me gruñía, alzando las cejas, como si se extrañara de que yo pareciera tenerle mala voluntad.

—Te quiero, perro; pero me gusta fastidiarte. ¿Pasarás la prueba? Ven acá —lo llamaba, enredaba mis dedos en su pelambre rojizo, a

veces anudado con un chicle duro pegado en un mechón—. Te voy a cortar este chicle, Maco, ven acá, perro.

Seguíamos algunas rutinas, decía, pero, tanto Nadia como yo, nos fuimos viendo cada vez más atraídos por el salón de clases. Extendíamos el tiempo que nos era asignado hasta sus últimos límites. No necesitábamos preguntar la hora para encontrarnos; cada uno de su lado de la mesa, puntualmente dispuestos, uno a dar, el otro a recibir, aunque los papeles de vez en cuando se intercambiaran, lección tras lección. Los guardias se sentaban cerca de la puerta que, como quien no quiere la cosa, dejaban apenas entrecerrada, para atender las palabras del maestro como si se hubieran inscrito en el curso que él impartía con generosidad y específicamente para una única alumna, Nadia.

—Hoy en día —empecé—, las novelas son estilo grosso modo o no hay buen lector que las lea. Si cuentas cada cosita ab ovo tu lector gritará exasperado antes de o al mismo tiempo que arroje a la basura el libro con cada una de sus cositas bien y exhaustivamente contadas. ¿Qué, no ves que no hay quien no haya visto imágenes móviles o estáticas de absolutamente cuanto se te ocurra, de abstracto a figurativo, que haya sucedido o que suceda en este mundo? No vas a describir una inundación porque no existe un ser animal, racional o intuitivo, que no sea capaz de imaginarla con los más mínimos detalles sin tu descripción, gracias, como te digo, a que ya la vieron en alguna pantalla alguna vez, o la escucharon referir por otro, o la padecieron, y la recuerdan; la asociación de ideas existe y es poderosa. Por lo menos, esto sostenía mi maestro.

—¿Quién era tu maestro?

—Lo conozco por sus libros. Cada vez que lo leía, era como tomar clases con él, por eso lo llamo “mi maestro”. Para mis adentros, él fue mi universidad, y con orgullo te confieso que nunca me gradué, porque su conocimiento era inabarcable. Además, cada vez que leía nuevamente alguno de sus libros, era como leerlo por primera vez; siempre me daban algo distinto, original y enriquecedor; contenían infinitas variaciones. ¡Extraño sus libros! Los he pedido para la biblioteca, pero el encargado no me hace caso. Dice, “¿Crees que los entenderías, Tornero? Cuando te recuperes, los volverás a leer.” ¡So burro! “Los que no los entienden son los burros como tú, que están cada vez más recuperados. ¡Tonto!”, le replicaba yo, antes de que me mandara esposar y los guardias me dejaran caer, escaleras abajo, en el calabozo húmedo, oscuro y solitario. ¿Quién es mi maestro? Un autor de culto, Nadia; cuando te recuperes, te lo haré leer.

He de decir que en cuanto me solté rememorando a mi maestro, a mi alumna le cambió la expresión. De moribunda, pasó a renaciente, como si algo le hubiera infundido miradas a uno de esos enfermos que

agonizan por simple falta de atención.

—Ah, pero a todo esto no he vuelto a mencionar al gallo de Ernestina, pequeña. ¿Sabes en qué terminó? La historia es triste. Uno de los sobrinos de Florencia lo apretó tanto en el puño de su mano de hojalatero ebrio, un sábado por la noche en que hasta balazos perdidos hubo, que dieron en el blanco de un soldado que dormía su borrachera en un rincón y que, gracias al acierto de la bala, no conoció la cruda del despertar; lo apretó tanto, decía, que le quitó para siempre la posibilidad de escaparse de la jaula pues, para empezar, le quitó la de volver a cantar, por no decir que la de respirar.

Es que el joven, Nadia, había alcanzado esa edad en que se suele resentir cómo lo quiso a uno su mamá o su papá, o cómo no lo quiso a uno su mamá o su papá, y en cambio sí a un hermano, o a pesar de que a un hermano tampoco: las combinaciones del amor y del desamor de padres a hijos son múltiples e, invariablemente, producen resentimiento. Supongo que muy al caso, recuerdo un poema de la hoy viuda de mi viejo colega Lunas:

Si esa gata y ese gato
son madre e hijo,
¡cómo lo ama la mamá!
Lo persigue,
lo abraza,
lo lame de arriba abajo:
no lo deja en paz.
Amor sofocante, diría yo,
amor ininterrumpido;
amor, finalmente
porque él se va
sin mirar atrás,
libre,
de madre a hijo,
diría yo.
Es una impresión
que firmaría, me parece,
desde su jaula sellada,
la hija que soy.

Lo que te quiero decir con todo esto, hija, es que en su momento se jugó con la hipótesis de que el muchacho, con semejante barbarie cometida contra un ser indefenso en su haber, sólo quería vengarse de su mamá, pues ella, si tenía un afecto a su alcance en la vida, no se refería ni a su marido ni a uno u otro de sus hijos, ni tampoco al de su hermana quien, por otra parte, ya no estaba tan a su alcance, sino, señaladamente, al gallo, a Quiquiriquí, como lo nombró cuando lo atrapó en el mercado de pulgas. Lo cierto es que, muerto el gallo

amado, Ernestina empezó a rodearse de gatos que, aunque salvajes, aún peor que los de la calle, se subían a su cama, la rodeaban erizándosele contra los tobillos, únicamente agradecidos porque ella los alimentaba.

Florencia lloró la muerte de Quiquiriquí más que la propia Ernestina. Quiquiriquí era su vecino más próximo, cuando, una vez convertida en nana de todos ustedes, visitaba semanal o quincenal o mensualmente a su familia y atendía a Quiquiriquí en su jaula, como en los viejos tiempos, empujaba con un soplido el trapecio para que el gallo se meciera como canario y cantara y despertara a la familia en la madrugada y, tras limpiar la jaula, Florencia llenaba de agua una de las vasijas de latón, y de maíz la otra y después de un intercambio de cantos actualizadores de sus respectivas vidas, Florencia cubría la jaula, y Quiquiriquí se dormía hasta la mañana siguiente, y vuelta a empezar, su canto del amanecer, su grito de libertad por más enjaulado que se encontrara, su saludo al día, a la vida, a Florencia, al resto de la familia postiza de Florencia.

El trato con esta ave doméstica fue de las fijaciones más firmes en los afectos de Florencia, al grado de que, cuando Quiquiriquí murió, Florencia se especializó en buscar gallos disecados y regalarlos, en ocasiones especiales, a unos y otros miembros de sus familias, la de su hermana de orfanato, Ernestina, y la de tu mamá, que fue su intrincada, absoluta adoración.

—¿De dónde sacas tanto desvarío, Ruiseñor? No sé cómo se te ocurren estas cosas, pero te aseguro, para complacerte o atormentarte, que estás pintando a Florencia, sin duda; pero no a mi nana.

—¿No a tu nana? Tu mente es tan olvidadiza como la arena, pequeña. Además, eres huidiza, como la espuma de una ola que revienta en la playa. ¿Por qué insistes en negarte a reconocer a tu nana en mi Florencia, es decir, nuestra Florencia, es decir, el protagonista de la novela que estamos escribiendo? No he hecho sino hilar, narrativamente hablando, lo que recuerdo de tu novela que era todo menos novela. Hace un momento te expuse la teoría del grosso modo. Profundizaré en ella al darle unos cuantos sinónimos. A saltos, es uno; a salto de mata, otro. Bosquejo; delineamiento. ¿Me vas entendiendo? Se trata de que de un trazo expongas un trozo de trozos, en orden o en desorden, o, mejor, en el orden que tú intuyas. Es infalible. Déjate llevar por él y siempre verás la luz en el túnel. La intuición te llevará a buen puerto hasta sin necesidad de faro ni radar ni guardias costeros ni remolcadores que den contigo en alta mar una noche de tormenta. No hay mejor guía en la selva de la creación que lo que tú intuyas. La novela de hoy es la que se hace a grandes rasgos, aunque éstos se refieran a minucias, y aun cuando mucho de lo que has de contar no quede sino apenas insinuado.

—Sí; sí—se impacientaba Nadia—; pero, ¿cuándo vas a recontar con tu maestría lo que yo conté con mi torpeza sobre mi nana?

—Mira, hija, ¿qué te parece si mejor la invitamos a ella a hablar por sí misma? Quizá se impone la intromisión del autorretrato, ¿no crees? Así, no voy a ser yo quien distorsione el retrato de tu nana, ni tú quien se contorsione ante las extravagancias, licencias poéticas y devaneos que me atribuyes. Para convocarla, para que se apersone en este salón de clases sin tener que pasar revista con los guardias de la entrada, apuntaré que, del día que llegó a casa de tus padres, al momento en que empezó a desatar su corazón al pie de tu ventana, pasaron, ¿qué será? ¿Casi treinta años? ¿Treinta años de ires y venires, de historias sacadas de dentro hacia afuera como guantes? ¿Situarla de esta manera será suficiente para convocarla, para que se nos aparezca en ese momento de su vida y no en el de tiempo atrás? En todo caso, pequeña, Nadia, ¿qué te parece si la dejamos hablar y, cuando su parlamento desvaríe, cuando la nana delire y diga despropósitos y desatine, si cae fuera de la razón, si se desordena en su exposición, tú o yo entramos como apuntadores a su rescate y, en beneficio del lector o el radioescucha, hacemos alguna acotación acertada rápidamente para, acto seguidísimo, dejarla a ella seguir en pleno vuelo oral de su imaginación?

—Ay, Ruiseñor; todo, en cualquier caso, menos acotar nada.

—Bien; ¿qué dices? ¿La hago venir de ultratumba?

Capítulo trece
Propicio el careo entre el autor y su personaje

Como si yo hubiera sido un verdadero Mago, o Brujo, no bien había propuesto a voz en cuello que Florencia Tolosa tomara la palabra y nos la arrebatara con todo derecho a nosotros, pálidos perseguidores de su realidad, cuando, una mujer de estatura más bien baja, de torso cuadrado y senos abultados, quien, aun de delantal sobre la falda y, ésta, encima de un pantalón rabón; zapatos tenis amarillos y calcetines verdes; las mangas de un suéter azul marino arremangadas, el cuello tan gastado que dejaba ver, debajo, una camiseta roja también raída por el uso, se imponía; con sus anteojos; con el bastón; de mis mismos sesenta o setenta u ochenta o noventa años de edad, los que sea que estos hombros encorvados todavía carguen, apareció en el umbral y, tras fusionarse en un abrazo con mi niña y, las dos, soltarse a llorar de emoción como hacen las mujeres, la mayor, la recién llegada, fue a sentarse, sonándose y secándose las lágrimas con un pañuelo a cuadros, no sin solemnidad, a la cabecera de la mesa de nuestro, con ella presente, de pronto demasiado humilde salón de clases, a la derecha de la alumna, a la izquierda del profesor. ¿Quién había colocado la silla para que ella la ocupara?

Dentro del absurdo que se desarrollaba bajo mis propios ojos, vi que la aparición, una vez sosegada tanto ella como Nadia, asentía ligerísimamente con la cabeza en dirección a mi alumna, dándole a entender tácitamente, que ella estaba en control de la situación, que Nadia podría confiar, y, al mismo tiempo, queriendo que yo no hubiera advertido esa señal de acuerdo, como, si de haberla advertido, lo que fuera que ella hubiera entrado a hacer ante mí, perdería credibilidad. Ah, mujeres, personas o personajes, de un mundo o de cualquier otro, qué intrigantes, qué ingeniosas, qué imprevistas son. Pero entendí.

Comoquiera que fuera, a partir de ese momento fuimos tres a la mesa, tipo Punta Vigía, y el nuevo ingreso se reveló como toda una revolución en mi interior. Ante la aparición que, para despejar dudas, se presentó ante mí con todas sus señas, con un: “Fui Florencia Tolosa, nana de esta niña. Dígame señor, ¿en que puedo servir a su merced?”, me vería forzado a ser más cauto en mis expresiones de desenfado amoroso hacia Nadia, mi muchacha sin glamour, de zapatos bajos, de bata sin forma, larga, de pelo hecho un lío recogido para atrás. Cuidaría, además, mi habla, para que la de Florencia no me impusiera.

¡Suéltate el pelo en todos sentidos, niñaNadia, Nadiamujer!,

habría querido gritar, incontenible. ¡Fuma! ¡Bebe! ¡Grita! ¡Ríete con la boca abierta! ¡Engorda! Escótate; súbete la falda, bájatela, entállatela de veras, contonéate dentro de ella. ¡Sedúceme! ¡Desnúdate otra vez! ¿Por qué escondes tus formas y tus gracias naturales, sean las que fueren, enflaquecida, modificada por los años y el desánimo? ¿Qué o quién te ha hecho creer que no tienes gracia? Si querías salir corriendo, ¡Sal, niña! ¡Corre! ¡Sal corriendo! Pero, ¡no te pierdas más en la vista de esas sábanas que cuelgan móviles y blancas en el tendedero! ¿Qué puede interesarte que se mezan, suspendidas de los lazos en el patio de atrás de esta Casa del Cerro? Regresa de tus ausencias; suspéndelas. En lugar de perder tu mirada en ondulaciones, ¡mírame a mí!

La visita, quiero decir, la presencia de doña Florencia Tolosa, me intimidó. Su porte me orilló a irme por las ramas. A lo largo de mi devaneo, permaneció tranquila en su puesto, atenta, aun cuando fuera sorda.

—Pongamos orden, Nadia querida —solicité, casi desasistido—. Retomemos el control de la narración. —En cuanto a usted —me dirigí a Florencia—, perdone. Siéntase cómoda. En unos momentos le pediré que tome la palabra —le informé, a sabiendas de que yo no era ningún Pirandello que supiera cómo dejarse encontrar por sus personajes.

Volví la cara a mi alumna. Y reanudé lo que había empezado a decirle.

—Bien, Nadia. He aquí que en los buenos tiempos El Inventor y tú viajaban con frecuencia, ¿voy bien?; he aquí que permanecían fuera, alejados del hogar durante meses. Entendido. Pero ahora dime, ¿qué encontrabas en el antepecho de la ventana de tu estudio cuando, de la mano y fatigados, marido y mujer regresaban de noche con sus bultos a casa?

—Ya te dije, Ruiseñor. Pero, según veo, hay que repetirte las cosas. En vez de Tornero, te deberías llamar Retorno; en vez de que fueras fanático de la Oda a la Alegría, deberías serlo del *Bolero* de Ravel. Pero, en fin. Te vuelvo a contar que esos regresos de los que hablamos no siempre se referían a viajes, largos, cortos, lejanos o cercanos; sino a simples regresos a casa; volvíamos del cine, de alguna caminata por el río, de hacer visitas, de ir al teatro, a mercados, a bibliotecas, a vinaterías, a laboratorios, a librerías, a bares, a cafés. Regresos, regresos en general, ¿entiendes? En todo caso, aquí está mi nana (giró la cara; le sonrió. Yo le y me estaba dando tiempo de que su aparición se asentara). Si lo que te digo yo, o lo que conté en el manuscrito que leíste, no te quedó claro, ¿por qué no le preguntas directamente a Florencia? Aprovéchala; ¿o para qué la hiciste venir? Si no sabemos cómo llenó con el cuerpo su personaje, o cómo le dio realidad a su disfraz, piensa que igual de intempestiva y

misteriosamente puede volver a desaparecer y dejar vacía su indumentaria. Ésta se caerá. ¡Se hará polvo! ¡Se convertirá en nada! ¡No la dejes volver a morir! Si eres Mago y Brujo, ¡haz hablar a mi nana, antepenúltima ocupante de mi casa!

—Pero según tú, Nadia, al final tu nana se había vuelto sorda. ¿Lee los labios? No le veo en ninguno de los oídos aparato para oír.

—Hazle tus preguntas como quieras, escríbeselas en el pizarrón, en la Libreta de apuntes, donde quieras, Ruiseñor. El Mago eres tú; hazla hablar, si no es que de paso la hicieras ¡oír!

A lo largo de este intercambio de pareceres entre el maestro y la alumna, el personaje convocado se había mantenido en posición, aunque sedente, de atención. A ratos, la vi sonreír y, en una o dos ocasiones, la oí reír. Cuando reía, entrecerraba los ojos detrás de las lentes de sus espejuelos pero no echaba la cabeza para atrás. Jadeaba, más que respirar; era obvio que le costaba más trabajo que a mí cargar los años. ¡Pesan más que cien manojos de llaves de mil puertas!

Sin aviso, chiflé. Silbé como carretero. El estruendo fue tan intempestivo y sonoro que el guardia entró sin llamar a la puerta; Nadia brincó y gritó, asustada; pero la nana, por quien recurrí a esa extremada prueba, permaneció inmóvil. Al comprobar que era cierto que no oía, bueno, al calmar al guardia y, sobre todo, a Nadia, escribí en el pizarrón:

—¿Qué decían sus notitas? A ver, señora Florencia; pase usted al podio. Tiene la palabra. Díganos, ¿qué decían las notas que usted le escribía a mi niña y colocaba debajo de la ventana de su estudio cuando ella y su esposo regresaban de algún viaje o simplemente de la esquina?

—¡Aleluya!, decían mis notas, señor; ¡Bienvenidos! ¿Cómo le diré? Yo extrañaba a mi niña, me comunicaba muy bien con ella, quería comentarle todo lo que ocurría en las casas durante el día, o mientras ella y el señor hubieran estado de viaje. No podía referirle todo, pero le contaba cuanto me era posible. Me desahogaba con ella; la actualizaba. A su esposo, en las notitas me animaba a llamarlo "nuestro señor" —rio la nana, con inocencia. Y la cité verbatim. El nivel de lengua de Florencia no sólo la diferenciaba de otras nanas, sino que la caracterizaba.

No bien empezó a hablar la convocada, Nadia se hizo a un lado; se opacó ella sola, como para cederle todo el lugar a su personaje. Hice intentos de retener a Nadia, para que no me dejara solo con Florencia; pero Nadia fue firme. Mientras no desapareció, se comportó como si no estuviera ahí. Dejó a su nana arreglárselas conmigo, explicarme a mí lo que yo no tuviera claro, y ser finalmente quien se autorretratara, que era, después de todo, la finalidad de nuestras clases, reconstruir la vida de la nana de Nadia, transmitir de qué

manera se manifestó su buen ánimo, impedirle morir del todo.

Me resigné porque presentí que, al aceptar el nuevo orden de cosas, estaba entrando en una verdadera aventura, un territorio de veras desconocido pero sumamente atractivo, desafiante por arriesgado y novedoso. Debo admitir que lo que me ayudó a jugar fue saber que, comoquiera que fuera, Nadia estaba a mano, aunque en el rincón, quizás sin voz ni voto, pero ahí estaba, es decir, mientras ahí estuvo. Respetaría su auto expulsión del paraíso de la realidad que nos habíamos creado en nuestras lecciones; pero sabía que, de presentárseme un cul-de-sac, ella estaría a mi alcance para ayudarme a encontrar la salida, auxiliarme a mí, y ayudar a su nana que, efectivamente, tenía mucho que contar. ¡Una vez encarrilada ella, me costaba contenerla!

Capítulo catorce
Inclino al personaje a sentirse confortable

Desde su asiento, con las manos descansando en el regazo, las rodillas separadas, los pies bien plantados en el piso, la nana de Nadia tomó la palabra en confianza, agradablemente pausada, aunque de tanto en tanto con una leve trabazón al pronunciar palabras como “remendar”, por ejemplo, cuya última sílaba parecía amenazar con ser deglutida antes de ser pronunciada y entonces Florencia, para rescatar la sílaba, lograba ahuecar la lengua, ignoro cómo, y pronunciar la sílaba accidentada. El hecho es que el término que padecía la trabazón, al ser finalmente pronunciado, sonaba a una palabra emitida dentro de un buche de agua, o, para precisar más aún, de leche, pues quien la emitía era una nana.

—Los extrañaba, señor. Cuando mi niña estaba de viaje, la casa se entristecía. ¡Igual que los camisones de la mamá! Ojalá Nadia le haya comprado nuevos, de franela; la mamá, como yo la llamo, siempre tuvo frío. La ropa de dormir que usaba no podía remendarse más. La tela estaba raída de tanto uso, y se desgarraba con sólo mirarla, no sé si me entienda. Si se lo señalaba a la señora, ¡se enojaba conmigo! Tenía algo de razón, porque mucha de su ropa había sido de su mamá, la señora grande; y yo debería haber comprendido el significado sentimental que el asunto tenía. Ya ve que dicen que nadie como la mamá; que mamá sólo hay una. Yo podría decir otras cosas, ¿cómo le diré? Pero he aprendido a aguantármelas y hasta a considerarme más bien afortunada. Estar al servicio de mi señora es lo mejor que me podía haber sucedido. No sólo no me quejo; sino que doy gracias, señor, desde que amanezco. Pero, en fin. Hubiera usted visto qué alboroto se armó un día porque no aparecían unas toallas. Fue por un descuido mío, pero no era para tanto. Cuando los chicos eran realmente niños, la mamá era más dulce/

—Perdone, señora, pero me veo obligado a acotar, ¿sí? ¿Se refiere a la mamá de Nadia? Lo que me extrañó fue el adverbio comparativo “más”. Aunque, claro está, yo sólo la vi una vez, aquí en la Casa, y no se dio la oportunidad de que expresara su dulzura. Sin embargo, pensándolo mejor, por los efectos que esa dulzura habría tenido en Nadia, como yo también la llamo, doña Florencia; si la hubiera habido, puedo inferir que no hubo tal. Usted perdone.

La nana, perfectamente consciente de que la había interrumpido, pero sin conocer ni, espero, sospechar la causa, respetuosa, concediéndome la autoridad que, sin duda mi gorro y mi capa le

merecieron y la luna sobre mi pecho constató, aguardó a que le hiciera la señal correspondiente para que retomara su parlamento en el punto en el que lo había dejado. Por su parte, mientras descargué mi rencor respecto a la ausencia de dulzura materna de cierta mamá, Nadia, que todavía estaba ahí, mantuvo la vista baja.

—La mamá, le decía —continuó la nana—, era dulce; mi niña se ha de acordar. De todos sus numerosos hermanos y hermanas, es la que mayor parecido guarda con ella.

No interrumpí, pero habría querido dejar registrado que advertí, un tanto conmovido, si bien, alerta, el trato que habrá tenido la nana con Nadia, por lo que hace a familiaridad y afecto, como para referirse a la madre de *mi* niña en calidad de "la mamá". Remite a dos significados: la mamá prototipo, es uno; y, otro, la mamá de todos los "hijos" que se cobijaran bajo el manto de una mamá en particular, que era el caso adoptado por la propia nana de Nadia. Esta observación fue un aviso. Había que atender lo que la nana dijera, catando simultáneamente la forma como lo dijera.

En su un tanto desbocado parlamento, aun cuando fuera más que correcto por lo que hace al nivel de lengua, daba por supuestas una serie de informaciones y situaciones. No tardó en atolondrarme con historias de miembros de la familia que morían unos tras otros. Pero entendí pronto que, el designio que seguían estas muertes, o el porqué subyacente a las mismas, era el verdadero mensaje.

—El señor grande —advirtió, por ejemplo— a la mañana siguiente *se llevó* a su hijo mayor; no se había enfriado de él la capilla cuando su hijo ya la estaba calentando, digamos —dijo, con cierto desenfado que, no obstante, no restaba emoción al hecho. ¿Era así como se manifestaba su buen ánimo? Tíos que "se llevaron" a primos de Nadia; primos que se llevaron a sobrinos. ¡En fin! En unos dos años se despobló una familia grande que, según deduje, había convivido como en una especie de coto. La nana de mi niña me pintaba una historia tribal de una fiesta en ebullición que fue menguando hasta ser diezmada casi por completo—. A mí —cerró la nana— me llevó consigo el papá de mi niña.

—*Nuestra* niña, ¿no, querida Florencia? Pero prosigue. ¿Qué decías?

—Que soy del parecer que todas esas muertes tan seguidas amargaron el carácter de la mamá que, antes, como le decía, era dulce. Y, por muy comprensible que fuera, ¿cómo le diré?, yo llegué a resentir que con quien se desquitara fuera conmigo. ¿Yo qué le había hecho? Ella era todo para mí.

Yo no entendía casi nada, a decir verdad. Las historias de las caídas que me fue contando, de un camino de piedras que conducía de "una de las casas" a la otra, ¿a qué podían referirse? ¿Qué importancia

podían tener como para considerarlas narrables, repetidamente, se ve que ad infinitum? Pero, decía, el camino aquel, hecho de piedras, fue el responsable de no sé qué tantas caídas, de ella misma, de Nadia, de la mamá, a las que la nana, de su iniciativa, intentó poner fin. Aprovechó uno de los viajes largos de Nadia y El Inventor para dar instrucciones, que jamás llamó ni habría osado llamar órdenes, pero que era lo que eran, al jardinero José para que quitara la tierra y el pasto alrededor de las piedras y en su lugar pusiera ¡cemento! (Yo habría querido morir, y me temo que Nadia otro tanto.) Este adefesio de diseño con toda razón contrarió a mi alumna que, cuando regresó del viaje correspondiente, perdió un poco el control y riñó, si bien no sin dulzura, a su nana.

—Pero señor, el bastón se atoraba en el pasto —alegó la nana—, por eso perdí el equilibrio. Mi niña también se había caído debido a las mencionadas piedras; se había roto los dientes de leche, todos señor, era una niña pequeña, pero ese accidente la tendría que haber hecho comprender que el pasto no era lo más conveniente para rodear las piedras del camino. Es que yo tenía que ir y venir por ese camino todo el día. La mamá también llegó a caerse, ¡de noche! Había fiesta en una de las casas y/

—¡Un momento, por favor! —como si la historia de las muertes y la del camino de piedras no fueran suficientes para confundir aun a una mente lúcida como podría ser por excelencia la de un detective, ahora se venía encima la de las casas. ¡No! Nadia, a ver si te das prisa con tus deberes conyugales, que ya vi que te ausentaste hace rato, y vienes a hacer frente a tu responsabilidad. ¿Dónde dormías tú de niña? Tu nana me está confundiendo con no sé qué sofá azul junto a la cuna en donde ahora está tu escritorio y el gallo disecado que ella te regaló y que tu hermano etcétera. ¡Por favor, Nadia! Luz, más luz; te ruego.

Presente, pasado. Los vivos, los muertos. ¡Un huevo revuelto con cebolla, jamón de Jabugo y ejotes!

—¿No le molestaría que la llamara nana Florencia? Me sentiré más cómodo, y nos compenetraremos mejor. Y usted no se fije en que si le escribía o le decía esto o aquello a Nadia, o si se lo querría decir ahora, o qué. Usted hable, nana. Me recuerda a mi propia nana, Julia. No sé, Florencia, la abrazaría a usted en este momento; si me arrodillo a sus pies y lloro un rato sobre sus rodillas, ¡no se inmute!

Era temprano. Teníamos todo un día para nosotros. No sé qué hacen los muertos de noche, pero yo no me iba a arriesgar a que Florencia se interrumpiera cuando llegara la noche. Es más, si El Inventor no daba por terminada la visita con Nadia, yo me encargaría de que le concedieran tiempo indefinido. Que Nadia se hubiera ausentado durante el relato de nana Florencia me parecía un buen

acuerdo, aun cuando no lo hubiera acordado conmigo. Mi único interés era que la nana hablara; ahí estaría yo mientras lo hiciera, atento, a sus pies, no me contendría si el impulso de esconder mi cabeza en su pecho me sobrevenía, tampoco le pediría autorización; estaría, es decir, sin duda Florencia estuvo acostumbrada, no le extrañaría ahora, como no le habrá extrañado antes, que uno necesite o necesitara el calor maternal que ella expelía por los poros de su piel más bien bronceada. Podía no tener cuerpo de amante, ni siquiera de vieja amante, de hecho, era difícil imaginar que el Chino se hubiera visto cautivado por ella y hasta apasionado; que los dos, en las buenas y en las malas, hubieran sido adúlteros, era inimaginable, y por lo mismo interesante, sin duda, nana Florencia como una especie de George Sand, guardando las distancias. Pero, lo que era incontrovertible era que la nana tuviera pechos, no sólo de nana, sino de nodriza. ¡Con qué furia desató Florencia mi deseo de chupárselos! ¡Mira quién y cómo vino a remover mi instinto de conservación! Y mira cuándo; cuando la nieve ya tiño de blanco mis cabellos.

Impertérrita, indiferente a que sus recuerdos, por nimios, pudieran parecer poco interesantes a su auditorio, Florencia continuó haciendo uso de la palabra, con su deslumbrante buen español.

—Avisé a mi niña cuando su papá se puso mal; no informé a la mamá porque ella tampoco estaba ya tan bien. ¡Qué digo! Yo misma cada día estaba peor. Ya no podía asistir a los señores como antes. Me costaba mucho esfuerzo estar subiendo y bajando las escaleras todo el día. Y me apenaba, señor, la pasaba doblemente mal debido a esta pena añadida.

Florencia había cerrado los ojos. Hablaba desde la cabecera de nuestro escritorio común. Su presencia había borrado el tiempo y había establecido uno propio, mezcla de presente y pasado, un tiempo que me envolvió a mí tanto como a ella, al grado de que experimenté cómo pasaba yo tras bambalinas y la dejaba a ella sola, en dominio completo de la escena, del acto, de la obra, que se desarrollaba sobre el entarimado como en noche de gala, de lucimiento y de estreno mundial.

—Las cuatro paredes de mi cuchitril, por no llamarlo cuarto, señor; el piso, el techo, la ventana, con su vidrio y su herrería, mis tres muebles, la almohada, sobre todo la almohada, para no hablar de los libros, atestiguaban los vaivenes de mis asuntos y mis ánimos. Cruzaba el camino de noche y, de este lado del patio de atrás, abría la puerta de mis dominios. Si veía la luz encendida, a través de las persianas de la ventana que daba a nuestro patio, sabía que mi niña se encontraba trabajando; esto me alentaba; le escribía yo en un cuaderno, o en trozos de papel que me encontrara, como sobres que la mamá y el señor tiraban al cesto de basura, o en cualquier hoja de mi calendario,

en donde le contaba cualquier cosa. Por ejemplo, recordaba el día en que se cayó el monumental Ángel de la Independencia y yo temblé más que la ciudad. La impresión que me causó pensar en todo ese oro por tierra, el ángel con pechos tendido en la calle y destrozado. Fue un día importante para mí. Marca la fecha cuando empecé a trabajar para la mamá.

—¿Cuántos años hizo usted de nana, Florencia?

—Cumplí cuarenta y cinco; llegué de treinta y cuatro, creo. ¡Un año más en la Tierra y habría cumplido ochenta de edad! Nací, como la mamá, en 1921. Ya no la acompañé; me aflige, señor. El papá de los niños estaba seguro de que yo me encargaría de estar con su esposa hasta el final. Pero después, ¡él fue quien me jaló a mí y me separó de ella!

Yo la dejaba hablar; el desorden se ordenaría en el recuerdo. Una novela sigue principios matemáticos como el de que el orden de los factores no altera el producto, por lo que veo. Me dejé llevar, y confié en que lo que no entendía cuando me lo narraba la nana, lo entendería más tarde, cuando ella hubiera vaciado su costal por completo y, con su presencia, se llevara su voz.

El bastón se atoraba en el pasto y por eso Florencia perdió el equilibrio, sí. Pero esa lógica no explicaba todo. Cuando mi niña se quedó sin dientes coincidió con la llegada de la nana a casa de “la mamá” y, también con la petición de ayuda de la mamá a abuelita. Parece que todos los niños no cabían en la casa, y que abuelita podía muy bien hacerse cargo por lo menos de las niñas de la familia de su hija; así que, sin dientes, Nadia fue a dar con su ropa a la otra casa, con sus muñecas y las de sus hermanas. Por su parte, al incorporarse Florencia a la casa, de entrada se hizo cargo de los niños. El arreglo aligeró la tarea de la mamá, que, con la llegada de la nana a la familia, parió por última vez. El cuadro empezaba a enfocarse. Las diferentes historias, sobre todo la de “las casas”, cobraban sentido.

—Yo quería enseñarles a lustrar sus zapatos, a los niños y a las niñas; pero la mamá quería que, independientemente de que les enseñara cómo hacerlo, se los lustrara yo, en particular a las niñas. Quería hacer de ellas una especie de princesas, ¿cómo le diré? Usted me entiende, ¿verdad? De manera que lo hacía. Y cruzaba el camino, y subía las escaleras, para dejárselos al pie de sus camas en casa de los señores grandes, sus abuelos. Las niñas se iban muy temprano al colegio, y yo quería que tuvieran listo el calzado desde la víspera. ¡Ese camino! Sin embargo, llevar tantos zapatos no era tan cuesta arriba como llevar y traer y llevar y traer la ropa lavada; había que cargar las cubetas, de ida y vuelta. Muertos los abuelos, abierto el testamento, echada a andar, como siempre, la ambición, destrozada la idea de vivir en un coto de familia, sustituida por la de subdivisiones vendidas

a extraños a la familia, en la casa grande dejó de haber tendedero, señor. Siempre la misma historia. Espero que me esté dando a entender. Cuando mis señores desocuparon la casita, para que la ocuparan Nadia y su esposo, y ellos tomaran posesión de la grande, se inició el calvario de las cubetas y el tendedero. No era tanto que en la casa grande no lo hubiera habido. Cuando lo hubo, yo lo usaba; en aquel entonces, todavía no cojeaba y la ropa, aun lavada, no me pesaba como llegó a pesarme después, cada vez más, como me fue pesando cada vez más cargar cubetas, vidas (vivía demasiadas vidas, señor), bastón, llaves; bueno, se fueron acumulando otras inconveniencias, otros pesos y otras incomodidades. En un principio, yo usaba el otro tendedero a pesar de que era necesario subir una escalera de metal muy incómoda, ruidosa, herrumbrosa. Pe/

—Querida Florencia, concéntrese. ¿Qué exactamente es lo que me quiere contar del tendedero o de los tendederos?

—Ay, señor —rio durante un rato—; tiene razón; estoy divagando. Lo único que quiero decirle es que el tendedero de la casa de mi niña es al que le cogí cariño; así de simple, señor. Será porque estaba en el patio de atrás, a donde daban tanto mi cuchitril como la ventana del estudio de ella; o no sé por qué, pero, de los dos que usé durante esos cuarenta y cinco años, mi preferido fue el del patio de atrás, por así llamarlo. ¡Todavía lo extraño! ¿Sería porque estaba a ras del piso? No sé; sería porque era nuestro nexo, de la niña y mío; nuestro territorio común, no sé; me hacía sentir con los pies en la tierra, ¿cómo le diré? Desconozco a qué otra razón podía haberse debido el apego que llegué a tenerle a ese tendedero. Compraba ganchos y lazos con la ilusión y la salivación, usted perdone, con el que mi niña compraba libros; o los niños, dulces; o la mamá, especias y pulseras. ¿Me entiende?

—Sí; perfectamente —mentí un poco, para que siguiera hablando. No era tanto cuestión del entendimiento como del interés. Pero el asunto, después de todo, no es lo que el personaje cuente; es su persona, su estilo, su actitud, lo que ha de cautivar al lector. Y Florencia, la nana de Nadia, me cautivaba. Algo iría diseñándose de su vida con esos sólo en apariencia despropósitos que narraba. No es tanto, tampoco, cuestión de interés de parte del escucha, como de atención lo que hace falta. Un personaje es demandante; y exige una atención absoluta, incondicional, según yo mismo podía darme cuenta con toda facilidad.

—Colgar la ropa llegó a resultarme cada vez más duro, y a parecerme un trabajo absurdo, por anticuado, señor —siguió contándome nana Florencia—. Pero lo prefería a usar las máquinas. No me gustaron nunca. Prefería que la ropa se tardara en secar, inclusive cuando llovía o cuando no salía el sol, a que se secara

rápidamente en una máquina. No hay como la intemperie. Supongo que el propio Pachón influía en que la tarea me entretuviera. Él me acompañaba en mi serie de sucesos penosos y molestos, en mi verdadero trajín, en mi transporte de una casa a la otra, ese viaje en que las aventuras no faltaban, señor, por más que de heroicas no tuvieran gran cosa. Aun con su lentitud, Pachón se me adelantaba; hacía parecer que yo era quien lo seguía a él, con mis cubetas y mi carga. Él era el personaje, con su color rojizo, con su peso; él sabía a dónde me llevaba. Yo me reía, y me dejaba llevar. Con un perro de guía, además me hacía parecer ciega. Pero el juego era entretenido. Ahí íbamos los dos cuando, de pronto, Pachón se detenía; volteaba a ver si yo lo estaba siguiendo; me hacía enojar; no se daba cuenta de que me orillaba a tropezarme con él. Husmeaba las cubetas, como si no estuviera acostumbrado a lo que cargaban. Era nuestro ritual. "Es ropa, tonto", le decía; "¡Sácate! ¡Me estorbas!" Para que ahora lo extrañe. Él sabía que no era cierto que me estorbara. "¡Ensucias!" "¡puerco!", le gritaba; pero me gustaba Pachón con su cara de perro. "¡Quítate!" lo molestaba, para jugar con él, más que para espantarlo. Por cierto, le adelanto que, muertos, la gente y los animales no vamos a dar al mismo sitio, y lo lamento. Y otro dato que puede ser de su interés es que, una vez muertos no necesariamente nos encontramos con o buscamos a la gente con la que nos llevábamos, para bien o para mal, cuando vivos. ¿Cómo le diré? Quizás hay grados, y yo no he alcanzado aquél que permite los reencuentros. Quizá se deba a que estoy en el Purgatorio y que todavía no alcanzo el Cielo; no sabría decirle. Pero estoy contenta, aunque extrañe a Pachón y a tanta gente; incluyendo el tendedero del patio de atrás.

Ay, Florencia, pensé; cuántas cosas tenemos en común. Me acerqué a ella. Arrastré la silla del maestro para sentir el calor de la nana. Sus manos se veían fuertes, como sus brazos. Me había contado que la caída aquella había dado al traste con la fuerza de su brazo derecho, pues correspondía al lado del cuerpo que, previamente, se había afectado con una embolia. Si ya se le había debilitado, con la caída se empeoró, pues se le deshizo la muñeca. Aun así, cuando le llovió sobre mojado, con esa mano se apoyaba sobre el bastón, y no se veía que lo hiciera con una fuerza para nada mermada. Que la constitución de la nana era recia, no me cabía duda; que esto explicara por qué había sido una persona de buen ánimo, era una hipótesis que, igual que cualquier otra, podía por lo menos someterse a discusión. Bueno, y si a donde fue a dar Florencia era al Purgatorio, se ve que los dioses, en su justicia, no concedieron mayor valor a su buen ánimo, consintiendo en que lo tuvo.

Capítulo quince
El personaje proyecta su mundo

La nana de Nadia aún tenía tela que cortar. El pozo de su vida no se secaba del todo. El tiempo que puse a su disposición para que me narrara su historia era poco. Cubeta que la nana echaba a las profundidades de su memoria, cubeta que salía a la superficie desbordada y floreciente.

—Ya al final —continuó—, cuando la mamá se enfermaba, yo perdía la cabeza y no sabía realmente qué hacer. Le escribía notas desesperadas a Nadia. No me daban deseos ni de salir. Es cierto que ya no salía como antes. Mi familia vivía del otro lado de la ciudad. Mis sobrinos insistían en recogerme, llevarme, regresarme, pero yo no quería molestarlos, y si la señora estaba mal, menos. La cocinera me ayudaba, pero ella sí que, no sé, señor; ¿cómo le diré? —rio, avergonzada de verse en la necesidad de referirse a algo que habría preferido no tener que abordar nunca—. Candelaria —retomó su parlamento— sí está, como dicen, "recién bajada del monte", y perdóneme. Es muy primitiva, por decirlo de otro modo. Llegó a hacerme enojar como nadie. Al final, ya no era como había sido. La ciudad, ¡la capital!, la echó a perder. Cuando acababa de llegar, de todo se reía. No entendía nada; pero nosotros tampoco le entendíamos a ella. Se veía bonita, con una cara ancha y alegre, siempre sonriente, con el pelo negro recogido en trenzas gruesas que le rodeaban la cabeza. Era joven. Luego, se la fastidió Roberto.

¡Luces y sombras de las alturas, bajen en mi auxilio! Ahora Florencia habla de "Candelaria y Roberto", con lo que anuncia un paréntesis que me suena a historia de amor; intercalo una súplica. Que no imagine posible al Chino enamorado de Florencia no significa que no crea que la nana no hubiera tenido lo suyo. No estoy hecho de piedra para no percibir que tuvo lo suyo. Lo que quise decir es, simplemente, que ¡ese Chino de mierda no se merecía a Florencia!

"Florencia, nana —supliqué sin despegar los labios—; ¿por qué no mataste a tu cuñado?"

—¿Cómo dice? —me preguntó. ¿Habrá oído? ¿Habré llegado a pronunciar palabra a palabra las imprecaciones que creí silenciosas? ¿O los muertos conocen los pensamientos de los vivos? ¿Ven las flaquezas en las que los miserables vivos incurrimos supuestamente a solas y hasta escondidos?

—Olvídelo —le di a entender a señas, con un gesto de la mano acompañado de una negativa con la cabeza—. Siga hablando,

Florencia, querida nana. Y perdone mis malos pensamientos; beso sus manos. Siga; siga. Pero, antes, dígame —escribí en el pizarrón—, ¿a qué se dedica nuestra niña? ¿Cuál es su profesión? ¿Qué es lo que hace en su famoso estudio?

—No tiene profesión que yo sepa; lo suyo es, ¿cómo le diré? ¿Oficio? Lo que hace es que es archivista en la Procuraduría General de la Nación. Y, cuando está en su estudio, yo supongo que reconstruye casos que le interesan; pero, y esto es sólo una intuición mía, me parece que a ella lo que le gustaría ser es escritora, señor. Siempre fue medio solitaria; inclusive presente en la vida de la familia, estaba como reservada, como quien abre mucho los ojos y cierra firmemente los labios; tal vez tomaba nota, no sé.

—¡Caramba! ¡Con razón! Nadia, ¿por qué no pusiste todas las cartas sobre la mesa? ¡Y yo diciéndote que tu novela era basura! —exclamé al vacío, un tanto fuera de mí. Una vez repuesto, escribí en el pizarrón: Y su esposo, ¿a qué se dedica él? ¿Quién es? ¿Qué hace exactamente?

—Es un humanista, según lo llaman; de mucho prestigio, ¿no ha oído hablar de él? Saca del olvido a poetas, o encuentra el nombre del descubridor de algo, o instituye principios, hace levantar monumentos. No sé; pero es una persona de mucho reconocimiento —contestó Florencia, en su habla impecable.

Después de lo cual, siguió su relato. Distraído como quedé con la insinuación de que el marido de Nadia era alguien lo suficientemente conocido como para que pareciera broma salir con que uno pregunte quién era, no seguí atentamente el relato de la nana en este punto como ella y la narración merecían y como yo, el interesado, debía haber hecho.

—¿Dejas que mi primo pase? —preguntó Candelaria a Florencia una noche de verano. Florencia asintió, aun a sabiendas de que Roberto no era el primo de Candelaria o que, en todo caso, al “pasar” no se limitaría a conducirse con ella con castidad.

—Al hermano de mi niña se le ocurrió enterrar a Pachón debajo del mismo pino en el que Candelaria enterró a su hijo. Así que ahí están los dos, como si no hubiera habido otro árbol en el jardín. Rincones para tumbas no faltaban; lo único malo era que, cuando cayó la racha de muertes de la familia seguiditas, se prohibían los entierros en los jardines en que esos muertos habían hecho transcurrir sus días.

Llegó el momento en que el relato de Florencia se atoró en una noche de tormenta en la que ella merendaba sola en la cocina, sin luz eléctrica, alumbrada por la luminosidad de la luna y abrigada con el ligero calor que expelían los pilotos encendidos de los cuatro hornillos de la estufa. Tomaba café, pensando en los tiempos pasados, cuando ella hacía verdadera falta, en calidad de verdadera nana. Quien se

hubiera asomado en esos momentos de reminiscencias, habría oído los suspiros de Florencia incontenibles.

Bueno, el gallo pasaba por su mente también, y hacía lo suyo para llenarla de añoranza cuando, atravesando la penumbra y el silencio, la mamá había entrado a sentarse con Florencia, a acompañarse las dos mientras la tormenta pasaba. Pero la tormenta no tenía lugar únicamente afuera, del otro lado de los vidrios de las ventanas, de las paredes de ladrillo ocre de la casa, sino en el interior de ambas mujeres, pues, no bien la mamá se sentó con la nana, como si por su lado la mamá hubiera estado rememorando los mismos episodios del tiempo pasado por los que se había estado paseando la memoria de la propia Florencia, la mamá soltó un suspiro y, tras éste, otro, y pronto las dos lloraban hasta hacerlas acabar en un abrazo tan apremiante que tardó en serenarlas.

Digo que el relato de la nana se atoró porque, al llegar al punto en el que lo hizo, Florencia misma soltó las lágrimas y ocasionó que yo hiciera estruendosamente otro tanto. El enfermero entró sin avisar. Lo insulté. Me esposó en un santiamén y, en vista de que no me podía arrastrar del cuero cabelludo, pues la peluca se zafó en el primer intento con todo y mi sombrero de Brujo maestro, me jaló hacia el túnel que no conducía sino al calabozo y, una vez ante ese abismo, me dejó caer. Caí durante minutos interminables, acompañado por la imagen de Florencia que se despedía de mí con un gesto de la mano y en medio de risa; se despedía de mí y de su disfraz, que no se hizo polvo mientras ella desaparecía. Alcancé a ver el resplandor que se abría a su paso y que iluminaba el regreso a su propio paraíso.

Me había dicho que los hombres, muertos, lloran y estornudan y que, sobre todo, ríen. Además, que aun cuando no van a dar al mismo sitio al que llegan los animales, los escuchan, y que, por ejemplo, el chillido de las águilas de allá es diferente del de acá. Aquí, cuando las águilas del jardín lo hacían, le oprimían el corazón a Florencia; allá, desde la esfera diferente en que se encuentran, cuando las oye la hacen reír. La nana pensaba que esto era así porque allá no auguraban nada; o porque allá no había nada que augurar. Florencia había regresado porque su niña la llamó cuando la necesitó. Pero, por su cuenta, no habría regresado ni regresaría salvo, tal vez, para acompañar a la mamá mientras ésta tocara al piano.

Florencia había querido a todos sus niños por igual, pero a Nadia se había atado, y Nadia se había atado a ella. Todos los demás, tanto los de una familia como los de la otra, se habían ido desatando del cinturón de su delantal menos Nadia, pordiosera, abandonada como niña de la calle.

—La dejé huérfana —rio Florencia para mí—; huérfana de nana.

Según ella, extrañaba más escribirle a Nadia, que las respuestas o

comentarios que Nadia deslizaba debajo de la puerta de su cuchitril. “Bájale al volumen de la tele”, podía pedirle Nadia; “cuando —acotaba Florencia— yo ni siquiera sabía cuál era el botón o la perilla del volumen de ese aparato”. De la medianoche en adelante, Florencia veía películas extranjeras para poder seguirlas al leer los letreros de la traducción. No le hacía falta subir ningún volumen para enterarse de qué trataban los episodios de Historia o de crímenes o de amores que veía hasta que el sueño daba por fin con ella sobre la almohada.

Florencia presumía de sus libros, y era quien actualizaba a la mamá en las noticias de adentro y de afuera, como había hecho en otros tiempos, para su jefe, en su recordado empleo, porque la mamá, igual que yo, según llegué a saber, no hojeaba los periódicos salvo para ver las esquelas de las muertes de sus viejos conocidos y entonces, a diferencia de mí, cumplir con la sociedad dando los pésames correspondientes. Era la nana, por tanto, quien se encargaba de mantenerla con los pies en la tierra, y esto era una de las demostraciones de cómo ambas se necesitaban la una a la otra.

En mi nueva temporada en la oscuridad encendí el recuerdo confuso de algunos de los episodios que Florencia había alcanzado a narrarme, como el del día en el que limpiaba la plata, en preparación para una de las fiestas de la mamá, y la mamá la había llamado para que le llevara a Nadia un postre que le había sobrado.

—Me gustaba limpiar la plata —llegó a referirme Florencia—, aunque el olor del limpiador era muy intenso y me hacía toser. Limpiar la plata me recordaba otros tiempos, los que la mamá llamaba, “Del esplendor”. Lo cierto es que en ésas me encontraba aquella vez cuando la mamá se asomó y, al ver lo que yo hacía, me informó que me limitara a ir a avisarle a Nadia para que ella misma recogiera el postre. “Yo se lo llevo”, supliqué a la mamá. Pero ella se opuso, con lo que llegó a herirme, y el dolor me duró. Yo, por ella, habría dado todo, señor.

Cuando mamá la hería, Florencia se encerraba en su cuchitril a mecerse sentada en el borde de la cama abrazando una almohada que, en ocasiones, amortiguaba su llanto. ¿Florencia lamentándose? Querida Nadia, ¿a qué te refieres cuando hablas del buen ánimo de tu nana que quieres recoger en la novela? Acumulación de resentimientos, me atrevo a decir que justificados; coraje acumulado (justificado) que es lo que se desprendía de la buena Florencia. O, ¿son sentimientos que pueden convivir con el buen ánimo en un mismo cuerpo? Vivir por y para otro; acallarse uno mismo, ¿es lo que da el buen ánimo? ¿En qué consiste, exactamente? ¿Es lo que da sentido, razón de ser? ¿Ser *para* otro? ¿O consiste en tomar la vida, traiga lo que traiga, con un granito de sal? ¡Y las lágrimas son saladas!

No me cabe duda de que es cuando tengo el viento en contra

cuando vuelo, señores del jurado; enciérrenme, que volaré más alto y más lejos que en todos los encierros anteriores, en esta Casa en la que no hay otra corriente de aire que la del portazo que me dan en la cara cada vez que me expulsan del concierto de las naciones. ¿A quién creen que detienen?

En el viejo estilo de Los de arriba y Los de abajo, Florencia vivió abajo, en el patio de atrás, tanto el de su propia gente como el de la gente de Nadia, por llamar "gente" a dos familias que se dividirían en clases, alta, digamos, y media, para entendernos. El lugar de Florencia en ambas familias fue el de arrimada. Quien diga lo contrario que me lo repita de frente. Sin embargo, que ella pudiera confiar en los de abajo, no significaba que éstos la consideraran como uno de los suyos; como tampoco la consideraban uno de los suyos los de arriba, por más que éstos sostuvieran que, para ellos, Florencia era "como de la familia", y le permitieran dormir dentro de la casa y sentarse en la sala los domingos, con toda la familia. ¿Cómo definir su ubicación? En esta época post abolición de la esclavitud, ¿a quién "pertenecía" la nana? En esta época de conciencia respecto de los derechos humanos, ¿cuáles eran los suyos, en relación a La Ley?

Un domingo a medio día unos asaltantes irrumpieron en la casa de mamá; destrozaron esto y aquello. Con la punta de cuchillos sacados de los cajones de la cocina, picaron la garganta de unos y otros miembros de la familia pero, a quien jalonearon y arrastraron más fue a Florencia; Florencia fue la única presa realmente maltratada, por más que el resto de la familia hubiera estado a un pelito de ser masacrada à la *In cold Blood,* sin motivos "coherentes" fuera de la coherencia que todo crimen tiene para un criminal. Lo cierto es que a Florencia volvió a lloverle sobre mojado; la forzaron a caminar sin bastón, arrastrándola de la muñeca rota con apretones. "¿Qué pasa, muchachos?", alcanzó a preguntarles. Creía que, como en incontables situaciones anteriores, ella haría las veces de la intermediaria natural, de la conciliadora de las partes en conflicto. Esta vez, no obstante, no hubo nada de eso. "¡Al suelo, vieja!", igual que ordenaron a los demás; a ella, que los comprendía y que solía saber negociar con los de esa ralea con admirable eficacia, como quien los conoce desde dentro y, aun, los comprende y es, realistamente hablando, incapaz de juzgarlos.

Coordinadora del servicio, si Florencia llevaba chismes de una casa a otra, también hacía colectas unificadoras entre los ocupantes de las casas. Por ejemplo, juntó lo suficiente para el entierro del padre de la cocinera de mamá (Candelaria, con quien, en otros momentos, más bien Florencia y el resto del servicio y aun de las familias reñía, como al final, que Candelaria protestó porque Florencia abrió la puerta del refrigerador y sacó un queso que se sentó a comer. "Era mío", aclaraba

Florencia; “lo compré con mi sueldo”). Es innegable que la nana hacía corajes aquí y allá. Pero todo mundo envidiaba a la mamá a su nana de nanas doña Florencia, quien, si bien los sabía mantener bajo control, se encontraba plena de rencores y resentimientos (justificados).

Florencia lavaba, planchaba. Daba órdenes a diestra y siniestra. Se hizo infaltable. Era la extensión de extensiones de la mamá, que era el centro del coto de esa familia grande.

Señor, concédeme el oído para escucharla hasta el final, rezaba yo, mientras rodaba de un extremo al otro del salón de clases.

Cuando Florencia olvidaba pedirle a Nadia en persona que no dejara su coche delante de las hortensias, por el humo del escape, le escribía, “Me las vas a fastidiar”. “Quiero que los sábados saques tu automóvil temprano, para barrer y regar antes de que llegue José. Él ya casi no puede trabajar. Se ríe de mí; pero yo todavía tengo fuerzas; no pienso detenerme. Prefiero que me encuentren muerta trabajando, que detenerme.” Por cierto, ¿no estaría en esta concepción de la vida el buen ánimo del que habla Nadia? Si empiezas el día, cada día, con esa perspectiva, ¿no ocupan su verdadero lugar los acontecimientos del día?

Capítulo dieciséis
Flaqueo: amenazo con lavarme las manos

Cuando la nana desapareció, temí que el sopor en el que caí me arrebatara sus palabras y me hiciera perder su recuerdo. De modo que decidí hacerme ayudar.

—¡Sáquenme de aquí, so bestias! ¡Sáquenme de esta tumba sin sosiego! ¡Me están enterrando vivo! ¡Auxilio!

—Tornero, no estás en ninguna tumba ni en ningún calabozo ni en ningún encierro; sosiégate y vamos a dar una vuelta por el lago —me conminó mi viejo enfermero.

—¿A quién engañas?

—Te engañas solo, Tornero —insistió, condescendiente, amable—. Ponte tu capa y vamos a caminar.

Los nenúfares no se secan nunca en este clima de cerro. Amarrado caminé, siguiendo la pista de las sandalias de mi niña. La encontré en la hamaca. Corrí, con lentes oscuros, cruzando los dedos para no ser visto ni percibido. Me subí a un pino. Desde la punta grité:

—¡Nana! —grito que dirigí a las nubes para que desde su aposento en el cielo mi nana Julia se acordara de mí. Quería reflexionar a solas. Así que ahora, gracias a la aparición de Florencia, la nana de Nadia, me constaba que, cuando uno resucita, regresa de la edad en la que murió. De manera que, si no tienes la ventaja de morir joven, ni muerto recuperas la juventud. Si tu mamá murió a una edad anterior a la edad en la que mueras tú, en el más allá serás mayor que ella. Esto es para enloquecer a cualquiera. No deja todo esto de ser un agravante. Pero, ¿éste es el orden que seguiremos cuando tenga lugar el Día del Juicio Final, insinuado por san Juan (c.95) en el último libro del Nuevo Testamento o Apocalipsis, sobre el final de los tiempos y el triunfo de la Iglesia?

—¡Allá voy! —lancé, con un grito dirigido hacia abajo. Abrí los brazos. Volé hasta encontrarme rodando, una vez más, por el piso del salón de clases. Incorporada a mi imaginación, Florencia reía. En los ires y venires, a mí se me enredó la capa en la cinta de hilos de elote de la que colgaba mi cuarto menguante de luna de cáscara de melón. Nunca había gozado tanto. Desde niño no rodaba, ni lanzaba las piernas al vacío, ni jugaba al Teatro No como ahora, con las manos metidas en el manguito japonés que mi enfermero me amarró contra el abdomen.

Si este último desbarajuste perseguía algo, era rescatar lo que pudiera de las palabras de la nana. Recordé que en una de las notas a

Nadia escribió que el nuevo jardinero había regalado a mi niña una rosa roja determinada. “No te lo dije, porque no me preguntaste”, se excusó. Parecía avergonzada tanto de no haber sido ella la que hubiera regalado la flor a Nadia, como de no haber dado crédito a tiempo a Gilberto, este jardinero que, deduje, había sustituido a José. Florencia lamentaba ya no poder comprar ni flores a su gente; pero, también, ya no poder salir al camellón y cortárselas para llevárselas “recién arrancadas y mojadas de rocío”. De ahí que, a falta de otros medios que los de su propio ingenio, acabara extirpando “un brote del durazno, para que te lo plante Gilberto junto al naranjo de mi viejito”.

Sí, la nana, con sus recuerdos nimios, seguía conmigo. Pero, ¿qué clase de orden iba yo a poner en todos estos fragmentos de episodios para dar una imagen integrada y real de cómo era la nana de mi Nadia? Contaba con una ventaja; y, sin embargo, me encontraba con las manos vacías, o, a lo sumo, enredadas en un lío. Había sido el primer lector del manuscrito de Nadia, que llegó aquí con el escrito, a pesar de que, por cierto, en él parte como si, al escribirlo, ya hubiera sido interna de esta Casa, y su experiencia en ella fuera cosa del pasado. ¿Qué pretendió con este ardid? O, mejor, ¿cómo intuyó lo que era la cosa aquí como para haberla retratado sin conocerla? ¿Ha querido confundirme todo este tiempo? ¿No será que la bruja es ella? Fuera como fuera, lo cierto es que, además, cuento con haber logrado convocar a la protagonista. La he oído y visto y sentido; la he percibido de un modo u otro con mis propios cinco sentidos. Sin embargo, sin embargo, ¿por qué, con estas ventajas en mi haber, no he logrado aplicar en mí lo que he pretendido enseñar a Nadia a aplicar? Aunque, pensándolo bien, por otra parte, ¿quién dijo que yo era escritor? ¿En qué me metí? Mi niña va a entrar a este salón de clases de un momento a otro. ¿Qué papel voy a representar para ella? Es más, ¿qué papeles voy a atreverme a extender a lo largo y ancho de esta mesa, para que ella los examine con la atención que creerá que, por haber salido de mí, merecen?

¿Qué forma dar a todo lo que me narró la nana? ¿Qué conservar; qué desechar? Historias de abortos, entre Los de arriba o entre Los de abajo; conocimientos agrícolas, que se disputaba con José. ¿Quién sabía más de abonos, por ejemplo, Florencia o José? Éste presumía de haber estudiado un curso formal de botánica del otro lado de la frontera norte, cuando había cruzado el río, es decir, otro río, en su juventud, para ser bracero en la construcción del ferrocarril, hoy ya en uso exclusivo para carga (cosa, entre paréntesis, que a mí me llena de nostalgia). Pero Florencia sabía remover la tierra y regarla. Cuando terminaba, se quitaba las botas de hule y las ponía a escurrir boca abajo.

Pero esas historias no eran todo; había más. Había la de los focos

y sockets y, en una palabra, la de los conocimientos de electricidad que no le regateaba a Gilberto; es más, mediante los que pretendía promover a Gilberto. Ella se encargaba de informar que él también era chofer, mesero, empacador, buen mensajero.

Me relató, "Un domingo, Gilberto llegó muy temprano y me avisó que no había luz en la entrada. Yo hacía mis rondas, había empezado a barrer. No me gustaba que, si en la noche había dejado el patio sin una hoja, a la mañana siguiente me lo encontrara tupido de hojas. No me gustaba ver ni siquiera una; ¡cómo me ponía cuando veía montones! Hacían que mi trabajo no luciera. 'Luego te doy un foco', le dije. Pero él juzgó que no se trataba de cambiar únicamente el foco, pues la víspera, antes de irse, él había querido encender el farol y, en lugar de que éste encendiera, lo que había sucedido era que saltó un chispazo."

De modo que, continuó Florencia, Gilberto supuso que era cuestión de un "falso contacto. Subiría a la tlapalería de San Ángel para comprar un socket nuevo, enchufes y apagadores, además de cables. Cuando se fue, busqué la palabra socket en el diccionario —me confesó la nana—; ¡no conocía su ortografía, señor!", entre apenada y orgullosa. Nadia anotó en su manuscrito que la nana se jactaba de conocer el idioma; y a mí me constaba. Con un episodio como el del socket, confirmé que el dato no era de los que habrían estado de más. Si no es común que la gente no especialista tenga curiosidad por las palabras, menos lo es que la tenga una nana. Por lo mismo, éste sería un rasgo de Florencia que habría que trazar con énfasis a la hora de afinar su retrato. Sin embargo, ¿qué sabía yo de trazar ningún rasgo a la hora de afinar ningún retrato? Sacre bleu, ¡mil rayos me partan!

Con el caso de Florencia me quedaba claro que lo simple es complejo. ¿Qué conjeturas existenciales habrá hecho la nana al darse cuenta, por ejemplo, de que una cosa es que ella hubiera tenido buenas intenciones y hubiera mediado para que esto y aquello saliera bien, para que luego resultara que el tiro le saliera por la culata?

En una nota, Florencia pidió a Nadia que se acordara de retirar un poco el coche, porque una llanta solía pisar la manguera y, le advirtió, "me la vas a trozar". Había intentado que Nadia le dejara a ella la llave para que, si Nadia no se daba cuenta de encima de qué hacía pasar las llantas del coche, o encima de qué las dejaba paradas, con todo el peso que esto implicaba, Gilberto moviera el coche y liberara la manguera. Pero las cosas no salen como uno quiere. Lo cierto es que llegó la mañana en la que los acontecimientos forzaron a Florencia a dirigirse a Nadia con una protesta por escrito:

—¡Me apachurraste la manguera! —le reclamó, sin concesiones.

Cuando consternado me puse contra la pared para orillarme a determinar en dónde estaban los pies y en dónde la cabeza de todo

esto, como en un sueño oí que llamaban a la puerta. Apagué la Oda a la Alegría y usé la segunda persona formal del singular para indicar a quien llamaba que podía pasar.

—Pase —ordené, lo que, para mayor gloria, fue atendido, pues quien pasó fue mi Nadia, con el lápiz atravesado entre los dientes, tobilleras de escolar y, en la mano, la Libreta de apuntes.

Mi gusto de volver a verla alcanzó grados supremos de euforia que, para no ir a dar nuevamente al calabozo, mantuve bajo control.

—¿Sabes de qué me di cuenta, Nadia niña? —le pregunté, con la naturalidad que habría empleado si hubiéramos estado retomando nuestras lecciones como cualquier otra mañana, sin suspensión de ningún tipo, ni menos del tipo del que nos había mantenido separados durante no sé cuánto tiempo con sus noches, para mí de total desolación—. Me di cuenta de que en su propia voz, Florencia se pinta mejor de lo que la pluma más excelsa y maestra conseguiría hacer. Oírla hablar, oír lo que ella cuenta y de la manera en que ella lo cuenta, es lo que la retrata. Con su jadeo, con su risa, con su forma de pronunciar ciertas palabras; con su mirada: cómo la desvía a veces. Y, por encima de todo, por el nivel de su expresión, tomando en cuenta su pasado. ¿No crees, Nadia? Si lo afirmas conmigo, firmaremos juntos un descubrimiento trascendental.

—De lo que no te das cuenta, Ruiseñor —replicó la alumna—, es de que con tu descubrimiento trascendental niegas la literatura. O le quitas lo que pudiera tener de arte, o creación, o como quieras llamar lo que sea que hace un escritor. ¿Por qué no grabaste a Florencia para después limitarte a reproducir la cinta y distribuirla por el mundo de habla hispana? Harías una fortuna en oro sólido, dada tu alquimia.

Tras arrojarme este balde de agua fría directamente sobre la calva, en el más crudo de los inviernos que he vivido, en circunstancias en las que, por ahorro, los directivos de la Casa todavía no encendían las chimeneas, Nadia se puso de pie, dio media vuelta y, tras alcanzar la puerta de una zancada y hacer girar la perilla con decisión, salió del salón de clases sin haber ni siquiera dado el aviso correspondiente, que reza:

—¡Agua va!

Por otra parte, recibí mi merecido. ¿No fui capaz de prever el sentido que una niña, frágil como la dulce Nadia, iba a dar a una ocurrencia torpe que cualquier otra persona podía haber simplemente descartado y olvidado con toda facilidad? En señal de arrepentimiento, flagelé el pizarrón con mis uñas, lo arañé para destemplar mi oído, mis encías y las venas que suben y bajan la sangre de mi corazón. “¡Soy un idiota!”, gemí; “¡Auxilio, Beatles!”

“No en vano le digo que por mi cuenta no habría regresado”, recordé que Florencia llegó a argumentar; pero rectifico. Sí lo haría,

siempre que, cuando regresara, fuera un domingo por la tarde, cuando ella era un miembro más de la familia con todo y los niños de sus niños, como quien dice, pienso, cuando no se trata más que de estar, sin otra responsabilidad, sin acordarse de que es a uno, y a nadie más, al que le toca barrer los platos rotos después de la fiesta.

¿Qué sucedería, me pregunto, si aquí doy por terminada la narración? ¡Que Nadia limpie los ceniceros y reacomode los cojines de los sillones! Mientras tanto, ¿qué les parece si yo me doy a la desesperación y fumo una pipa en busca de paz?

—No la puedes dejar ir —me susurró al oído una voz desconocida sin que te cuente la historia de la catarinarriegatodo.

—¿La qué? —inquirí a la voz interior—. ¿Quieres, hechicera, dar conmigo en las profundidades de un calabozo que es territorio de serpientes? Alguna vez cultivé un bonsái; pero fue con el propósito de ¡hacerlo crecer! No tolero la reducción al absurdo de la naturaleza. ¿Qué rayos es la "catarinarriegatodo"?

La paciencia se me estaba colmando, de manera que decidí subir solo a la gruta a solicitar del heno un milagro. Y fui gratificado pues, antes de empezar la ascensión, una corazonada me empujó hacia el tendedero del patio de atrás y, ahí, cambiando las carretillas y los lazos viejos por nuevos, encontré a Nadia, la luz de mis sombras.

—¡Hola! —la saludé—. ¿Me acompañas a la gruta? —la invité, como si nada.

—Se me ocurre que lo que deberías hacer, Ruiseñor —salió en mi auxilio Nadia, que parecía al tanto de mis tormentos—, es sentarte a escribir lo que recuerdes de cuanto alcanzó a contarte Florencia. No lo eches en saco roto, bobo. Escríbelo sin pensar en otra cosa que en reproducir sus palabras en el tono de la escala en el que las oíste. No te detengas en pretender hilar unas con otras; únicamente déjate llevar por la voz de la narradora. Una narración que nace de las profundidades tiene su propia cohesión, y esto es lo que le da sentido. Después trabajaremos la forma; no pretendas hacer todo de una sola vez.

—¿Así que además eres sabia, hija? Te haré caso únicamente porque la alternativa es volverme loco, ¿de acuerdo? Ya estoy casi como tú, reina y pordiosera. De tener el mundo en mis manos, de pronto me pareció no tener nada; una boca se había abierto en toda su extensión y me había despojado de todo, tragándoselo y dejándome con el plato vacío. Y en eso apareciste tú, Nadia querida. Renuevas mi esperanza.

—Déjate de tonterías, Ruiseñor, que ni siquiera se entienden, y escribe ahora mismo lo que recuerdes de la nana. Tú escribe, Ruiseñor. Posteriormente lo trabajaremos. ¿Quién puede saber si esto está bien o mal; es decir, quién, sino tú o yo, que lo estamos haciendo

y que hacemos lo correcto en dudar si está bien o mal? Según se desarrolló, es una posibilidad entre muchas otras en que podía haberse desenvuelto. Y que Florencia hubiera vivido como vivió resultó una vida sencilla y agradable, ocupada en quehaceres simples, y con penas, comparadas con las que el pasado de la nana podía haber disparado, tranquilas. ¿No te parece, Ruiseñor? En todo caso, esto pudo ser así, gracias al buen ánimo de Florencia, su buen ánimo natural. De todas las formas en que se podía haber contado la historia de Florencia, ésta, la nuestra, es *una.* ¿Y sabes qué puede indicarnos que es la buena? Que su narración nació con ¡buen ánimo! Y este ánimo se mantuvo bueno mientras duró la narración; es decir, ¡sigue alto! Viento en popa, Ruiseñor, como dirías tú. Porque yo no sé si un retrato hablado que sale bien es imitable; pero el de mi nana es memorable y hasta quizá perdurable. ¿Sabes por qué? Porque salió bien, cuando, dada la naturaleza de la historia, podía haber salido mal. Esta es mi conclusión. ¿Cuál es la tuya?

—Ay, niña. Me gusta cuando hablas, porque estás presente. Antes que nada, ¡qué bueno que saliste en mi ayuda! Sin tu oportuno rescate, me habría lavado las manos. Me preguntaba, "¿Qué he hecho, Mon Dieu; en qué me metí?" Ahora bien, ya que quieres saber qué pienso de lo que finalmente has dicho, has de saber que me inquietó tu parecer en cuanto a que los problemas, o las penas de la nana, fueran tranquilos. No que tu razonamiento no esté bien armado; lo está, Nadia. Pero, entonces, ¿qué clase de sedimento, o qué cosa compuso el sedimento que formó el tumor que a la postre mató a Florencia? Si sus penas hubieran sido tranquilas, como dices, ¿habrían construido la destrucción de la nana? Tu hipótesis es coherente hija, siempre que no remuevas la superficie; pero, si la remueves, ¿qué encuentras? La nana vivió de manera normal, dadas sus circunstancias; y hasta agradable. Pero, mientras tanto, ¿crees que no sufría? Lo que sucede es que sus sufrimientos no correspondían a lo que uno veía de su existencia; es más, no correspondían a lo que ella misma podía atribuirlos, a que si la cocinera la vio feo porque ella sacó un queso del refrigerador de la mamá y se lo comió, por ejemplo; o a que si sus sobrinos la hacían esperar cuando le ofrecían recogerla para llevarla al Seguro. No, niña; estas penas, efectivamente "tranquilas", no eran capaces de formar ningún tumor, mucho menos uno de la calidad del que dio fin a la vida de Florencia. Su sufrimiento, querida Nadia, nacía en su historia original, y era tan grave que, él sí, dio para crear la destrucción de la nana. Nadia, pequeña mía, no hay salida; no hay salvación. La condena está a la vuelta de la esquina. Ésta sí es una verdad. Otra cosa es que se piense que estoy equivocado, que no sé nada y que hablo sin fundamento, lo que explica y justifica que me encuentre internado en esta Casa del

Cerro, sin perspectivas de recuperación; mira la etiqueta en mi frente: soy Crónico; ¿entiendes? Tal vez ignorar tu verdad pueda hacer que desarrolles un buen ánimo; pero, tenerla presente, no hace más que condenarte a ser, si no amargado, triste. Perdóname. Habría preferido no ser yo quien te abriera los ojos, pequeña. ¿O será que en este reconocimiento, precisamente, radique la posibilidad de elegir entre vivir con buen o con mal ánimo?

—Ruiseñor, Ruiseñor, ¡no me decepciones! Hay salidas. Se ve que no te miras en el espejo con suficiente frecuencia, pues te lo recordarías. Vivir como tú, no está mal; estás tranquilo, ¿o no? En medio de todo, Ruiseñor, estás tranquilo.

—Hija, lo que veo es que sigues encantada. Ni modo. Pero voy a atender tus consejos. Voy a tratar de recordar, con la técnica de la asociación de ideas, que dominé al grado de venir a dar aquí, el final del parlamento de la nana. Oigámoslo con atención; escuchémoslo; tal vez encierre alguna clave que, hasta ahora, se nos podría haber escapado.

En realidad, descansé apenas Nadia volvió a incorporarse a nuestro juego. Lo único que me alentaba, contra la sensación de haber cometido una especie de sacrilegio, al convocar a Florencia de la muerte para ofrecerle, a cambio, la torpeza de este experimento de narrativa, era recordar que, cuando en plena duda adolescente Nadia montó un dispensario que puso en manos de un estudiante de medicina, Florencia, la nana, se prestó a ser el primer paciente. ¿Verdad, estrellas, luna, astros diversos; verdad que estoy perdonado? Florencia, ¿tú qué opinas? Te prestaste, ¿no?

Capítulo diecisiete
Evoco el final del parlamento del personaje

—Voy a entrecerrar los ojos, Nadia. Pero antes, dime, lo que estamos haciendo, ¿es en mérito o en demérito de la vida de Florencia? Aprovechemos el buen trance en el que creo que me estoy internando y oigamos hablar a la nana.

"Al final, mi pierna enferma —procuré citar verbatim a Florencia, con su vocabulario esmerado— me fallaba. Por épocas, me lastimaba tanto que no me dejaba caminar. En esas ocasiones me veía forzada a pedir a Candelaria los periódicos; con unos cuantos dulces que le regalara, me hacía el encargo con gusto; nos llevábamos bien, salvo los últimos días. ¿Cómo le diré? Aquella noche, ¿por qué la afectó, si se dice así, que me comiera el queso? O tal vez no entendí qué era lo que vociferaba detrás de los gestos con que parecía reclamarme. Mi sordera tenía buena parte de culpa en la incapacidad que se empeñaba en invadirme, no sé si me explico. Por ella, la mamá se oponía a que atravesara sola las calles. 'Baja el volumen', tuvo que suplicarme mi niña. ¿Volumen? ¿Cuál? ¡Si no oigo nada! Tanto achaque quería decir que me estaba haciendo vieja. Sin ir a la guerra, cualquier triste lesión me dejaba inútil un par de días."

—¡Aaaaah! —exclamé, interrumpiendo el impasse. Trocé el lápiz con una sola mano; deshice la hoja de papel que, dicho sea de paso, se encontraba en blanco—. No vamos a llegar muy lejos. Nadia. Las estrellas me han abandonado.

Corrí hacia la Casa, tropezándome con el borde de la capa. Por la puerta de servicio, entré directamente a la cocina. Minutos después reaparecí, con la luna sobre mi pecho renovada, fresco el cuarto menguante de cáscara de melón, frescos los hilos de elote de los que pendía mi luna de plata. Me senté al lado de Nadia sobre el pasto. Como si no hubiera sucedido nada, mi alumna me extendió solícitamente la Libreta de apuntes. Siempre he pensado que hay que abordar por la tangente los temas elusivos; este es el ángulo por el que menos esperan ser atrapados. Tuve una premonición de lo que era ser viejo antes de venir a convertirme en viejo en esta Casa. Contra un poste en una calle cerca de un río vi a un viejo; lo vigilaba un enfermero que no advirtió cuando, compungido, me solté a llorar.

Con el trozo de lápiz con punta, triste amanuense que soy, escribo lo que la nana me dicta; hija. Florencia tenía mucho que contar.

"Encargar un jarabe para la tos no era acarrear chismes de una casa a otra, y menos cuando todas las casas eran de una misma

familia. Mientras detallaba a la cuñada de mamá que la mamá quería el jarabe de eucalipto, la cuñada me contaba a señas que la otra cuñada había azotado a su esposo, es decir, el hermano de mamá. ¿Era chisme informar a la mamá? Ella tenía que saberlo; si no ella, ¿quién iba a rescatar al señor? Basta con que algo pase a ser recuerdo para que sea triste, ¿no cree usted, señor? Me parece que esto es así aunque se trate de días o momentos felices, pero yo no sé bien si esto tenga algo de verdad.

"De lo que disfrutaba en la vida fue quedando mi gusto por los malvaviscos. A veces me comía una bolsa entera, yo sola, sentada en el borde de la cama de mi cuartucho, meciéndome, ora uno color de rosa, ora uno blanco.

"Me gustaba recordar al portero del establo al otro lado del río, de sombrero y chaleco; me gustaba acompañar de compras a la mamá. Una tarde recorrimos no sé cuántas tiendas hasta encontrar un sacacorchos para el esposo de Nadia. 'Tómese una copita con nosotros', me invitaba; pero hacía años que yo no probaba una gota de alcohol. 'Ni una gota', me reía al agradecerle de cualquier forma la invitación. Con él me esmeraba en mi vocabulario más que con nadie.

"Me hacía reír que al papá de Nadia le diera risa verme barrer. A señas, me decía, 'El palo de la escoba está cada vez más alto que tú, Florencia'. Cargué a los niños en brazos, para que, cuando al final fui a dar al hospital, el menor me cargara en brazos a mí. Encontró un colchón en el sótano del Seguro y durmió en el suelo, al lado de mi cama, como dormía yo, al lado de su cuna, cuando él nació. ¡Cómo se las arregla la vida para darle vuelta a todo, ¿no le parece?! No sé si me entienda; pero no puedo expresarme mejor. Mis últimas semanas las pasé con los nervios alterados, si así se dice. Yo no era así. Pero, si estaba con mis sobrinos, extrañaba a la mamá; y si estaba con la mamá, extrañaba a mis sobrinos. Me sentía mal. Esa situación era muy dolorosa para mí. Mi enfermedad resultó ser latosa. No me daba descanso el intestino, ¿me entiende? La cosa se fue agudizando, según decía el doctor y, sólo de pensar que me impedía ponerme a hacer mis cosas, me hacía sentir peor, con una debilidad que no hacía sino desalentarme, ¿cómo le diré? En medio de todo, que mis dos familias tuvieran que turnarse en cuidarme, sirvió para ir quedando en paz con todos. Se portaron atentos y cariñosos conmigo. Los viejos detenemos el tiempo pues, con sinsabores y todo, queremos la vida. Por eso no me avergonzaba considerarme jovial."

—Nadia, alcánzame el trapo que cuelga de alguna rama —pedí, la vista se me había nublado y no sabía ni siquiera si nos encontrábamos adentro o afuera—. Y no se te olvide cerrar la ventana y apagar la luz.

Capítulo dieciocho
Entablo un diálogo crítico con Nadia

Después del chubasco de emociones que nos cayó con las palabras de Florencia que evoqué, dormí inquieto, no sé cómo le habrá ido a Nadia. Pero, a la mañana siguiente, nos encontramos como purificados, quizá bajo el influjo del término "jovial" con el que nuestro personaje terminó su parlamento. Al saludarnos maestro y alumna, de un extremo al otro de la mesa en el salón de clases, era evidente nuestro buen humor.

—Quiero leche, niña; al mal paso hay que darle prisa. Te veo con deseos de poner un pie en el estribo. ¿Te tomarías una copa de vino conmigo antes de partir? ¿A dónde irás? No hemos rematado el cuento. Es posible que la imagen esté dada; pero, ¿el espíritu? El adecuado, ¿recorre nuestro idilio? Quiéreme como te quiero. Pero no perdamos más el tiempo, mi niña. De tarea para hoy te pedí que leyeras lo que llevamos hecho y me hicieras una crítica despiadada. ¿Empezamos? ¿Mi novela es una serpentina desenrollada? O no es nada.

¡Pobre de mí! Tengo que ser un imbécil para someterme a un juicio sin haber sido orillado ni acorralado. Me arranco el pelo de la peluca y me desgarro la bata debajo de la capa.

A propósito llegué tarde al salón. Dormí, con tal de no desayunar con los insomnes; abomino de ellos; creen que son privilegiados y que mantienen una relación única con la noche. Cualquiera conoce la oscuridad y lo bien que la luna ilumina cuando quiere. Oí la Oda a la Alegría para tardarme todavía más en cruzar el umbral y enfrentar a mi alumna malhumorada que, sin embargo, hoy me sonrió.

Le brillaban los ojos. Me dio gusto, a pesar de que temí que tanta irradiación se debiera a que ella sabía que su crítica me iba a hacer pedazos. Me lo busqué. De listo no tengo nada; y de inteligente, tanto, que vine a dar a esta Casa en el Cerro a la que entré a la fuerza, pero de la que ni a la fuerza es fácil salir. ¿Y quién querría salir, una vez conseguido el pase al paraíso transitorio que es esta nube?

—Puede ser, Ruiseñor —empezó a hablar Nadiaoráculo—; puede ser que en tus páginas des una idea de lo que fue Florencia. Pero, aparte de que la idea que das es más bien pobre, dejas mucho que desear. Me extraña que no recogieras el episodio del gallo.

—¡Sí lo recogí! Olvidadiza arena de mis tormentos; ¿ya no te acuerdas, Nadia? —salí en mi propia defensa.

—No me interrumpas a cada rato. Aprende a tolerar la crítica.

Para empezar, atrévete a discutir cuando tengas todos los elementos agarrados por el puño; no antes —se dio vuelo, Nadia.

—El gallo. Muy bien —cedí—. Florencia te regaló uno disecado que te gustó pero, como llegó con jaula y ésta te disgustó, después de un tiempo de dejar ambos a la vista para que Florencia no se sintiera ofendida, te deshiciste de la jaula y metiste el gallo a tu estudio, donde sólo tú lo veías.

—Bien. Pero, ¿cuál fue la reacción de mi nana, maestro Ruiseñor? De ella es de quien pretendemos hacer el retrato hablado; no de mí. Tienes que contar el episodio de modo que la forma en que lo narres sea la encargada de transmitir lo que sea que quieras hacer llegar al corazón del lector. ¡Zuuuum, al blanco!

—Tu nana, niña querida, se resintió. Te reclamó. ¿Cómo demostró su resentimiento? Se dirigió a ti con voz entrecortada, como si sin llorar se le dificultara enormemente reclamarte el feo que le hiciste, limitándose a la comunicación estrictamente oral del mensaje, utilizando un lenguaje preciso y, sobre todo, sin vocabulario procaz, o altisonante, y, en particular, sin escupirte, golpearte, arañarte ni empujarte, aunque sí hiriéndote. Cuando le aseguraste que ahora el gallo estaba más cerca de ti que antes, se le llenaron los ojos de lágrimas y apretó los labios.

—Pasa. Con lo que dices, más o menos haces un trazo de mi nana. Pero no dijiste nada de su relación con el dinero, los adelantos que pedía, los préstamos, el cambio que se guardaba, la maña de echar en el carrito de mamá en el supermercado los antojos que ella quería, y que por lo tanto correspondía a ella pagar.

—Pero recogí cuando te recordaba, Nadia, que a fin de año dejaras al diarero un sobre con un billete además de la caja de galletas, que no podía faltar. Cómo se lamentó Florencia cuando supo que habían atropellado al repartidor y que había muerto. Cuando en una nota te lo informó, al lado del nombre del pobre hombre estampó las siglas, "Q.e.p.d." ¿Tú habrías sido capaz en los buenos tiempos de pedir a este trabajador que te llevara a sus niños para que los conocieras? ¿Te habrías reído de gusto al verlos, uno por uno, bañados y vestidos para la ocasión? ¿Qué calidad de abrazo les habrías dado? ¿De beso? Florencia se los llevaba al pecho, y alzaba las cejas y asentía una y otra vez con la cabeza para dar a entender lo grandes que los encontraba, lo hermosos y limpios, lo prometedores.

—Bien; bien, Ruiseñor. ¿Y qué me dices de la temporada de Florencia en Miami?

—Si no la incluí en mi relato fue porque me pareció innecesario hacerlo. ¿Para qué mancillar el recuerdo de Florencia? —interpuse.

—Para ella no fue ninguna mancha; aprendió de la experiencia. ¿Quién eres para decidir lo que mancilla a un personaje o lo que lo

enaltece, querido maestro?

—Florencia se fue para poder pagar sus deudas. Pedía prestado a las amigas de tu mamá, a espaldas de ésta, y cuando tu mamá se enteró, la nana se avergonzó tanto que quiso reparar cuanto antes el mal. Desde el punto de vista de la nana, era como lavar con sus lágrimas los pies de tu mamá. Sí, Nadia. Sí. Tenías razón. Me faltaban algunos trazos. ¿Crees que haya otros que he dejado fuera?

—¡Cómo no! Su deseo de complacer —me recordó Nadia.

—¡Ése sí quedó registrado! —me defendí.

—No lo suficiente. Y no te defiendas. Aprende a tolerar la crítica; no eres perfecto. Te falta humildad, Ruiseñor —azuzó Nadia.

En ese momento, si hubiera tenido un nido de arañas, se lo suelto en la cabeza, de lo humillado que me hizo sentir. ¡Atrevida! ¿Desde cuándo un alumno trata de semejante manera a su maestro? Ingrata.

Por fin, algo repuesto, pude replicar:

—¿Y tú sí, no? —me vengué—. Piernas perfectas, pero cuello que empieza a arrugarse —le espeté, una invectiva tras otra.

—Síguele —interpuso ella—; desquítate. Pero delinea con más firmeza a tu personaje, o tu novela se irá al diablo —dictaminó Nadia.

—¡Véngate, osada! Pero dime, ¿oyes a Florencia? ¿La ves? ¿La recordarás? Yo necesitaba saber.

—A decir verdad, sí, Ruiseñor. Pero me temo que quien se olvidó de Aristóteles y su teoría de la verosimilitud versus la verdad, en literatura, eres tú, el maestro. Florencia hablaba como tú la has hecho hablar. Pero esa es la verdad; y para que sea literaria, lo que tiene que ser es verosímil. Es decir, debes rebajar un poco el nivel de su lengua. ¿Me entiendes? Debes falsearla un poco para hacerla verdadera. Ay.

—Bueno, bueno; intentaré. ¡Qué difícil te me estás poniendo! ¿Crees que sabes lo que dices?

—Cuántas preguntas una tras otra, Ruiseñor. En parte, sí; en parte, no. Pero, para atenerme a si el personaje será memorable o no, ¿cómo sé si yo la voy a recordar si no ha pasado el tiempo como para saber si la recordaré y poderte afirmar que la recordé o no? —me lanzó mi niña, en una sola emisión de voz.

—Te crees muy lista, Nadia. Lo que sucede es que te da envidia que yo sí hubiera podido construir un personaje, crearlo, realmente, pues salió de la nada, y en cambio tú apenas si pudiste medio reconstruir al tuyo. Encima, negabas todo lo que yo te señalaba. Eres una envidiosa. Y se te va a revertir. Fait attention, petite! —me vengué.

—Se ve que te estás reponiendo, Ruiseñor. Ya volviste a hablar francés.

—Y se ve que tú también, porque ya empezaste a hablar, tout court, niña.

—¿No te digo? Pero a ver, Ruiseñor, ¿por qué no contaste que Florencia se endeudaba para dar dinero a mis hermanos los jóvenes y solteros para que tuvieran con qué llevar a sus novias de aquí para allá?

Sentí que debía desviar el tema, seguir la vieja estrategia de la liebre para evadir al cazador. Le pregunté si las llevaba a hoteles o a moteles.

—No te pases de listo; contesta mi pregunta, Ruiseñor. Por cierto, ¿qué me dices de la Biblia que mandó pedir mi nana desde su lecho de muerte?

—Que en su agonía pidió su ejemplar; se lo había regalado tu papá, Nadia —contesté, como el alumno que sí aprendió la lección—. Lo que extrañó a musulmanes y maronitas, pues ni tu papá ni tu nana habían sido nada religiosos y, más bien, fueron no tanto ateos como antirreligiosos. Los dos eran lectores, y afectos a la historia y a la cultura, cada uno desde su propio peldaño, para que se entienda: diferencias culturales, y de educación en general. Florencia pegó en la puerta de su cuarto un poema, un mal poema, que hablaba de Dios, cosa que de igual modo extrañó a cuantos lo vieron. Su confidente Clementina llegó a ser la única persona que intentó averiguar el origen del misterio. Al pie de tu ventana, le preguntó, "¿De dónde recortó esa oración, Florencia?".

—Querido Ruiseñor, tus conjeturas están muy bien expuestas; pero, lo que llamó mi atención, fue que calificaras a Clementina de confidente de Florencia. ¿No te parece un cargo demasiado delicado para soltarlo sin mayores fundamentos? ¿Qué grandes revelaciones o secretos o chismes podían ser traficados entre ellas? —quiso saber Nadia.

—Ay, niña. La cosa es más simple de lo que crees. Tu nana confiaba en tu cocinera, eso es todo. Es una necesidad natural, eso de contar con alguien de confianza en tu propio gremio. Clementina era fiel y segura; qué mejores características para ser confidente, ¿no te parece?

—No apliques al pasado las explicaciones que sólo le puedes dar en el presente. Sin embargo, dime, Ruiseñor, ¿qué tan íntima podía ser la fuente de ese poema como para que sólo alguien con el extenuante cargo de confidente pudiera averiguarla?

—¡Qué envalentonada te me estás poniendo, *Pensadora*! Si me referí a los cuchicheos que intercambiaban tu nana y tu cocinera debajo del pretil de tu ventana fue porque en dos o tres ocasiones Florencia sí se abrió de pecho ante la buena Clementina. Bajaba la voz y le confiaba los pormenores de los jaloneos emocionales que tenían lugar por ejemplo entre ella y los demás miembros del servicio de tu mamá entre los cuales, se sobreentiende, no incluía al matrimonio del

que Clementina era la esposa y Gilberto el marido; jaloneos como el de que Candelaria quisiera saber cuánto le regalaban ustedes a Florencia a fin de año; o el de que tú hubieras tirado a la basura una bolsa de lona que te dieron en una librería, cuando ella te la había pedido expresamente; o como el de que sus sobrinos quedaran en pasar por ella para llevarla de paseo, o al Seguro, y no llegaran por ella ni la mantuvieran al tanto de por qué **la dejaban** esperando, insensibles a lo que removía en Florencia el quebranto de *esa* exacta promesa de volver por ella.

—¿Y das a esa chismería la categoría de confidencia, Ruiseñor?

—Ay, Nadia. Qué quisquillosa eres con el lenguaje metafísico. Lo que para ti es intrascendente, mujercita, para tu nana podía haber sido trascendental. ¿No te das cuenta del miedo que tenía de ser destituida de cualquiera de sus dos familias? Cuidaba a ambas abrumadoramente. No en exclusivo por medio de los servicios, en ocasiones oficiosos y abrumadores, que les hacía a unos y otros, como también por las atenciones, los regalos/

—El afecto/

—Sí; sí; el afecto, Nadia, que les brindaba a todos; desbordante; asfixiante. Se veía en la situación de tener que soportar los corajes que le provocaban, por tonterías, si quieres, los miembros de sus familias; sufrir las humillaciones con tal de no ser rechazada/

—¿Qué dices? ¿De qué estás hablando, Ruiseñor? ¿Qué, quién, cuándo? ¿Humillaciones? No exageres. Hay de verosimilitud a verosimilitud, ¿no? ¿No estarás exagerando en la técnica de mezclar a diferentes personas, convirtiendo en una sola, vidas que son independientes? ¿No estarás creando un monstruo en lugar de un ser humano adorable? —interpuso Nadia.

—¿No te parece humillante que sus sobrinos no le dieran llave de la casa? ¿O que, cuando se rompió no sé qué empaque del mezclador de su lavabo tuviera que cepillarse los dientes en el fregadero de tu lavandería?

—¡Eres un exagerado y no entiendes nada! —increpó mi pupila—. Si sus sobrinos le quitaron las llaves de la casa fue, sin duda, porque ella dejó de llegar a aquella, casa por su pie. A partir de un momento dado, no volvió a casa de su hermana a menos que sus sobrinos la recogieran y la llevaran. Estos hechos cambian el panorama, ¿no? En cuanto a lo del fregadero del planchador de la casa, ¿qué querías que hiciéramos? La nana siempre madrugó. Necesitaba lavarse antes de las cinco de la mañana. ¿Querías que yo me levantara a abrirle para que ella usara un baño de adentro mientras el plomero Dionisio no arreglara el suyo, que estaba en el patio de atrás? El plomero, cuyo aspecto era más de deshollinador que de plomero, podía tardar días en acudir a nuestro llamado y más días aún en conseguir las piezas que

necesitara para arreglar los baños. Dejo a tu imaginación, para no abusar de tu paciencia, los detalles de cómo trabajaba, por lo que hace a limpieza, por ejemplo, para no referirnos a la eficacia. Ahora bien, de estas circunstancias perfectamente comprensibles, saltar a llamarlas humillaciones, ¡se ve la saña, Monsieur!

—¡Cómo te ofendí! ¡Cómo te defiendes! Ay, Nadia. ¿Qué me dices de que tu nana, por las razones que fueran, pensara que con este trato la humillaban? Su reacción de resentimiento a mí me parecería natural; sobre todo si, metiéndome en sus zapatos, comparara cómo trataba ella a quienes, en cambio, a ella la trataban de estas maneras que ella interpretaba como humillantes, ¿Te atreverías a jurar que nadie, ningún miembro de ninguna de las dos familias sintió por lo menos un poco de culpa cuando ella murió? ¿Cómo se podían haber conducido con ella versus cómo lo hicieron; esos remordimientos a destiempo, cuando ya no hay ninguna posibilidad de repararlos?

—Ahí estás de nuevo con tu Ley del talión, Ruiseñor. Crees que toda la gente es resentida como tú. Y confundes humillar con ofender.

—Yo no soy resentido, pequeña.

—Basta. Dejo pasar por buenas, una vez más, tus deducciones. Después de todo, se trata de tu novela; no de la mía. El maestro eres tú.

—Dejémonos los dos de tonterías. Dime, ¿decías que Florencia madrugaba? ¿Era insomne como yo?

—No sé si "como" tú, Ruiseñor. Sé que veía películas por televisión a altas horas de la noche y que le gustaba levantarse antes que mi papá, que también madrugaba, para ser ella quien le preparara el café y recogiera el periódico por él para ponérselo al lado de la taza sobre la mesa. Lo que también sé, además, es que por una vez que recordó un sueño que incluí en mi manuscrito, tú lo dejaste fuera.

—¡No me lo contó de viva voz, Nadia!

—Pero lo leíste en mi novela, olvidadizo —me espetó avivada y locuaz.

—Pues no recuerdo todo, memoriosa.

—Se nota; pero, para novelista, ¡qué descuidado!

—Touché. Además, yo de sueños no sé gran cosa. No sueño, para empezar, querida.

—Todos soñamos —acotó Marisabidilla—. Otra cosa es que los olvidadizos no recuerden lo que sueñan. Cuando uno por esto o por aquello pasa una noche de veras sin dormir y, por lo tanto, efectivamente no sueña, se comporta como loco, alucina y todo eso; hace locuras de verdad.

—Pues se ve que hace unos cuantos años no duermo —bromeé.

—Hay otros motivos de locura, Ruiseñor. Pero no nos desviemos del tema. El sueño de mi nana no puede quedarse fuera; algo añadirá

a la representación que estamos intentando hacer de su persona.

—Empiezo a recordar lo que escribiste. Se soñó rica, ¿no?

—Más que rica; millonaria; multi, multimillonaria. Pero eso no es todo, aunque sí hable, supongo, de un deseo suyo muy arraigado. Que, aparte de que lo hubiera soñado, me lo contara, habla de su inocencia, y éste es un rasgo que sí hay que añadir al retrato.

—Sí; tienes razón, Nadia. Tu mamá tenía una amiga/

—En realidad, era amiga de mi abuela. Pero sigue; no te interrumpo. ¿Qué más recuerdas del sueño, Ruiseñor? Me interesa saber qué quedó de él de tu lectura.

—Florencia soñó que ella era esa amiga de tu abuelita, que se llamaba doña Silvia. La ropa de doña Silvia, y hasta el color del pelo, en Florencia, la transformaron en doña Silvia. Florencia se reía mientras te contaba el sueño, y tú pensaste, "¿Cómo es posible que nunca nos hubiéramos dado cuenta, hasta ahora que lo señala mi nana, de lo parecidas que son, ella y Silvia, una especie de mellizas que la vida separó para hacer de una de ellas una millonaria y, de la otra, una despojada de una obscura herencia. Se parecían enormemente de estatura, de aspecto más bien cuadrado de torso, manos pequeñas". Pero un par de manos, era el de una señora que se da manicura; dedos llenos de anillos de diamantes y piedras preciosas; mientras que el otro par de manos, en cambio, el de una persona que no ha dejado de trabajar en toda su vida. Pero en el sueño, la diferencia se borró. Florencia soñó que iba a comer a un restaurante de lujo. Una de sus propias empleadas colocaba un taburete acojinado debajo de la mesa para que ella pudiera descansar la pierna sobre él. Los meseros la llamaban doña Florencia; la trataban con mayores reverencias que a las demás señoras con las que se sentaba a comer FlorenciaSilvia (me pregunto, ¿habrá soñado a tu mamá como una de esas otras señoras con las que comía y a las que los meseros no servían tan esmeradamente como a ella? Y, en cuanto a las demás señoras, ¿no eran las mismas a las que, en sus comienzos, la nana pidió prestado a espaldas de tu mamá?). Fuera como fuera, no bien quedaba instalada Florencia a la mesa, con la pierna sobre el taburete, los meseros le llevaban un limón partido sobre un pequeño plato redondo de plata. Y ella, con unas gotas del limón, procedía a limpiar, personal y meticulosamente, los cubiertos con los que se disponía a comer. El sueño siguió. Florencia se vio de viaje, rodeada de ustedes y de sus sobrinos, mezclados en una sola familia entre la que los hijos y los nietos eran de ella. El viaje era en barco. A la hora de dormir, uno de ustedes colocaba en la cabecera de la cama del camarote la almohada de plumas de ganso con la que FlorenciaSilvia viajaba. Florencia se reía al contarte cómo se soñó. "¡En el cuerpo y en la persona de doña Silvia! ¡Qué tonta soy!", exclamó; "En esos placeres me sentiría

incómoda, niña; no son los míos. Tú sabes que prefiero sentarme al lado de tu papá en la terraza y ver el piracanto que él ve toda la mañana, que limpiar mis cubiertos, de por sí más que relucientes de limpios, con limón; o que viajar con todo y una almohada. ¿Te imaginas? ¡Qué sueño tan tonto, Nadia!”

—Lo más increíble del sueño de mi nana fue que, mientras me lo contaba, ceceaba como doña Silvia, que realmente hablaba así, por un defecto suyo. Te lo aclaro porque no era porque fuera española —aseveró Nadia.

—Pero si Florencia no quería ser rica, ¿por qué se soñó millonaria? ¿Por envidia? ¿Qué habrá lamentado más, no tener dinero o no haber tenido hijos? En todo caso, en el sueño se vio más respetada que entre personas que, en la vida real y a su juicio, llegaron a faltarle al respeto.

—No lo sé —replicó Nadia—; pero Florencia no era envidiosa. Tal vez quería tener dinero, y en este caso no era más que para poder dar más a sus sobrinos y a nosotros. Quería mandar a no sé cuál de los niños a conocer la catedral de Santa Maria dei Fiore, en Florencia, no por otro motivo que le constara, sino por lo menos por honrar su nombre —recordó.

—Según leí en tu manuscrito que, entre paréntesis, espero que no hayas hecho polvo, supuestamente nació rica pero fue despojada. Su mamá la abandonó; el papá murió; el capataz, a cuyo cargo natural había quedado, la llevó a un orfanato y se desentendió. No volvió por ella. Florencia se quedó con la sensación de que el capataz, o las circunstancias, le jugaron chueco y le quitaron lo que le correspondía, ¿no? Pero, ¿cómo crees tú, mi querida discípula, que vaya saliendo esto? ¿Ya habremos delineado mejor al personaje? ¿Ya le habremos infundido el soplo divino? Contéstame mañana, pequeña; me parece que por hoy, es suficiente. Ten presente la idea de que Florencia se quedó esperando; y de que siempre anheló más de lo que obtuvo. Y, lo peor, que tenía motivos.

Capítulo diecinueve
Ato cabos sueltos con mi alumna

A pesar de que las preguntas que formulé a Nadia para terminar la lección anterior carecían de respuesta, Nadia se mostró solícita para contestarlas.

—Alguien —propuso no bien nos dimos los buenos días—, alguien, que no fuéramos ni tú ni yo, tendría que leer lo que llevamos escrito y decirnos si la historia tiene vida y respira o si nació asfixiada.

—¿Quieres decir alguien que hubiera conocido a Florencia? ¡No me vayas a salir, hechicera, con que el alguien podría ser tu esposo! Con él no juego, que bien sé de quién se trata. Aprovecho para reclamarte no habérmelo dicho tú; solapar identidades es dar un golpe bajo. Sea como sea, si se lo das a leer a él, las corto contigo y no vuelvo a dirigirte la palabra, por traidora y desleal.

—Oye, oye; ¿qué te pasa esta mañana, Ruiseñor? ¿Quién dijo que se lo íbamos a dar a leer a él? ¿Acaso está a nuestra disposición así como así? ¿No tiene su propio quehacer, que es mucho, y al que se dedica enteramente? O, ¿es interno de esta Casa, está a mano, como para que le pidamos que lo lea y nos dé su opinión? Y, si fuera uno más entre nosotros, ¿qué te hace pensar que aceptaría el paquete de leer el manuscrito de un par de pobres aficionados? Él tiene su propio trabajo; está desbordado. Además, la verdad es que se me antojaría más bien que lo leyera alguien que no hubiera conocido a Florencia, a ver qué nos podía decir, a ver qué le podría haber dado nuestro trabajo por y en sí mismo. Me interesa saber qué transmitimos de mi nana con nuestras propias palabras, con la torpeza que nos ha caracterizado en estas clases de cómo escribir una novela con la intención de que perdure, que son lo que han sido, ¿no?

—¿Torpeza? ¿Torpeza, Nadia? ¡La tuya, insolente! ¿Cómo te atreves a calificar despectivamente el desempeño de tu maestro? Desprecio y desenfado. ¡Mujer sabelotodo, consentida, berrinchuda, mordaz! Guardémonos la distancia, deslenguada, indolente.

—Aparte, falta el final, querido maestro. No sé ni cómo hemos llegado hasta aquí. Hemos armado esto a salto de mata y, encima, en medio de discusiones, forcejeos y enojos. Hace falta que un tercer ojo entre en acción y lea fríamente nuestro legajo. ¿A quién podríamos recurrir en esta Casa? ¿A quién, que quisiera sentarse en la mecedora, frente al fuego, y leernos durante una noche de invierno?

—No junto al fuego, querida; nos estaríamos buscando un desenlace poco aconsejable. En todo caso, tienes razón; primero, el

final; no hay que comer ansias, ni siquiera cuando ya te comiste la última de tus uñas a mordiscos.

—¿Y qué te hace pensar que el final es lo único que falta al manuscrito? ¿Crees que lo que llevas hecho es literario, por ejemplo? —insistió Nadia.

—¿Qué sabes tú, ilusa, lo que es literario y lo que no lo es? Por otra parte, ¿quién lo va a firmar, tú o yo? —pregunté a mi alumna.

—Fírmelo quien lo firme, si se lo damos a leer a algún escritor famoso, la gente dirá que lo escribió él —temió Nadia.

—¡Así me gusta! ¿Crees que nuestra novela es tan buena que pasaría como escrita por un escritor famoso, Nadia?

—Dirían que, si no la firmó él, la escribió con descuido para que la pudiéramos firmar nosotros sin levantar sospechas —urdió la derrotista Nadia.

—Qué enredo de identidades has hecho, apocada Nadia.

—Y tú no des zancadas, Ruiseñor. Dime, ¿supones que esto es, para empezar, una novela? ¿Tiene planteamiento, trama o argumento, nudo, tema, desenlace, digresión, protagonista, personajes secundarios; tiene sentido; tiene vida; añade algo? ¿Qué es esto, en lo que hemos empeñado saber, trabajo, intuición, malicia, ilusiones? A medida que avanzas en la lectura, ¿quieres saber qué va a suceder? ¿Te interesa; te entretiene? ¿Entiendes su humor particular?

—No te me pongas lírica, hija, que me ha costado mucho mantenerte bajo control, con los pies en la tierra, aun en medio de los temblores más sacudidos imaginables que hemos sufrido. Por otro lado, lo del nudo y el desenlace se pide del cuento, Nadia, no de la novela. Es más, se pedía; yo ya no sé si eso es lo que todavía se pide ahora. ¿Qué hemos hecho? Hemos contado la vida de Florencia, ¿no? Y lo hemos hecho con un espíritu que no sé definir sino como en passant, que es el bueno. O en fin, tu intención era que la nana se quedara por acá otro rato, aunque fuera en papel y letras, ¿no? Y esto parece que sí lo conseguimos; por lo menos, mientras lo conformamos.

—Sin embargo, me temo que no logramos ponerla en conflicto, y para que una novela se dé, eso es algo de lo que hay que hacer, ¿no, maestro? Y en cuanto al buen ánimo de Florencia, ¿lo habremos recogido? ¿Habremos logrado transmitirlo? O, a todo esto, ¿en qué consiste realmente el buen ánimo en general? ¿Y el de mi nana en particular?

—No lo podría definir pequeña; pero sé que lo recogimos y que lo transmitimos —aseguré a mi insegura alumna, más deseoso que convencido de que así fuera en realidad. El buen ánimo de Florencia radicaba en su principio de preferir que la encontraran muerta trabajando, que a la espera en una silla. Es decir, creía en el trabajo, y esto teñía sus días de afabilidad, por más que lo hiciera un tanto

irónicamente.

—¿Ah, sí? Pero, ¿en qué episodio exactamente? ¿Me podrías decir? Me temo que se me haya pasado, o que yo haya pasado por él sin advertirlo. En blanco, Ruiseñor. O que, de plano, no sé nada de nada, ni he aprendido nada de nada, y lo mejor sería que siguiera de archivista en la Procuraduría General de la Nación.

—El buen ánimo de Florencia está, hija; bien que está presente. ¿En qué episodio, preguntas? En el de la vida. ¿O no te pareció la suya lo suficientemente adversa?

—Bueno; ahora el que empieza a inclinarse hacia el lirismo es otro. Cuidado. Sin embargo, querido maestro, tu argumentación me parece algo abstracta, por infundada. Tendría que contar con unas cualidades en el lector que no sé si el lector posea. Sutileza, por ejemplo, es una; perspicacia; capacidad de introspección/

—De todo lo cual suele carecer, en efecto, niña, por no insinuar que un buen novelista logra producir todo eso hasta en el más negado de los lectores. Pero, en fin, hay que hacerse un poco de la vista gorda, si quiere salir a flote en su miserable vida el novelista, bueno o malo, pero bien intencionado. Sea como sea, creo que, por lo que hace a nuestro personaje, que haya vivido ochenta años sin mayores protestas y hasta contenta/

—Dejémoslo ahí por ahora; si seguimos profundizando, vamos a terminar por deshacer hasta pulverizar lo que hemos hecho, y quedarnos con las manos vacías. ¿Qué crees que entendía la nana de su situación al pedir la Biblia que mi papá le regaló y justificar tan sorprendente solicitud diciendo que quería llevarse “el recuerdo de él”, cita literal? Proponerte esta reflexión es, al menos, concreta, Ruiseñor.

—No sé; pero no deja de ser inquietante que, al final, la cuestión se redujera a enterrar a Florencia al lado de Ernestina, cuya muerte/

—Ernestina, que no se llamaba así/

—Y que no era su hermana real/

—Real sí, Ruiseñor; sólo que en los términos de la orfandad.

—Bien, chica. Pero ya volvimos a desviarnos. Me interesó tu pregunta. ¿Qué entendía Florencia que le estaba sucediendo, verdad, como para querer llevarse etcétera? Llevarse el recuerdo de tu papá, ¿a dónde, no? ¿Y no quería llevarse el recuerdo de los demás?

—No sé. El mío, no creo. Nunca le gustaron las capas que le regalé (al verte usar la tuya, me temo que, en cambio, habrían hecho tus delicias). No tendría por qué querer que se las hicieran llegar a su lecho de muerte para recordarme a mí, o para llevarse un recuerdo de mí: es más, ni siquiera para que la abrigaran mientras ella acababa de irse a donde se daba cuenta de que se estaba yendo. Por otra parte, quién no preferiría que lo que regalara a otro gustara tanto a este otro

que, en su hora final, lo quisiera tener consigo, ahí, sin ni siquiera pensar en llevárselo con él a ningún lado ni nada. Por mi parte, llegué a lamentar no haber acertado en regalarle algo que le gustara. Por ejemplo, me incomodaba que las capas que le di más bien le estorbaran. La de invierno, le estorbaba para barrer, decía, y la hacía parecer "enana, más que simplemente nana"; y la que era impermeable nunca la usó, cuando a mí me hacía pensar en un jinete a campo traviesa bajo una tormenta.

—Qué buenos sucesos le propiciaría tu capa, de haberla usado, niña. Jinete a campo traviesa bajo una tormenta, ¡ja! Ya te veo a ti a campo abierto, pisando tarántulas, confundiendo víboras con cinturones. Pero dime, Nadia, dime, ¿habrías descrito a Florencia como femenina?

—Pues no exactamente, pero ahora que me lo preguntas podría decirte que tampoco sostendría que mi nana tuviera aspecto o actitudes masculinas, para nada, querido Ruiseñor.

—¿Entonces? ¿Tenía alguna gracia característica? —pregunté, con verdadero ánimo de averiguarlo.

—Mira, es difícil decir. No usaba aretes ni ningún objeto de esos, ni de bisutería ni mucho menos genuinos. Ni siquiera llevaba reloj. Todo eso parecía estorbarle. Se arremangaba el suéter o la blusa porque, insistía, las mangas le incomodaban para barrer, igual que las capas. Tampoco se perfumaba. Quizás sí se untaba alguna crema de manos, siempre que no estuviera perfumada. Pero, ¿sabes, Ruiseñor?, tal vez en su sonrisa podría radicar la gracia que sin duda tenía; bueno, y se reía femeninamente, por decirlo de algún modo. Nunca a risotadas, aunque sí una risa franca, arrancada de dentro. Lo que la hacía reír, la hacía realmente reír, no sonreír o fingir que reía. Y muchas cosas simples la hacían reír. Que a Pachón se le enredara un chicle mascado en el pelambre, o que uno de los hijos de mis hermanos se sentara, al año y medio de edad, en la punta del zapato de su abuelita, que tomaba el té. Cosas así la hacían reír, y eran muchas y sucedían todo el tiempo. O era que ella las advertía. Pero, por otra parte, tenía una forma de rozar lo femenino que podría caracterizarla. Alzaba las cejas y apretaba los labios cuando, su tarde de salida, se ponía un saco encima y, al ver que alguno de nosotros notaba que llevaba puesta una prenda de vestir que no fuera del diario, hacía el gesto que te digo, acompañándose con una frase que podía ser, "Esta nana se va de juerga", para hacernos creer que suponía que nosotros pensábamos que ella, efectivamente, se iba a ir de juerga, pero a sabiendas de que sabíamos que, como hacía en su tarde de salida, iría al Seguro y, después, directamente a casa de su hermana, a su cuchitril o cuarto del patio de atrás de allá, pues sólo en las grandes ocasiones, que cada vez fueron más esporádicas, llevaba a

sus sobrinos al cine, o les pedía que la llevaran de compras. Ya te he contado que, salvo los últimos años, solía gastar su sueldo en regalos para sus sobrinos o para nosotros.

—¿Como el gallo disecado que no te gustó, por melindrosa, Nadia?

—Me gustó el gallo; la jaula es lo que no me gustó, Ruiseñor jeringón. Pero, para terminar con el tema de si la nana era femenina o no, puedo añadir que, cuando llegó a casa de mis padres, y que nosotros éramos niños y hasta bebés, apareció vestida de blanco, medias, zapatos, uniforme de enfermera, delantal de nana. Almidonaba el delantal; si me abrazaba a mí, podía sentir la tiesura de la tela; nunca me ha gustado el almidón. La nana fue cambiando de atuendo a medida que pasaron los años. Al final, como viste con tus propios ojos, su modo de vestir era bastante peculiar, algunas veces la hacía parecer bombero, otras cazador, casi siempre obrero, o mezcla de todo esto, o nana, sólo que de pueblo en alguna posguerra.

—Yo crecí entre los hijos y los animales de mi nana, querida Nadia, rodeados de, aparte de un gallo, el buen Quiquiriquí, gallinas, una vaca y puercos, durmiendo encimados sobre petates; fui uno más de la prole, casi desnudo, a lo mucho con pañales. Los martes, mi respectiva nana, Julia, se reunía en bancas de palo con las otras mujeres del poblado a estudiar la Biblia, Nadia, para que veas que sí sé de lo que he estado hablando. Las nanas de aquí estudian la Biblia los martes, atrás de sus jacales de cartón y lámina, mientras sus hijos y nietos y sobrinos y ahijados y arrimados juegan en la tierra con los animales que a todos les dan de comer huevos, chicharrón, chuletas, jamones, cosas así, y de beber leche, leche fresca de vaca, color blancuzco, o más bien, color hueso.

—Es el color para ropa favorito de mamá —interpuso Nadia.

—¡Vaya! Hasta que por fin la recuerdas sin endurecer tu expresión o perder la mirada en el tendedero y sus sábanas mecedoras. A ti no te quedaría ese color, es tan descolorido como tu piel. Julia era morena, y le sentaba. Como ha de haberle sentado a Florencia, tu nana, aunque no lo usó salvo mientras conservó su uniforme de enfermeranana.

—Mamá no es morena y ese color le sienta.

—Tu mamá ha de ser de un color avellanado, ¿no? El momentito que la vi/

—No la viste bien, Ruiseñor. Además, ese día no cuenta; ella estaba desesperada, casi sin arreglar. Yo/

—Tú estabas más desesperada, y sin embargo vi tu tranquilidad; fue como verte a través de tu desesperación. Para mí fuiste traslúcida y bella, arreglada o desarreglada, no sé lo que es esto último en ti, que tienes porte y/

—Basta Tornero. No te llamaré más Ruiseñor. Si crees que voy a caer en tus artes seductoras, estás equivocado. Sigamos con nuestro tema. ¿O ya lo das por cerrado? ¿Anotas o anoto la palabra “Fin”?

—¡Jamás! No me acorrales con tus amenazas, Nadia. Te quiero aquí siempre. Esto no tiene fin. Esto no debe terminar nunca, querida; ¡no me dejes!

—¿Qué te pasa? Estoy hablando de la novela. Aunque, por otra parte, ya que hablas de si me voy o me quedo o qué va a suceder, sabe que no he pensado en el asunto. Por lo que hace a finales, al final de este trabajo, del que tanto nos hemos estado ocupando, ¿te das cuenta de que llevamos días sin cumplir con otra rutina de la Casa que la de las comidas y la de dormir? ¡Ni al comedor hemos ido! Nos hemos perdido de ver a nuestros compañeros, cada uno con su tema, todos interesantes. A ratos creo que hemos desperdiciado la oportunidad de ocuparnos de ellos, de Lucía, por ejemplo, que tiene conferencias de larga distancia, directas, con el Presidente de los Estados Unidos en turno; de Lorena, que está segura de que le instalaron unos controles en los oídos que le dan órdenes y volumen; de doña Paquita, que grita que ya se quiere morir, y a la que sus parientes visitan tres minutos antes de que se acabe, los domingos, la hora de visitas. Cuántas historias he oído yo de las mujeres de aquí. ¿Y tú, de los hombres? Comoquiera que sea, las hemos dejado pasar todas. Qué tal la de la vieja Madame Levy que, en silla de ruedas, es llevada a un lugar preciso donde se juntan un montón de gatos salvajes para que ella les dé de comer. Además, mandamos al diablo las terapias, con otros momentos de sociabilidad, con las siestas, con los paseos programados. Días, Tornero, en este salón de clases, con descansos en los que seguimos trabajando, en la terraza, en la gruta, buscando pistas de Florencia a dondequiera que fuéramos, en el tendedero del patio de atrás, en los días en que venía el jardinero con su perro; en fin, quiero decir que al remate, en pocas palabras, de la novela, le veo un problema, querido maestro. Esta narración puede no terminar nunca. Tiene la característica de ser interminable. Lo que no sé es si este hecho es bueno o malo. ¿Por qué se nos dio así, con tantos problemas sin solución, Ruiseñor? Tú debes saber.

—Particularidades, pequeña, que no problemas; particularidades. Ya que hablas de problemas, ¿juegas a Freud conmigo? Nos metemos debajo de la mesa, que sea nuestra casita oscura, te acuestas a mis pies, yo me acomodo detrás de tu cabeza, y/

—De entrada, en tu juego yo voy a ser la paciente, ¿no? En el otro, yo era la alumna. Ay, Ruiseñor, siempre me ganas el lugar de honor; ¡y yo siempre acato el papel que me concedes y al que me someto! Por complacerte. Para que me quieras. Eres, además de hombre y mayor, listo y mañoso. Supongo que te levantabas del petate

antes que todos tus medios hermanitos y pasabas la lengua sobre las piezas de pan dulce que más te gustaban para que, cuando se acercaran los demás a desayunar, ninguno quisiera el pan lamido por ti.

—¿Cómo sabes? Además, si tú no hacías lo mismo era porque desde chica creíste que portarse bien, ser justo, comprender, complacer, ayudar y hasta sacrificarse, era el camino para ser el hijo consentido, ¿no? Te calé desde que te vi por primera vez. Y dime, ¿fuiste la consentida? Tus trabajos, ¿te llevaron más cerca del corazón de tu mamá que las travesuras y temeridades de tus hermanos los llevaron a ellos? ¿Quién fue el consentido de tu mamá? ¿Sabes cómo puedo saberlo sin que te molestes en urdir una respuesta que, de cualquier forma, no te creeré? Fácilmente. Aquel de tus hermanos al que le vaya mejor en la vida, habrá sido el consentido de tu mamá. No te molestes tampoco en defenderte, explicar o decir nada. Así como todos sus trabajos no llevaron a Florencia a *pertenecer* a ninguna de las dos familias a las que dedicó su vida (con persistentes miras a llegar a pertenecer a ellas), de igual modo pequeña, lo único que todos tus trabajos lograron por ti fue/ Ay, Nadia; perdóname. No tengo ningún derecho. Perdóname. Te veo tan desarticulada, que me ofusco. Perdóname.

—Por lo que parece, en lo que eres maestro es en el arte de fastidiar, ¿verdad, Ruiseñor? Ojalá te dieras cuenta, aunque no sé para qué, de que tú me metiste en esta historia y, además, tú insistes en que yo esté presente. De una vez te adelanto que, si has de publicar estas páginas, antes de hacerlo me saques de ellas. En todo caso, no es mi problema. Retomo nuestro asunto donde lo interrumpiste. Me preguntas si juego a Freud contigo; ¿tampoco has advertido que no has hecho otra cosa que jugar a Freud? Qué avergonzado te debes sentir por no haber pasado de ser, me temo que irremediablemente, apenas un paciente, uno cualquiera, por otra parte; a lo mucho un paciente aficionado a hacerle de Freud. Pero ya que me propones jugar, te confío que prefiero que sigamos jugando a que somos escritores, a que tú eres el maestro y yo la alumna. Me queda mejor este papel, como la ropa oscura; y creo que a ti también: como tu vestimenta de BrujoMago o lo que sea. Como escritores, podemos equivocarnos y no pasa nada. ¿Te imaginas lo que sería equivocarnos en el retrato de Florencia si a lo que estuviéramos jugando fuera a Freud? Conjeturar es siempre mejor que establecer, ¿no?

—Touché, touché. Lo que quiero que me digas, hija, desde el papel que sea que estés representando, es cuál crees tú que haya sido el drama, por escoger uno solo, de la vida de tu nana.

—¿Te parece poco el de que su mamá la haya abandonado, querido Tornero?

—No; ése está bien. Acuérdate de que yo también soy huérfano, y sé lo que se siente. Lo que no sé es si mamá que abandona por muerte, como fue mi caso, ocasiona igual desmadre —término nunca mejor aplicado— en un hijo, que mamá que abandona por hijadeputez como hizo la mamá de Florencia.

—Yo tampoco sé si será igual; es decir, no sé si el adjetivo "igual" sea el punto de comparación adecuado, maestro. Lo que sí sé es que te faltó mencionar en tu tajante enumeración el caso de la mamá que abandona simbólicamente.

—Uf. Finalmente, fuiste tú quien se tomó en serio lo de jugar a Freud, niña. ¿Cuál es el abandono simbólico, por una parte y, por otra, qué tipo de drama singular ocasiona?

—No tengo idea. Se me ocurre que es cuando la mamá estuvo ahí, pero no estuvo —conjeturó Fraülein Nadia.

—Ay, hija. Empiezo a seguir sin entender nada. Mejor vamos a oír la Oda a la Alegría.

Así que nos desplazamos al salón de música, a saciar la sed inmediata. Es más fácil saciar ésta, que la metafórica, que no se calma ni a largo plazo. Soñarse millonario cuando lo que añoras es a tu mamá, es material para alquimista. ¿Será posible que lo que Florencia anhelara fuera perder la vista en la contemplación del piracanto? Su añoranza, ¿era encontrable o inencontrable; alcanzable, o inalcanzable? Si era un sueño lo que satisfacía simbólicamente; si se trataba de su necesidad más recóndita, es claro que lo que buscaba era inencontrable. Irrecuperable; o que ni siquiera se tuvo. Estar vendría a ser un sinónimo de dar; abandonar, de quitar.

—Sí —dijo uno de los dos—; pero, ¿qué? ¿Leche?

—Leche —propuso el otro—; leche está bien, como metáfora o como realidad.

—Ay, niña, qué habría dado por ser tu nodriza o tú la mía, retrospectiva, anacrónica, simbólica, amamantosamente.

—Te gustan los finales, Ruiseñor. Y firmar. A todo esto, vuelvo a preguntarte, ¿quién va a firmar nuestro libro?

—No lo sé. Ya no sé de quién es nana nuestro personaje, si es el tuyo o si es el mío —por fin admití.

—Tú diste tantos rasgos de Julia, tu nana, a Florencia, la mía, Ruiseñor, que ya es otra nana. Creamos, como el doctor Frankenstein, un monstruo constituido de miembros, características, ideas, lenguaje, temores y deseos de personas diferentes, irreconocible, inencontrable; a ver si más bien es él quien acaba con nosotros. Lo ideal sería que la mezcla convirtiera a FlorenciaJulia en La Nana, y que lector que leyera tu libro, lector que recordara a *su* propia nana.

—¿Y no es ése uno de los principios que establecimos en estas lecciones, cara pupila, "de distintas personas, hacer una"?

—Sí, es cierto. Y me conviene, por lo que a mí hace, maestro. Porque, si hubiera dejado en su estricta pureza el retrato fidelísimo que hice de mi nana, según consta en mi manuscrito, el que consideraste inservible y desechable, ya me imagino cómo me pondrían sus parientes y mi familia. Tendría que ir a enfrentarlos a los tribunales.

—Que, ¿saben de mesura; saben de estilo? ¿Saben de literatura, querida alumna? —comenté, para meter chacota.

—No te pases de listo, Ruiseñor. Me demandarían por difamación, por libelo; no por mala escritora. Además, lo mejor sería que la firmaras tú, con tu nombre porfiriano.

—¿Porfiriano?

—¿O por qué te da por intercalar frasecitas en francés, cher Monsieur?

—Te vas por las ramas, y te ensartas en mis sueños; eres una chaquira azul hecha de luna, mi Nadia.

—La luna no es azul, Tornero.

—Pero tus ojos a veces parecen azulados, verdegrisazulados, Nadia. ¿Ves bien?

—Basta. Sigo con el tema. A ti no te demandaría nadie, Ruiseñor. Estás aquí; de afuera no recibes ni los periódicos.

—Nunca he leído periódicos, efectivamente. Conozco la historia del mundo y del hombre a través de la literatura; más allá, no me interesa. No creo en la exactitud, y el presente y sus noticias cotidianas son cuestiones exactas, por más que su motivación y su desenlace tiendan a lo inexacto, que, sí, es el espíritu que me gusta recorrer. La ambigüedad, la duda como última respuesta. La perplejidad. Pero, por otra parte, hablando de adentro y de afuera, de si soy demandable o no, ¿crees que nunca vaya a salir de esta Casa, Nadia?

—Así es.

—¿Qué te hace pensar que no voy a recuperarme? —le pregunté, mansa, servilmente.

—Tu luna; la luna que traes sobre el pecho —diagnosticó, maldosa.

—¿Despierta tus celos su cercanía a mí, su permanencia, su continuidad?

—Ay, Ruiseñor. Lo que quiero decir es/

—No digas más. Cuéntame cómo fue el entierro, Nadia; volvamos a nuestro tema.

—Muy bien. Dime, ¿qué recuerdas de él, según lo escrito en mi manuscrito, Ruiseñor?

—¡Otra vez! Me pones a prueba a mí siempre que te encuentras en aprietos tú. Recuerdo la raya del principio de las nalgas de uno de

los cuatro enterradores. Y no te ruborices con mi lenguaje; tu recato me lo provoca. Al sacar la tierra de la fosa, al deslizar la caja con las cuerdas, siempre que se agachaba, en pocas palabras, se le veía la raya que te digo, desfajado, barrigón, barriguete. Y recuerdo al que le dijo a tu hermano, "Servido, señor", antes de que tu hermano le agradeciera con un apretón de manos y unos pesos por su servicio. Por cierto, ¿de cuál de tus hermanos se trataba? ¿Del que durmió al lado de la cama de hospital de la nana, sobre el piso, en un colchón que encontró en el sótano del Seguro?

—Sí; él. Es el menor; fue el consentido de la nana.

—¿No eras tú, Nadia?

—Qué va. Conmigo se llevaba muy bien y punto. Pero, aparte de mamá, que para la nana era más que sólo su consentida, el consentido era mi hermano, el menor del montón. Por más que de él no hubiera querido "llevarse" nada; tal vez porque él está vivo. La única fotografía que había en su cuchitril era una de él, enmarcada, de cuando era bebé; él es, en todo caso, al que ella recibió literalmente recién nacido; los demás ya éramos niños de tres, cuatro, seis, siete años. Éramos más. Nos cuidó a todos; pero sólo a él, del que hablamos, lo tuvo en brazos, por así decir. Fue al único al que llegó a arrullar. Estrictamente hablando, fue del que Florencia fue *nana.*

—¿Despierta tus celos?

—¡Ruiseñor! ¿No tienes otra cosa en la cabeza que facilismo psicoanalítico? Los celos no son todo, en cuanto a lo que hace a las emociones, por si no sabes.

—Pues en ti, se acercan a serlo —le espeté.

—Ja.

—Jaea todo lo que quieras, ojos verdes; pero reflexiona y alcanza la verdad, me la confíes o no, niña.

—Te dejo ganar, Ruiseñor. Lo que sí, es que de paso te señalo que tienes muy poca, muy reducida capacidad de retención.

—¿De líquidos? ¿Acaso he llorado enfrente de ti, crítica?

—No retuviste, por ejemplo, cómo se veían las dos tumbas, en la bajada de una colina ante un barranco; la de mi nana Florencia al lado de la de su hermana.

—Una vez más, los dos arbolitos, ¿no, pequeña? Ahora fue tu mamá la que quedó fuera. ¿Al lado de cuál de las dos habría la nana querido quedar enterrada: su hermana o tu mamá? Las tres juntas no podía ser. Además, la muerte de la hermana/

—Ruiseñor, te excedes. No encuentro la gracia de tu necrofilia. Te ruego que retires del manuscrito la referencia a mi mamá. Sólo eso me faltaba; que ahora quepa la posibilidad de señalarme como matricida; sábelo que no lo soy. Ni siquiera simbólica, metafísica o abstractamente o como quieras llamarlo, aun para paliar.

—Despreocúpate; la culpa la traemos todos adentro, llegue a notarse, expresarse o no. Pero, ¿decías/

—Decía, aunque ha perdido sentido; decía, en fin, que parece que al omitirlo, nada te dijo la carpa que las autoridades montaron en el camposanto para que los que asistimos al entierro no pasáramos insolación ni ninguna otra incomodidad, ¿verdad, Ruiseñor?

—No lo recuerdo bien, pequeña, perdona. ¿Había cipreses, niña? Creo que es un dato que, a tu vez, tú no incluiste.

—Así es; no lo hice porque todavía no crecían. El lugar ése es nuevo; está algo despoblado. Por lo mismo lo describí parco.

—He ahí la explicación a mi descuido. En un cementerio sin cipreses, no me conmuevo, niña. Me es difícil compungirme. Los llanos no despiertan en mí la melancolía, que es mi estimulante por excelencia. Cuando está presente en la atmósfera que me rodea, hago todo con mayor agudeza. La melancolía, impregnada en mi sangre, me hace incluso alucinar. Te cuento, a mi nana Julia la enterramos en el atrio de la iglesia de un pueblo vecino, el rico de la región, en el que los cipreses son viejos. Tienes que caerle bien a los mandamases del cementerio aquél para que te entierren a ti en ese sitio privilegiado que, además, está sobre poblado. Julia les caía tan bien que, apenas supieron que había muerto, ellos se acercaron a los deudos a ofrecer enterrarla en el atrio de su iglesia. Poco después de su entierro, yo, digamos, enloquecí. Pero no viene al caso seguir este hilo; al menos, no ahora. ¡Qué cipreses flanquean y se mecen sobre la tumba de mi Julia!

—¿Te da envidia, Ruiseñor?

—Copiona.

—Bien. Lo que tampoco te impresionó, insensible como eres, querido maestro, fue el golpe que oímos cuando, al inclinar el féretro los enterradores para empezar a deslizarlo hacia el fondo de la fosa, la coronilla de la nana pegó contra el interior de la cabecera de la caja. Fue un golpe que sonó con volumen alto, pero de corta duración. Un toque a la puerta y punto. Un memento mori. Único. Último, de su parte.

—Pero a ti, Nadia descuidada, se te ha pasado recordar que, cuando arreglaron a tu nana para enterrarla, la maquillaron. Escribiste que se veía muy bien rejuvenecida; pero que no te recordaba a Florencia tu nana. “Femenina, con las mejillas sonrosadas ***y*** los labios pintados de rojo oscuro.”

—Bueno, Ruiseñor; muy bien. Fírmala tú y nos quitamos de problemas.

—Yo, encantado.

—Tienes las de ganar: varón, con buen nombre; hasta como de abolengo. Ventajas insoslayables, querido. Qué afortunado.

—El tono con el que te refieres a lo afortunado que soy, mi niña, no es precisamente de gusto. ¿O me equivoco?

Capítulo veinte
Nadia y yo rematamos nuestro experimento

Nadia y sus modos crípticos de expresión. De pronto se vio arrebatada por una prisa de la que no me dio ningún aviso.

—Ignoro si te equivocas o qué quise decir con cuál tono, Ruiseñor, pero te sugiero algo —me dijo, atropelladamente—. Antes de que mandes tu manuscrito en busca de editor, lee todo lo que dejamos fuera, a ver si algo te late que merezca ser incluido en algún rincón, y lee también algún manual de cómo escribir una novela. Cualquiera te dirá lo que hay que hacer, y lo que no hay que hacer, para que la historia pase. Toma en cuenta a qué tipo de lector te vas a dirigir, te ayudará a mantener viva la emoción con que narres. ¿A quién quieres complacer, o desconcertar, o confundir? Tenlo presente. ¿Qué clase de gusto o disgusto quieres proporcionar? ¿Qué emoción buscas despertar en quien te lea? Miedo, hilaridad, tristeza, furia. Existen infinidad de clasificaciones de lectores. Por un lado tienes por ejemplo a los intelectuales, divididos en pensantes, y en encasillables o instalables; a las mujeres, catalogadas en inteligentes y normales; a los jóvenes, entre los que están los que se atoran y los que se revientan. Está el lector atildado, que es insoportable; mientras lee, cuida que la raya del pantalón no se le arrugue; y el melancólico o entrecortado, que incluye niños, es como tú, Ruiseñor, que prefiere antes caer bien que darse importancia, hacer creer a los demás que él mismo cree que no es importante, que por eso es simpático y no se da a respetar. Yo me dirigiría a estos últimos. Son los mejor dispuestos a perderse en otros mundos. Te estoy haciendo enlistados a la carrera, sólo para darte una idea de la muestra de la que puedes hacer tu selección. A la mayoría de los editores, no a todos, lo que les interesa son los libros que presientan que puedan *venderse* en grandes cantidades; ni siquiera *leerse*. Dije bien; venderse. Lo que quieren es hacer dinero. No les importa la cultura ni el arte ni nada de eso. Ni siquiera saben lo que es la educación, ni la diferencia entre lo que civiliza y lo que no hace otra cosa que mantener a la gente en la etapa de mascar chicle y pintarse las uñas. Me habría gustado quedarme contigo a lo largo del proceso que te espera. Las cosas no salen como uno las sueña. Cuando bien te va, te enteras de qué sentido tuvieron como te salieron a ti, cuando ya no hay nada que hacer. Puedes estar bajo la ilusión de que hay algo más que el trabajo personal que justifique haber vivido. No es así. La lección de mi nana es que el trabajo es lo que hay, el apego dócil a la rutina para la que naciste.

Ella supo después cuál era la suya y le cogió gusto y la desempeñó siempre bien. Si puedes intercalar por ahí que asumió la misión de San Pedro, no dejes de hacerlo. Se ocupó de cargar las llaves de las puertas de todas las casas del coto familiar en el que vivimos. Hacía rondas de vigía, nocturnas, de una a otra reja, cerrándolas y atrancándolas una vez que estuviéramos adentro los que estábamos en el país. Y la misión de Diógenes, no tanto porque se encargara de encender los faroles como porque echaba luz entre los arbustos buscando a los gatos que detestaba, o a los niños que se hubieran saltado las bardas para comerse los nísperos de los árboles, o las ciruelas, o los tejocotes, o robarse lo que encontraran en los patios y los jardines: pelotas, bates, raquetas. No les quitaba la fruta de la boca, pero sí los espantaba para que salieran corriendo, se saltaran la barda hacia la calle y se perdieran de vista y no volvieran. Pero los obligaba a dejar atrás el botín con nuestros juguetes. La desconcertó que una vez nos robaran la campana de una de las puertas y dejaran colocada debajo de la cadena la escalera de palo que utilizaron para el robo. Tampoco quería culpar a los albañiles de una obra de al lado, pero les quitó el saludo un par de días. Cuidaba nuestras pertenencias mejor que las suyas; más que nosotros. La apatía con que doblaba las sábanas que había lavado y planchado con todo cuidado era incomprensible. Porque doblaba muy bien las camisas, los pañuelos, la ropa interior. Llegó a sentirse lo suficientemente integrada a la familia como para tender su propia ropa interior en el tendedero del patio de atrás, por donde en un momento dado podía llegar a pasar cualquiera de nosotros, para ir de una de las casas a otra sin ser necesariamente visto, el patio constituía un atajo para la familia. No te desanimes, Ruiseñor, si los editores no encuentran de qué asirse para rechazar tu novela, que no puedan decirte *por qué* no la quieren. Tú no le des mucha vuelta al tema de si esto es o no es una novela, o porque se desdibuje lo que la haría ser tal. Si te la regresan, guárdala, el tiempo que sea, pero no la olvides. Lo que alcanzaste a ver del alma de la nana está bien. Recuerda que los artistas han abierto los ojos de los hombres de ciencia porque su talento está en la introspección más que el de ellos. Así que abrirás ojos, Ruiseñor. Tal vez estuvo bien que no hiciéramos nada con los obituarios recabados. Todos coincidían en señalar más o menos lo mismo de la nana, su buen ánimo, su disposición de servicio, su lealtad, su generosidad, su eficiencia. Destacaban el buen trato que tenía con los niños y los animales, su inclinación a apoyar a los desasistidos, la facilidad con que la pasaba bien con entretenimientos simples. Leía la prensa hasta quedarse dormida. Recortaba lo que creía que podía interesarle a alguno de nosotros, hacía leer a mamá noticias extrañas para sacarla un poco del círculo interior del que mamá no salía por sí misma casi nunca. La

nana procuraba progresar, pero con la conciencia de no pretender extralimitarse. ¿Qué más, Ruiseñor? Yo la veo y la oigo en tu relato; me has hecho percibir su presencia. No sé cómo lo vas a terminar, pero estoy segura de que, cuando lea el final, de perdida se me va a oprimir el corazón, a falta de poder llorar; o a lo mejor se me alzan las comisuras de los labios, porque no creo que intentes hacerme reír como quien ríe deveras. Si pudiera expresarme por medio de cualquiera de estas dos reacciones naturales, estaría segura de haberme recuperado. No hay seguridad. No sé qué más decirte. ¿Se te ocurre algo que haya dejado fuera?

—Sí, niña perdida; ¿qué vida va a extrañar el lector cuando cierre este libro, la mía, la tuya o la de la nana?

—Si quieres que te diga lo que me temo, es que la de ninguno. Aunque, pensándolo bien, si cierra el libro porque lee hasta el final, lo que va a extrañar es el día a día, no de, sino en, esta Casa. Y significaría que le anda por ser inquilino en ella. No sabe que hay que hacer méritos para venir a dar aquí, y el secreto de cuáles son esos méritos, yo me lo llevaré a la tumba, no sé tú, Ruiseñor, generoso como eres por atolondrado y despilfarrador, quizás tú sí te inclines en difundir qué hiciste tú para ganarte el derecho de ingresar, veo que te ha fallado la maña para egresar, así que ahórrate revelármela. Regístrala en tu Diario, que ha de tener dos platillos, el de los logros, con el de tu ingreso, y el de las derrotas y fracasos que ha implicado intentar o *querer* egresar, que ha de estar desbordado.

—Ay, hija. ¡Qué daría por volver a ver contigo una lluvia de hojas anaranjadas y ocres!

—¿No te parecería más impresionante ver caer una única hoja sola?

—Siempre tienes que ganar. Siempre me haces quedar en desventaja, como un tonto que no ha tenido ninguna experiencia excepcional. Seré un contenido, pero mientras hablabas desatadamente como lo hiciste, añoré tus silencios y no retuve el líquido de mis lagrimales; se derramó sin control, como el de la vejiga en cuanto pusiste punto final. Abres las compuertas de los conductos de mis líquidos, en pocas palabras, liberada y liberadora Nadia. Me has vuelto incapaz de seguir adelante seco y controlado. Pero, basta, pequeña. Callemos los dos. La oscuridad nos envuelve. ¿Nos vemos mañana?

El pasillo hacia mi habitación me pareció desconocido. Vi desproporcionadamente grande una puerta que recordaba de dimensiones regulares. ¿Alucinaba? Al llegar a mi habitación abrí la ventana tras los barrotes y un vidrio roto. El viento soplaba. Que mi niña se hubiera ido a dormir equivalía a que el viento me la hubiera arrebatado. Soplaba con fuerza. Quería decirme algo que yo no estaba

dispuesto a atender. Hablaba de olvidar y de despenar; insistía. Abrí la puerta al jardín. Salí de noche, descapotado, pues la peluca me pesaba. Mi caballo era un sueño, su jinete cabalgaba sobre su lomo desnudo. Llegué a la gruta de madrugada. Paseé las palmas de mis manos por su interior húmedo. Me decía que al día siguiente no habría más salón de clases, y yo no quería oírlo. Cogí mi luna y la hice pedazos con los dientes. Destajé los restos de su pulpa vieja a mordiscos que escupí. Solo, encorvado, pelón. La tierra de todos los días a mis pies, pero sin las huellas amadas de las sandalias de Nadia. Triste. Empecé a caminar descalzo. Me interné en la nada del barranco. Salí ileso cuando amanecía, descorazonado. ¿Y mi niña? ¿Qué iba a ser de mí sin ella?

Soñé que en la carretera me rebasaba un camión del que se caía un costal. Como yo iba a pie y no tenía prisa, pues ni siquiera sabía a dónde me llevaban mis pasos, me detuve y arrastré el costal a la cuneta, a ver qué era lo que llevaba dentro. Cuál no sería mi sorpresa, Oh, noche descalza, al encontrarme con nuestra novela, Nadia, deshojada, en el interior húmedo del costal a mis pies. Páginas y páginas y más páginas, sin principio ni fin. En medio de la oscuridad, iluminado por la luz azul de mi vieja amiga y sus hijas las estrellas, me reí mientras, en desorden, apilaba las hojas antes de que el viento las dispersara. Me llevé el paquete al corazón, rodé con él impulsado por el gusto de que mi trabajo no estuviera perdido sino hecho un bulto aunque desordenado, caótico pero palpitante, con volumen y peso. Una roca detuvo mi viaje rodante. El golpe me hizo concentrar mis dudas en la pregunta, “A todo esto, ¿en qué consiste precisamente esta novela?” Del “Corazón sencillo” de Flaubert que te inspiró, niña musa, no tiene otro rastro que el de tus sandalias en las palmas de mis manos. De lo francés, el porfirismo de mis muletillas, n’est-ce pas? Historia de Florencia, tu nana, de las nanas, de mi nana Julia, de la nana, es, en eco; pero no sé si es novela. ¿La hace serlo nuestro amor? “¿Cuál?”, preguntarías, con afán de fastidiar. ¿Su desenlace? “Ay, Ruiseñor; ya cállate”, exclamarías, descartando mis impresiones como producto de una imaginación equivocada, distorsionada, enferma de ilusiones, perturbada por la fantasía. Me temo que novela no haya, hija. Debería abrir los brazos y dejar que el viento en efecto disperse el atado que abrazo. ¿A dónde la llevaba el camión del que escapó para caer a mis pies? ¿Quién la sustrajo del maletín, del baúl, del escritorio del salón de clases? ¿Y por qué? ¿Porque le gustó al ladrón? ¿O porque recogía basura, y ella se le atravesó en el camino? Niña, ¿no crees que, si armo los papeles en el orden adecuado brote de ellos una novela? “Armar —dirías— no es lo mismo que crear”, para sumirme debajo del fondo del pozo sin fondo de mi melancolía. ¿Cómo crear, cuando me falta mi inspiración?

Había perdido sentido mi capa, de modo que me la rasgué y la desgarré con los dientes. La destrocé y la hice trizas, morada, larga, enredosa, una enredadora enredada. El gorro había quedado intacto sobre mi calva dura, la peluca pendía de un lazo tenso del tendedero en el patio solo de atrás. A esas horas estaba cerrada la lavandería, todos duermen, los insomnes duermen porque todavía no los sacude el miedo, vago, asfixiante, del hecho inexorable llamado día. ¿Conoces, Nadia, el silbido del viento?

Crecí entre la vaca, los puercos, el gallo Quiquiriquí, las gallinas y los hijos de Julia. Al final del patio del jacal de mi nana había una capilla destemplada. Le dolía el frío y el calor. Insiste. El viento sopla. Acarrea voces del pasado. "Si vas a escribir sobre mí, espérate a que me muera." Ya se murió mi nana. ¿Por qué me tiende los brazos y me pide que la saque de donde está? Me despertó para pedírmelo. "Estoy atorada", me dijo con gravedad; "sácame de aquí". Me extendió los brazos. Sus ambiciones acababan en los límites de su cuerpo, o bien, sus ambiciones empezaban en los límites de su cuerpo. Viajaban hasta lo hondo del pozo de su desamparo. "Prefiero caerme muerta que detenerme"; declaraba; "prefiero que me encuentren muerta en un rincón que sentada, esperando." No informó con exactitud las señales de su mal porque era pudorosa. Médicos, curanderos. Me hice Brujo para curarla después de muerta. Resucitan los muertos que la historia necesita para justificar a los Brujos de su tiempo. La muerte de la hermana de nana Florencia fue el detonante de la muerte de Florencia. Se rodeó de gatos; le dio un infarto; viuda, sola; los gatos la destrozaron y se comieron sus entrañas. ¿Olvidaré algún día este horror?

Si se va mi niña, mi alquimia pierde sentido. Volveré a sumirme en el silencio y la quietud debajo del hule, con vista al barranco. El viento silba y sopla y arrolla. Quiere que yo sepa que mientras él viva yo no oiré silencio ni encontraré la quietud. Me aferré a los barrotes de mi ventana cuando imaginé que me arrojaba al fondo del barranco en busca de silencio y quietud. ¿Qué voy a hacer sin Nadia, sin su mechón azul y morado y naranja sobre la cara; sin su rubor; sin su mudez?

Fumé largamente mi pipa. La sombra del hule se acentúa con la luz de la luna azul. Nadia no puede abandonarme. ¿Por qué sí pueden las nanas, substitutas transitorias o permanentes de mamá, su brazo derecho, su mano izquierda, su dama de compañía, su paño de lágrimas, la nodriza universal, la confidente, el calor de la leche color hueso, la nata, espesa, dulce como la miel?

Oí la Oda a la Alegría y la encontré fuera de tono. Mi voz la acompañaba con los pies en la tierra húmeda. "No puedo llorar", se lamentó la nana sobre el regazo de la niña cuando murió su hermana;

“Se me adelantó”. Lloró cuando murió su “viejito”, según llamaba al abuelo de Nadia. Otras muertes la entrecortaban, la de su hermana, o la del nieto de mamá, que entrecortó la vida de los que siguieron vivos en el coto de la familia. Pero la muerte del abuelo la hizo llorar, por esperada y natural. Es una reacción que pinta a la nana, Florencia, como un ser inocente, un corazón sencillo, un alma de Dios. Igual que cualquiera, escribiría tu nombre con estrellas, la nana imborrable en las alturas, como la constelación de la vaca. La nana era común y corriente, y en este rasgo de Florencia, yace el toque oscuro que la hizo ser excepcional.

La chimenea estaba encendida y Nadia y la nana esperaban, calentando las manos al fuego, a que los sobrinos prestados atravesaran la ciudad, desde la estación de tren hasta el lado este del río bordeado de sauces, para recoger a su tía prestada y llevarla a velar a su hermana, prestada también. “No puedo llorar, mi niña”, confiaba Florencia a Nadia, perdía la mirada en las figuras rojas que el fuego escupía de los leños ardientes. Había dejado a la mamá, que era mamá prestada, tocando “Dos arbolitos” al piano; habría querido acompañarla y soltar con ella las lágrimas, de puro recuerdo. Regresaría a su lado después del entierro. Debía seguir, si prefería caer muerta, a los pies de su dueña, prestada, que detenerse. Pero la asaltó un temor. ¿A quién iría a jalar consigo Ernestina, su hermana prestada, aun con una muerte inmerecida y horrorosa? ¿A ella? ¿A la nana? Es decir, a ella, sí; a la nana. ¿Por qué no? Las leyes de la fatalidad no se rompen, y la tradición es que un muerto jale a otro detrás. Es preciso estar preparado; dispuesto y sonriente. A Florencia le brilló la expresión. Habría corrido con su cojera y su sordera y la multiplicidad de sus males, a sugerir la idea a la muerta, ofrecerse de una vez a ser la siguiente. “Llévame a mí”, le rogaría al oído; quería irse de una vez, porque, “¿Qué voy a hacer —preguntó a mi niña— cuando sea mamá quien me falte?”

Últimas palabras

¿Qué va a ser de mí, qué va a ser de mí? Debía aprovechar el alboroto de esa mañana. Tres asaltantes se metieron a la Casa del Cerro. Fue cuestión de risa para internos y personal. ¿Qué creían que iban a encontrar? La barda es tan imponente que no dudo que los hubiera tentado, pero no encontraron sino enfermos, en un edificio austero, una cocina escasa, nada que robar. Era el comentario del día. Pero en el Pabellón de mujeres se urdía mi fuga, y nada debía detenerme, ni siquiera la duda de qué iba a ser de mí una vez fuera. Yasmín ya me había soltado el pelo para luego pintármelo de azul. Liliana, Lorena, Irene, la base de la pirámide, una amnésica, una autista, una adicta, las tres de acuerdo en que Mari, Lidia y Adriana se montaran sobre sus espaldas, una de ellas matricida, salvada de una cadena perpetua gracias a ser esquizofrénica. Simples derrotadas, simples suicidas fallidas; todas, encantadas de ser mis cómplices, ya me habían visto cortar rosas y esconderlas en la bolsa de mi bata para que florecieran en mi cuarto en una botella de agua extraída del manantial; todas de acuerdo en ponerse en cuatro patas. Serían dos bases de tres, una de dos, una de una. ¿Qué va a ser de mí? Amanecía preguntándome; ¿qué va a ser de mí? La constelación de la vaca no soltaba leche, y yo veía de un lado a otro y sólo sabía que era hora de partir. Nunca voy a estar bien del todo; nada ni nadie van a contestar nunca todas mis preguntas. ¿Qué espero? ¿Qué va a ser de mí si no es a mí a quien la nana jala con su muerte?

Escalera humana dispuesta para mi escapatoria, con Betty, que hablaba sola y gesticulaba; con Vero, a la que encontraron debajo de la escalera con Hugo encima, orgullosos y bellos en sus miradas de delirio. Ruiseñor se las arreglaría solo. Yo tenía que salir, y el alta se retrasaba.

“Todavía caes en bajones y te apachurras”, dictaminaban; “Tienes que estar completamente bien antes de salir”. Nunca iba a estar bien del todo. Vi que ensayaban caligrafías para tatuar “Crónica” en mi frente. Correr; huir. Gritar no basta. Quedas sin voz y los demás no quieren contarte nada. ¿Sabes que se agradece el silencio del mudo, aun sólo transitorio?

Horas y horas dormida: a todas horas. Dormida, babeando sangre; soportando la humillación de despertar desorientada y olvidadiza. Me sujetaban porque al llorar me convulsionaba. ¿Ya lloré todo lo que debo llorar? Cada vez que escribo *llorar,* pongo tres eles, lo que a mí me indica que me falta mucho por lllorar. No he terminado de lllorar.

¿Se termina alguna vez? Nadie contesta. Te sujetan; o te acarician, para que entiendas que tus penas son naturales y pasajeras. Tus penas son ordinarias, te repiten, para herirte. ¿Para que llore más?

"Incontenible y entre convulsiones" describían mi llanto en el expediente que el médico no leía, porque él llevaba uno propio, con sus síntesis y claves específicas. ¿Qué esperaban? ¿Que una vez suelto mi llanto lo detuviera por voluntad? ¡Qué poco saben! Debo partir, partir; debo irme sin mirar atrás. Esto significa que no he de volver. Soñé dos caminos ante mí. Uno era el bueno y otro el malo. Me vi vestida de blanco, en una sala de espera en la que un ujier en su momento me llamaría para entrar a ver al Rey. Pero alguien ponía una caja de chocolates sobre mis piernas, y los chocolates se derretían y manchaban mi ropa. "No puedo entrar a mi cita", me angustiaba. "Me ensuciaron y debo partir." Correr, huir. Tornero se las arreglará sin mí.

¿Qué quería el Rey de mí? ¿A quién representaba? ¿Qué iba a ser de mí sin haber cumplido mi cita con el Rey? La pirámide se formaría y esperaría mi llegada. La complicidad es el nexo por excelencia, entre buenos y malos. Llegó la hora y miré por mi ventana por última vez. El paisaje detrás de los barrotes era noruego, gris, ventoso, se veía frío. Ruiseñor vio mis cejas marcadas detrás de unos vasos de vidrio opaco, ocres, grises y azules. Mis ojos eran mis ojos, debajo de las cejas marcadas. Detrás de mí, un hombre con su mano sobre mi hombro. "¡No era yo, Nadia!", se lamentaba; "pero tus cejas estaban arqueadas y el ambiente que te rodeaba a ti y al hombre era mediterráneo. ¿Qué va a ser de mí sin ti, Nadia querida?" Yo soñé que se incendiaba un bosque en el que me encontraba pero del cual yo salía ilesa. Corría, gritaba, me alejaba sin mirar atrás. Sentía el calor de las llamas, oía el derrumbe de árboles que el incendio ocasiona. Yo estaba en libertad. Planeé mi fuga, y las internas del Pabellón aceptaron ayudarme.

Había que dejar atrás la forma conveniente, el momento sagrado en que quedas sola sin la puerta por fuerza abierta o la llave por fuerza afuera; una hora en la que ponía a mis mujeres a cantar, para cantar con ellas y modular mis gritos imitando las voces de ellas. "Alma mía." Adiós a la protección, a los horarios establecidos, al manantial, a las bancas de piedras, a los pájaros que entraban entre los barrotes a piar y demostrarte que eran libres. Adiós a madrugar para salir del brazo de mi cuidadora a caminar hacia la gruta, saludar a los trasnochados como nosotros, apretar el paso para entrar en calor.

No más esperar que me abrieran una puerta tras otra; que examinaran la situación antes de permitirme entrar o salir. No más oír cómo las enfermeras declinaban el honor de ser San Pedro. Nadie quería el privilegio de tener la llave de la situación.

Sacaron piedras de las bolsas de mi mente y en cambio recordé a Virginia Woolf dejándose llevar hacia la profundidad del río. Tocó fondo, y una bandada de pájaros negros salió volando hacia las alturas.

Nadie me esposó para detenerme. ¿Qué va a ser de mí? ¿Qué va a ser de mí? Llegué a la Casa del Cerro un martes y me asignaron la habitación número 13. Me preguntaron si era supersticiosa, y no supe qué responder.

Estefanía se asomó al umbral a darme la bienvenida, enorme; Estefanía no dejó de llamar a mi puerta el día y a la hora en que debía empezar mi fuga. “Despierta”, me dijo, me zarandeó; “Que te vaya muy bien; que tengas mucha suerte”. Había oído por los pasillos a Leticia hablar de que cultivaba bonsái antes de ir a dar a la Casa del Cerro; conocí a un pintor que había dejado de pintar; a un joven ingeniero electricista que recibió una descarga excesiva y se echó a perder la vida. Pero debía partir. Demasiado deambular, demasiada tranquilidad alternada con demasiada furia. Las camisas de fuerza no alcanzaban para contenernos cuando coincidíamos todos con algún desarreglo de la luna. Conocí a un prófugo, que me cayó mal. Conocí a simples derrotados, suicidas todos, asesinos todos, a la espera, expectantes de no se sabía qué. Pero, ¿qué iba a ser de mí?

Ascendí por la pirámide humana. Al llegar a los hombros de Betty, sentí que sujetó mis tobillos para que yo no flaqueara, y ella me dio el impulso final. “Suerte”, me gritaban; “que te vaya muy bien”.

¿Qué y quién determina cuándo es el momento de partir? ¿Qué iba a ser de mí?

Al verme en la calle, del otro lado del muro, miré de frente, a izquierda y derecha; todo, menos mirar atrás. ¿Qué va a ser de mí, me pregunté? La constelación de la vaca brillaba, pero no dejaba caer, ni siquiera gota a gota, leche de sus pechos pletóricos y brotantes.

ALFAGUARA

Florencia y Ruiseñor
D. R. © Bárbara Jacobs, 2011
De esta edición:
Santillana Ediciones Generales, S. A. de C.V.
Av. Río Mixcoac 274
Col. Acacias
03240, México, D. F.
Teléfono 5420 7530
www.alfaguara.com/mx
ISBN: 978-607-11-1563-8
Conversión eBook: *Information Consulting Group de México, S. A. de C. V.*

PRISA EDICIONES
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

Aguilar es un sello editorial del Grupo Santillana

www.librosaguilar.com

Argentina
www.librosaguilar.com/ar
Av. Leandro N. Alem, 720
C 1001 AAP Buenos Aires
Tel. (54 11) 41 19 50 00
Fax (54 11) 41 19 50 21

Bolivia
www.librosaguilar.com/bo
Calacoto, calle 13, nº 8078
La Paz
Tel. (591 2) 279 22 78
Fax (591 2) 277 10 56

Chile
www.librosaguilar.com/cl
Dr. Aníbal Ariztía, 1444
Providencia
Santiago de Chile
Tel. (56 2) 384 30 00
Fax (56 2) 384 30 60

Colombia
www.librosaguilar.com/co
Calle 80, nº 9 - 69
Bogotá
Tel. y fax (57 1) 639 60 00

Costa Rica
www.librosaguilar.com/cas
La Uruca
Del Edificio de Aviación Civil 200 metros Oeste
San José de Costa Rica
Tel. (506) 22 20 42 42 y 25 20 05 05
Fax (506) 22 20 13 20

Ecuador
www.librosaguilar.com/ec
Avda. Eloy Alfaro, N 33-347 y Avda. 6 de Diciembre
Quito

Tel. (593 2) 244 66 56
Fax (593 2) 244 87 91

El Salvador
www.librosaguilar.com/can
Siemens, 51
Zona Industrial Santa Elena
Antiguo Cuscatlán - La Libertad
Tel. (503) 2 505 89 y 2 289 89 20
Fax (503) 2 278 60 66

España
www.librosaguilar.com/es
Torrelaguna, 60
28043 Madrid
Tel. (34 91) 744 90 60
Fax (34 91) 744 92 24

Estados Unidos
www.librosaguilar.com/us
2023 N.W. 84th Avenue
Miami, FL 33122
Tel. (1 305) 591 95 22 y 591 22 32
Fax (1 305) 591 91 45

Guatemala
www.librosaguilar.com/can
7ª Avda. 11-11
Zona nº 9
Guatemala CA
Tel. (502) 24 29 43 00
Fax (502) 24 29 43 03

Honduras
www.librosaguilar.com/can
Colonia Tepeyac Contigua a Banco Cuscatlán
Frente Iglesia Adventista del Séptimo Día, Casa 1626
Boulevard Juan Pablo Segundo
Tegucigalpa, M. D. C.
Tel. (504) 239 98 84

México
www.alfaguara.com/mx
Av. Río Mixcoac 274
Col. Acacias

03240, México, D. F.
Tel. (52 5) 554 20 75 30
Fax (52 5) 556 01 10 67

Panamá
www.librosaguilar.com/cas
Vía Transísmica, Urb. Industrial Orillac,
Calle segunda, local 9
Ciudad de Panamá
Tel. (507) 261 29 95

Paraguay
www.librosaguilar.com/py
Avda. Venezuela, 276,
entre Mariscal López y España
Asunción
Tel./fax (595 21) 213 294 y 214 983

Perú
www.librosaguilar.com/pe
Avda. Primavera 2160
Santiago de Surco
Lima 33
Tel. (51 1) 313 40 00
Fax (51 1) 313 40 01

Puerto Rico
www.librosaguilar.com/mx
Avda. Roosevelt, 1506
Guaynabo 00968
Tel. (1 787) 781 98 00
Fax (1 787) 783 12 62

República Dominicana
www.librosaguilar.com/do
Juan Sánchez Ramírez, 9
Gazcue
Santo Domingo R.D.
Tel. (1809) 682 13 82
Fax (1809) 689 10 22

Uruguay
www.librosaguilar.com/uy
Juan Manuel Blanes 1132
11200 Montevideo

Tel. (598 2) 410 73 42
Fax (598 2) 410 86 83

Venezuela
www.librosaguilar.com/ve
Avda. Rómulo Gallegos
Edificio Zulia, 1º
Boleita Norte
Caracas
Tel. (58 212) 235 30 33
Fax (58 212) 239 10 51